

P. FRANCISCO J. SCHOUUPPE, S. J.

LA MUJER CRISTIANA

SU MISIÓN, SU FORMACIÓN Y SU DEFENSA

VERSIÓN DEL FRANCÉS

POR EL

P. ANTONIO ORTELLS, S. J.

X21886
BUENOS AIRES

S. EDITOR
Solívar

BARCELONA

LIBRERÍA RELIGIOSA
Calle Aviñó, 20

1917

077

LA MUJER CRISTIANA

Imprenta de la LIBRERÍA RELIGIOSA: Aviñó, 20, BARCELONA

P. FRANCISCO J. SCHOUUPPE, S. J.

LA MUJER CRISTIANA

SU MISIÓN, SU FORMACIÓN Y SU DEFENSA

VERSIÓN DEL FRANCÉS

POR EL

P. ANTONIO ORTELLS, S. J.



BUENOS AIRES

A. GARCÍA SANTOS, EDITOR
Moreno, 500 (esq. Bolívar)

BARCELONA

LIBRERÍA RELIGIOSA
Calle Aviñó, 20

1917

BOSTON COLLEGE LIBRARY
CHESTNUT HILL, MASS.

Bx2.186
O'77
APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

El Censor,
Ramón Ruiz Amado, S. J.

Barcelona, 15 de Enero de 1917.

IMPRÍMASE

El Vicario general,
Justino Guitart

21232

Por mandado de Su Sra.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Scrio. Canc.

IMPRIMI POTEST

Raimundus Lloberola, S. J.
Praep. Prov. Arag.

RECOMENDACIONES

Del Ilmo. Sr. Obispo de Paraná.

Hemos leído el opúsculo «LA MUJER CRISTIANA: SU MISIÓN, SU FORMACIÓN Y SU DEFENSA» del P. Schouppé, S. J., castizamente vertido del francés por el R. P. Antonio Ortells, de la misma Compañía, y nos place recomendar muy de veras la lectura de esta obrita, pequeña en su formato y extensión, pero muy sólida y hermosa, porque compendia con precisión admirable cuanto ha menester la mujer cristiana para llenar su altísima misión tal como tiene derecho a exigírselo Dios, la Iglesia, la sociedad y la familia, y le dicta de consuno su conciencia, propio interés y dignidad personal.

† ABEL, OBISPO DE PARANÁ.

Paraná, 20 Julio de 1914.

Del Obispado de Santa Fe.

Habiendo mandado examinar el librito «LA MUJER CRISTIANA: SU MISIÓN, SU FORMACIÓN Y SU DEFEN-

SA», escrito por el R. P. F. J. Schouppe, de la Compañía de Jesús, y traducido del francés por el R. P. Antonio Ortells, de la misma Compañía, y siendo en todo favorable el juicio del Censor, así como el que particularmente tenemos de la mencionada obra, la [recomendamos encarecidamente a los fieles, y de un modo especial a las señoras y jóvenes, las que hallarán en sus bellas páginas cuanto les es necesario para cumplir su misión en la tierra.

R. CANALS OBERTI,
PROV. Y VIC. GRAL.

Santa Fe, 3 Septiembre de 1914.

ERRATAS NOTAELAS

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir
25,	15	malicia	molicie
123,	24	de quo	de qua
137,	22	terrible	triple
141(1),	úl.	toda	tanta
148(1),	18	en número	más en número

PRÓLOGO

EL presente opúsculo ha sido escrito principalmente para las mujeres cristianas: tiene por objeto, hacerles conocer su dignidad, amar su bella y feliz misión, y advertirles los muchos peligros que pueden encontrar en el cumplimiento de su deber. Sin embargo, y sobre todo en nuestros días, la lectura de estas páginas será útil a toda clase de personas.

Con sobrada frecuencia, en los presentes tiempos, se echa de menos a la mujer piadosa y cristiana. Por medio de una educación puramente cívica, o laica, se hacen esfuerzos para extinguir en su corazón el espíritu del cristianismo; y no se advierte que, privándola del elemento cristiano, esto es, de la fe y de la piedad, se la despoja juntamente de sus virtudes, de su felicidad, y de los encantos de sus más puras gracias. Añadamos que apartándola de su verdadera misión, se provocan consecuencias de la mayor gravedad.

¿Quién hay que no comprenda que la mujer llena una misión social? Falsear esa misión, es turbar el orden y la paz de la familia, es corromper en su principio la educación de los niños. La educación primera que debe darse en el regazo materno es la base de la

moralidad de un pueblo: quitad esa base, y todo el orden social se derrumba.

Tales son las reflexiones que se desprenden de la lectura de estas pocas páginas. Aun los hombres menos afectos al sentimiento religioso, si se dignan leerlas sin prejuicios, no podrán menos de rendir pleito homenaje a la religión cristiana, y reconocer que ella es la que eleva a la mujer a su verdadera dignidad, y hace que cumpla con el más hermoso de sus deberes, para el bien de la familia, para la paz y la felicidad de toda la sociedad humana.

ERRATAS NOTABLES

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir
25,	15	malicia	molicie
123,	24	de quo	de qua
137,	22	terrible	triple
141(1),	úl.	toda	tanta
148(1),	13	en número	más en número



CAPÍTULO PRIMERO

Misión de la Mujer Cristiana

EL Hijo Unigénito de Dios vino al mundo para levantar de sus ruinas a todo el género humano. El hombre y la mujer habían caído de su dignidad primera, y uno y otro, por su miserable caída, quedaron degradados; Jesucristo los ha rehabilitado, elevándolos a mayor grandeza de la que habían caido. Regenerador de la raza de Adán, ha formado como una nueva humanidad, una sociedad nueva, su Iglesia santa, destinada a continuar su obra de santificación hasta el fin de los siglos; y en esta nueva sociedad ha levantado al hombre y a la mujer, hasta asociarlos consigo para la obra divina de la regeneración del mundo.

Echad una mirada sobre el plan del divino Restaurador: bien pronto notaréis que el hombre ocupa el primer lugar en el orden jerárquico; pero al mismo tiempo veréis que la mujer está junto al hombre en puesto distinguido, desempeñando el papel de cooperadora, del

cual depende el buen suceso y el fruto de todos los ministerios de la Iglesia.

Para que llene su grandioso cometido, Jesucristo adornó a la mujer cristiana con los más nobles dones de su gracia. La hija de Eva, degradada por el pecado, y entregada a las afrentosas bajezas del vicio, se convirtió en la más innoble de las criaturas; pero sublimada por el divino Salvador, se ha transformado en la más bella, la más sublime creación del cristianismo. Para pintar esta fisonomía celestial, sería necesario tomar los pinceles de mano de los ángeles y arrebatar al cielo sus colores.

Lo que el Sabio dice de la mujer virtuosa en general, de una manera particular puede aplicarse a la mujer cristiana. *Lo que es para el mundo, dice, el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa, para el adorno de la casa. Antorcha que resplandece sobre el candelerío sagrado es la compostura del rostro en la edad robusta. Cimientos eternos sobre sólida piedra son los mandamientos de Dios en el corazón de la mujer santa.* (Eccli. XXVI-21, 22, 24).

Para realizar este bello ideal, debe la mujer cristiana, en primer lugar, conocer a fondo la gran misión que le está confiada; y en segundo lugar, las condiciones requeridas para llenarla debidamente.

En cuanto a lo primero, su misión se puede considerar desde dos puntos de vista:

I) *En sí misma*, tal cual le ha sido designada por Jesucristo a la mujer cristiana.

II) *En la historia*, tal cual la mujer cristiana la viene cumpliendo desde hace veinte siglos.

I. MISIÓN DE LA MUJER CRISTIANA CONSIDERADA EN SÍ MISMA. La misión de la mujer cristiana está encerrada en estas palabras del Criador: *No es bueno que el hombre esté sólo; hagámosle una ayuda semejante a él mismo.* (Gen. II, 18). Por estas grandiosas palabras, de las cuales el Criador ha querido hacer una ley social, Dios crió a la mujer para que fuese una ayuda del hombre, no solamente en el orden material, sino principalmente en el orden espiritual. Ayudar al hombre a salvar su alma: ved ahí el más elevado fin de la mujer; ésta es su gloria, éste su noble ministerio, ésta su más dulce felicidad.

Admirad la amplitud de esta sublime misión: la mujer, establecida por Dios y por Jesucristo para ser la ayuda del hombre en toda la extensión de la palabra, no circumscribe su acción dentro de los estrechos límites de la familia, sino que la extiende al Estado y aun hasta la Iglesia: debe contribuir poderosamente a propagar la vida cristiana, así en el bullicio del siglo como en el silencioso retiro del claustro.

a) *En el siglo.* Primeramente la mujer cristiana ejerce en el siglo un verdadero apostolado en el seno de la familia. Con sus instrucciones e insinuantes palabras, y con sus ejemplos, hace que la piedad y la paz reinen en el santuario doméstico. Es como una resplandeciente antorcha que puesta sobre el candilero en medio del hogar, derrama de continuo la luz vivificante de la fe práctica, alumbrando a todos cuantos moran en la casa. Es como un vaso de exquisitos perfumes que esparce en su derredor el suave olor de Cristo, por sus amables virtudes. (Joan. XII, 3).

¿Es madre de familia? Santifica a su esposo, a sus

hijos, a sus domésticos. ¿Es, acaso, joven soltera? Edifica a sus hermanos y aun a sus padres con los dulces encantos de la virtud.

¿Qué diremos, pues, del alcance de este apostolado? Santificando la familia, la mujer santifica a la Iglesia y al Estado; puesto que, lo que la raíz es al árbol, lo que el manantial al arroyo, lo que la base al edificio, es la familia a la Iglesia y al Estado. De la familia recibe el Estado sus ciudadanos, y sus miembros la Iglesia. Este suave y eficaz apostolado no se encierra en los estrechos límites del hogar doméstico: la mujer cristiana lo ejerce donde quiera que se encuentre; pero singularmente en el templo del Señor y en la morada del pobre.

¿Quiénes son los que en la iglesia dan ejemplo de la más tierna piedad, reciben con mayor frecuencia los santos sacramentos, asisten con más asiduidad y devoción al sacrificio de la misa, y escuchan la palabra de Dios con mayor recogimiento? ¿No son acaso las mujeres cristianas? Después de haber llenado sus deberes domésticos, su ingénita piedad las lleva a la casa de Dios, para hortar su alma en los purísimos raudales del Salvador, llenándose de esa vida sobrenatural y divina que, aun en medio de los vaivenes del mundo, causa la paz y el gozo en el corazón. Animada por esta vida, que no es otra cosa sino la caridad, siéntese feliz en visitar a los pobres y afligidos, y halla la dicha enjungando sus lágrimas, y derramando en sus corazones la esperanza del bienestar y del gozo no lejano. ¡Qué sermón tan elocuente no es el ejemplo de estos ángeles de la caridad!

No es esto todo. ¿De dónde proceden esas obras de beneficencia, tan numerosas y tan apropiadas a todas

las miserias de la actual sociedad? ¿Tantos patronatos, tantos talleres, cocinas económicas, escuelas gratuitas, asilos de toda clase, para la infancia abandonada y para la ancianidad desvalida, como vemos que se fundan cada día, se sostienen y se multiplican? ¿No es, por ventura, las más de las veces, por la iniciativa, y siempre con la cooperación, con las limosnas, con el concurso personal de la mujer cristiana? ¿Sin ella, sin el celo industrioso de su corazón, sin el socorro de su mano bienhechora, no se verían languidecer y anularse la mayor parte de esas caritativas obras?

¿De dónde proviene el esplendor del culto, la riqueza en los altares, la magnificencia en las sacerdotales vestiduras? En las procesiones solemnes, ¿quién contribuye al grandioso aparato de la pompa religiosa? ¿Quién se esmera más en las públicas decoraciones, tan propias para despertar el santo entusiasmo en el pueblo, y glorificar al Dios de las alturas? ¿No es siempre la mujer cristiana, con su fe, con su celo, con su ingeniosa piedad, quien rinde esos espléndidos homenajes a la Sobremana Majestad del Señor? Así llena su misión, manifestando la apacibilidad de las virtudes domésticas, la piedad fervorosa en el templo, las explosiones del entusiasmo religioso en calles y plazas, su benéfica caridad en todas partes. Es en medio del mundo aquella lámpara que arde e ilumina, de que habló el Salvador: ilumina con los esplendores de la fe y arde con los ardores de la caridad.

b) *En la religión.* Veamos cómo llena su misión en el retiro del claustro. Nuestro divino Redentor ha instituído la vida religiosa para las almas escogidas, que, animadas de los más nobles sentimientos, aspiran

a la perfección cristiana; para aquellas almas generosas, que, pisoteando con sus pies los bienes perecederos y deleznables, solamente desean los eternos; que, considerando que no tienen más que una sola vida, quieren consagrarl a toda entera a su Dios; finalmente, para aquellas almas que, animadas de una santa ambición, quieren conquistar para sí un elevado trono de eterna gloria, y tener por esposo al Rey inmortal de los siglos.

De las muchas vírgenes generosas que dan un eterno adiós al mundo y a sus vanidades, unas se encierran para siempre en el santuario del Señor, para cantar noche y día las divinas alabanzas, y ofrecer a Dios el incienso de sus plegarias. Con sus oraciones, y con la persuasiva elocuencia del ejemplo, contribuyen a la santificación de la Iglesia de Dios. Otras se entregan, a la vez, a la oración y a las obras de caridad. Después de haber vacado a Dios en el retiro de la oración y participado del banquete eucarístico, animadas de celestial ardor, salen del santuario para entregarse a la enseñanza de la niñez, al cuidado de los enfermos, a mendigar un socorro para el anciano desvalido: aliviando todas las necesidades, compadeciéndose de todas las miserias, con abnegación, paciencia, dulzura y caridad, predicán a Cristo por todas partes; lo hacen amar de todos los corazones.

Estas almas generosas no solamente dejan oír en Europa y en los países civilizados la elocuente exhortación de la caridad y buen ejemplo, sino que, atravesando dilatados mares, hágense poderosos auxiliares de los varones apostólicos, y saben hacer amar y gustar a los pueblos paganos y a los más degradados salvajes,

las dulzuras y delicadezas de la religión católica, que los ministros de Jesucristo les anuncian.

Tal es la gloriosa misión que la Providencia ha señalado a la mujer en la sociedad, y que la mujer cristiana viene cumpliendo admirablemente hace más de diecinueve siglos.

II. CUMPLIMIENTO DE ESTA MISIÓN. Si nos tomamos el trabajo de abrir la Historia, podremos convencernos de que la misión señalada por Jesucristo a la mujer cristiana no ha sido una vana palabra: por el contrario, fácilmente observaremos que se ha venido cumpliendo con toda fidelidad desde la Redención hasta nuestros días. ¡Oh, cuán grande, amable y poderosa para el bien, aparece la mujer cristiana en la serie de los siglos!

Desde el principio del cristianismo nos la muestra el Evangelio elevada a una dignidad incomparable, en la persona de la santísima Virgen María. La augusta Madre del Salvador, hermoseada con la plenitud de la gracia, y hecha cooperadora en la grande obra de la Redención, es el celeste ideal de la mujer cristiana. Además de la sacratísima Reina de los Cielos, vemos figurar en el Evangelio, a santa Isabel, a santa María Magdalena, y a su hermana santa Marta, a las santas María, madre de Santiago, Salomé y otras muchas santas mujeres, que con sus bienes y sus personas servían con gran devoción al Señor, y cooperaron a la fundación de la Iglesia con su celo y sus limosnas. En la época de los Mártires véñse innumerables vírgenes de poca edad, como las Inés y las Eulalias, que por su acendrado amor a la pureza fueron la admiración del paganismo, y por

su invencible constancia en los tormentos dejaron ató-nitos a sus mismos verdugos.

Si de la época de los Mártires pasamos al tiempo de las grandes herejías del Oriente, las madres cristianas, como santa Mónica, son las que dan a la Iglesia combatida sus más acérrimos defensores. En el hogar doméstico y en el trono, contribuyen con santos ejemplos a formar las costumbres de los pueblos cristianos, a la conversión de los Césares, a la cristianización del imperio.

En la Edad media, la mujer cristiana deja sentir su saludable y civilizador influjo en más dilatado campo. Laantidad de la mujer no solamente llena los austeros monasterios, sino que se la encuentra en todos los estados de la sociedad; sus heróicas virtudes brillan así en las humildes chozas como en los soberbios palacios. Las Pulquerias, las Matildes, las Conegundas santifican el trono y gobiernan cristianamente los imperios; los reinados de *reinas santas* se cuentan entre los mayores y más felices de todos los reinados célebres de la Historia. En todos los grados de la sociedad las mujeres cristianas rivalizan en celo. ¡Qué de iglesias, cuántos monasterios y hospitales no se fundaron por la caridad generosa de muchas heroínas cristianas!

Si abandonando la Edad media nos acercamos a la moderna, señalada por las revueltas de la falsa reforma protestante y por los estragos de la impiedad contemporánea, veremos a las mujeres cristianas católicas, cuales fueron Margarita de Parma y la Archiduquesa Isabel, detener los progresos de la herejía donde ésta había penetrado, conservar la fe donde permanecía aún intacta, y combatir denodadamente contra los avances

de los impíos, con el heroísmo de la más ardiente caridad. Veremos como se alistan nuevas legiones de vírgenes bajo el estandarte de la cruz, para dedicarse a todas las obras de misericordia, y particularmente a la educación cristiana: ellas son las que se oponen a los esfuerzos de los enemigos de la Iglesia, entregándose a todos los oficios de la caridad siempre magnánima e industriosa. La abnegación y el celo de estas heroínas de Cristo es tan patente y manifiesto a todos, que no hay quien no las admire.

Diecinueve siglos ha que la mujer cristiana viene realizando la elevada y santa misión que en el plan social de Jesucristo le ha sido señalada. ¿Qué noble corazón no quisiera tener parte en esta gloria? Mas para llevar a cabo semejante empresa, tan de la gloria de Dios, es necesario dedicarse a ella con ahínco y con tesón bajo la tutela de la Mujer Grande por excelencia a la que plugo al Señor elevar a la dignidad de Madre de Dios, para que sea nuestra intercesora poderosa cerca de su divino Hijo.



CAPÍTULO II

Virtudes de la Mujer Cristiana

AL considerar la elevada misión de la mujer cristiana, todos los corazones de nobles sentimientos se inflaman en ardorosos deseos de acometer semejante empresa; de llevar a cabo tan gloriosos designios de la divina Providencia. Pero ¿cómo dar cumplimiento a tan santos deseos? ¿Qué condiciones se requieren para esta empresa? ¿Qué virtudes deben adornar a una mujer para obrar estas maravillas que hemos dicho, y responder a los designios de Dios?

Para desempeñar el apostolado que Jesucristo tiene confiado a la mujer cristiana, se requieren tres virtudes fundamentales: *la piedad, el celo doméstico y la paciencia*. Estas virtudes bien arraigadas en el alma harán germinar y florecer todas las demás; y la mujer que las posea estará bien dispuesta a ejecutar las grandes obras que Dios de ella demanda.

I. PIEDAD. La primera virtud fundamental de la mujer cristiana es la piedad; pero una piedad *instruida, sólida y ejemplar*.

a) Su piedad debe ser *instruida* por el conocimiento exacto y razonado de la doctrina cristiana. Tiene necesidad, ante todo, de un conocimiento claro de nuestra religión, para hallarse preparada para instruir sólidamente, sea en su casa, sea fuera de ella, a todos los que vegetan en la ignorancia. ¡Felices los hijos que desde la más tierna edad han aprendido de los piadosos labios de su buena madre, o virtuosa hermana, los rudimentos de la fe! Estas saludables lecciones pronunciadas con acento de piedad, se graban en las tiernas inteligencias tan profundamente que no se borran jamás.

Los conocimientos religiosos deben elevarse hasta la categoría de científicos: esto es, que se conozcan las bases de certidumbre sobre las cuales descansan las verdades de nuestra santa fe. Entre otras pruebas irrefragables, conviene poseer y comprender bien la que resulta de la Resurrección de Jesucristo.

Nuestro divino Salvador que nos ha enseñado su celestial doctrina, quiso darnos una prueba evidente de ella en su Resurrección gloriosa. Este acontecimiento histórico, mil veces más cierto que cualquier otro hecho narrado por la Historia, es a todas luces una obra sobrenatural y divina, y como el sello de Dios que autentica la doctrina de Jesucristo. Además, esta doctrina, confiada por el mismo Salvador a su Iglesia infalible, conservase en ella pura e inalterable: de suerte que todas las generaciones la han oído predicar y enseñar por la Iglesia, como si la escuchasen de los mismos labios de Jesucristo.

Este conocimiento razonado de nuestra santa fe es, sobre todo en nuestros días, indispensable a la mujer cristiana; porque en nuestro siglo de incredulidad debe

estar apercibida y apercibir a los suyos contra el contagio pestilente del escepticismo; y deberá, también, muchas veces, confundir la ignorancia de los impíos.

b) Su piedad debe ser no solamente instruida, más también *sólida*; y lo será si está basada sobre las convicciones inquebrantables de la fe, y sobre una voluntad firmemente resuelta a servir a Dios ante todas las cosas. De esta piedad sólida y bien cimentada sobre las convicciones de la inteligencia y sobre la firmeza de la voluntad, nace espontáneamente la constancia en la práctica bien regulada de la devoción; cuyos ejercicios no se omitirán jamás, aunque cuesten algún sacrificio.

c) Finalmente, la piedad debe ser *ejemplar*; esto es, debe ir acompañada del buen ejemplo, de la práctica de las virtudes cristianas, principalmente de aquellas que nacen de la caridad, como la dulzura y afabilidad en el trato, que hacen amable la piedad. *Así resplandezcan,* dijo el Salvador, *vuestras buenas obras delante de los hombres, que éstos glorifiquen y alaben a vuestro Padre celestial.* (Matth. V, 16).

II. CELO DOMÉSTICO. La segunda virtud fundamental en que debe ejercitarse la mujer cristiana es *el celo doméstico*. Consiste esta virtud en el amor a la familia y a todos sus miembros, y en atender con solicitud a todas las cosas que les interesan.

El amor a la familia, cristianamente entendido, es una virtud que debería reinar en todos los corazones; pero debe, sobre todo, brotar del corazón de la mujer. Esta ha de amar su casa como un santuario del cual Dios le hubiese conferido una especie de sacerdocio, y como al centro de su reposo donde halle las delicias de

la paz y felicidad. La mujer que busque los goces de la vida fuera de su hogar, descuidará sus deberes, aun los más primordiales y sagrados; y en lugar del placer, cuyo disfrute anhela en los teatros, bailes, paseos y otras diversiones, sólo hallará desengaños y remordimientos de conciencia. En la santa y apacible morada de Nazaret halló la santísima Virgen toda su felicidad, y en el recinto del hogar doméstico encontrará la dicha la mujer cristiana.

Este amor al hogar doméstico, supone el cariño a todas las personas que componen la familia: padre, madre, hermanos, hermanas, sirvientes y sirvientas, todos deben ser amados en nuestro Señor Jesucristo. De este amor nacerá la bondad y la solicitud en mirar por todos, el celo por su bien espiritual, el cuidado de todo aquello que concierne al bienestar corporal, una santa vigilancia para prevenir y evitar las faltas, y una actividad infatigable, con lo cual en toda la casa se respirará el aroma de la virtud, reinará en lo moral el orden y la paz, el aseo en lo material, y en todos el gozo y la dicha.

¿No es, acaso, este celo doméstico el que describe el Sabio, hablando de la mujer fuerte? Oigamos sus palabras: *Consideró los rincones de su casa, y no comió su pan en la ociosidad. Buscó lana y lino, e hizo labores con la industria de sus manos. Levantóse antes del amanecer, y distribuyó las raciones a sus domésticos y el alimento a sus criadas. Revistióse de fortaleza y robusteció sus brazos. Gustó de la utilidad de su trabajo, por lo cual ni aún de noche apagará su luz. Abrió sus manos al indigente y extendió sus brazos para amparar al pobre.*

Abrió sus labios con palabras de sabiduría, y la ley de la bondad gobierna su lengua. No temerá los frios del invierno, porque todos los de su casa usan vestidos de mucho abrigo. Levantáronse sus hijos y la llamaron bienaventurada, y su marido la colmó de alabanzas. (Prov. XXXI)

III. PACIENCIA. La tercera de las tres virtudes fundamentales arriba indicadas es *la Paciencia*. Si de todos en general debe decirse que no hay vida cristiana sin paciencia, singularmente debemos aplicar esta máxima a la mujer virtuosa de la que venimos hablando: porque le espera mucho que sufrir, ya de parte del esposo, hijos y domésticos; ya de sus padres, hermanos o hermanas; ya de sí misma, de su propio carácter, de las inclinaciones de su corazón.

Si sabe sufrir sin quejarse de nada, si a las provocaciones opone el silencio apacible, sin muestras de amargura; si deposita todas sus penas a los pies del crucifijo, imitando la dulzura de Jesús paciente, y sacando del divino corazón, como de una inagotable mina de todas las virtudes, una paciencia inalterable; triunfará de todo, vencerá todos los obstáculos, y gozará de una enviable paz, en medio de las mayores tormentas. Cumpliráse en ella lo dicho por Jesucristo: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (Matth. V, 4.): serán como dueños de la tierra entera por el ascendiente sobre los corazones. ¿Acaso no se debe a la invicta paciencia de santa Mónica, enaltecida con la oración y las lágrimas, la conversión de su esposo Patricio, educado en el paganismo? ¿No fué fruto de su perseverante paciencia, por espacio de catorce

años, y de sus amorosas exhortaciones, la conversión de su hijo Agustín, que de la secta de los maniqueos pasó a ser una de las mas brillantes antorchas de la Iglesia? No en los encantos de la belleza, sino en la paciencia dulce y perseverante, reside el poder de la mujer cristiana y el secreto de su fuerza. En ella se verifican las palabras del Sabio: *Mejor es el paciente y sufrido, que el fuerte y valeroso; y quien domina sus pasiones vale más que el conquistador de ciudades.* (Prov. XVI, 32).

Estas son las principales virtudes de la mujer cristiana: armada con ellas, como una triple coraza, será inaccesible a las seducciones, invencible en los combates de la vida, infatigable en los trabajos. Se la verá ejercer una acción poderosa en la sociedad, obrará maravillas, llenará, en una palabra, la noble misión que Jesucristo le ha confiado en su Iglesia.

CAPÍTULO III

Formación de la Mujer Cristiana

No sin especial consejo de Dios fué manifestando sus dones de sabiduría y de gracia, a medida que crecía en edad, el Salvador del mundo. Este desenvolvimiento, o mejor dicho, esta gradual manifestación de sus virtudes, debía ofrecer un acabado modelo de formación a la juventud cristiana.

Los jóvenes deben adiestrarse así en la virtud como en la ciencia, so pena de estancarse en la ignorancia, y de encenegarse en el vicio: la edad madura solamente recoge lo que la juventud sembró y cultivó. Es, pues, de todo punto necesario que las jóvenes se esmeren en su propia formación, si quieren, en día no lejano, llenar los designios que Dios tiene sobre ellas.

Dejando a un lado la formación literaria y científica, la cual debe ser proporcionada a la condición social y a los bienes de fortuna, hablaremos aquí de la formación moral, que es la que modela el corazón y establece el reinado de las virtudes. Esta educación moral, no solamente es mucho más preciosa que las ciencias y las bellas artes, sino que es absolutamente necesaria e indispensable, y por lo mismo la Providencia de Dios

la ha puesto al alcance de todas las condiciones sociales, y de todas las fortunas.

Pero, ¿en qué consiste esta formación moral de que hablamos? Consiste en el cultivo de las virtudes, principalmente de aquellas que son el adorno de toda joven, y producen, poco a poco, las tres fundamentales virtudes de que antes hemos hablado. Mas como no es posible la adquisición de las virtudes, sin apartar antes los obstáculos que a ellas se oponen; diremos primero algunas palabras acerca de estos, y después hablaremos de las virtudes.

I. OBSTÁCULOS. Lo que impide que una joven adquiera las grandes y bellas cualidades que han de hermosear su corazón y han de formar su gloria, es *la vanidad, la curiosidad, la malicia, y la intemperancia en el hablar*. Estos cuatro vicios capitales engendrarán todos los demás vicios y ahogarán la buena semilla de las virtudes, si con empeño no se trabaja en arrancarlos del corazón.

a) Primer obstáculo: *la vanidad*. Es la vanidad como un gusano destructor que roe la virtud en su misma raíz; induce a complacerse en las buenas cualidades que la persona posee o se imagina que posee; y a manifestarse y querer lucir ante los ojos de los hombres.

Si la joven abre su corazón a la vanidad, si le dá entrada en su alma, bien pronto perderá el gusto a las cosas de Dios. Oscurecida la vista del espíritu, ya no verá resplandecer la verdadera gloria; la felicidad del cielo y de los elegidos carecerá de atractivo para ella; la hermosura del alma y de las virtudes serán miradas

con indiferencia, y aun tal vez con desprecio, si no le sirven para satisfacer el deseo de vana gloria de que está lleno su corazón; todas las grandes enseñanzas de la fe desaparecerán, en breve tiempo, de su vista.

Por el contrario, no conocerá más que las groseras hermosuras de este mundo, las efímeras beldades de la tierra, flores que se deshojan al implacable soplo de la muerte; todas las energías de su espíritu se concentrarán en la engorrosa tarea del bien parecer ante el mundo, y en satisfacer los caprichosos gustos del lujo. Consumirá en el aseo y adorno de su persona, el tiempo que imperiosamente reclaman sus deberes, y el dinero que debería emplear en limosnas y en buenas obras, y en muchas ocasiones, el que de justicia se debe a los que la sirven. No es esto todo; la pasión de agradar a los demás, de atraerse las miradas de las personas que la rodean, enciende el envidioso deseo de oscurecer a las bellezas rivales, llena el corazón de amargos celos, y la boca de palabras maldicentes. Brevemente: la joven dominada por el vicio de la vanidad, no conocerá la piedad, no tendrá espíritu de economía, no gozará de paz ni de reposo; viciosa e infeliz en el tiempo, será todavía más desgraciada en la eternidad.

Para huir de todos estos males, y vencer el vicio de la vanidad, que tan tiránicamente domina en el corazón de la mujer, se han de poner los ojos en la humilde Virgen de Nazaret, y copiar de ella las virtudes que no se tienen; se ha de mirar con frecuencia a nuestro divino modelo Jesús, hecho, en el día de su pasión, sanguinario juguete de un mundo perverso. Contemplando las llagas que los azotes han abierto en el adorable

cuerpo del Salvador, y el andrajó de púrpura que le sirvió de vestido, y la corona de espinas que adornó su sacratísima cabeza, quedará triturada la vanidad, y se verá toda la insensatez de quien se afana por complacer a un mundo que tan villana y cruelmente trató al Rey de la gloria y Dios de la majestad.

b) Segundo obstáculo: *la curiosidad*. Entiéndese por curiosidad el desordenado deseo de ver, oír y conocer. No todo deseo de conocer es desordenado; la instrucción y adquisición de conocimientos útiles y serios, conforme al estado y vocación de cada uno, caen bajo la acción del deseo honesto y laudable. La curiosidad de que hablamos, nada tiene que ver con este noble afán de enriquecer el espíritu con nuevos conocimientos razonables que contribuyen al perfeccionamiento del alma. La curiosidad no busca ver, oír y saber, sino lo que recrea, lo que hiere la imaginación, lo que impresiona los sentidos. La joven que no reprime a tiempo esta malsana curiosidad, no reparará en satisfacerla por medio de lecturas frívolas y novelescas, con la frecuencia en los teatros y otros espectáculos, con salidas y excursiones intempestivas: llenará su espíritu de vanas ilusiones y desvaríos, perderá el gusto del trabajo y de las ocupaciones serias, y finalmente, descuidará no solamente los ejercicios de piedad, sino también las obligaciones domésticas.

c) Tercer obstáculo: *la molicie*. Este vicio consiste en el amor desordenado de la satisfacción de los sentidos. La joven que no aprende a privarse de nada, que busca cuanto le es placentero, y no lo que es conveniente; que quiere satisfacer todos sus gustos y caprichos; que prefiere lo que le es grato, y relega el

deber al postrer lugar; caerá en la ociosidad, buscará con juvenil avidez los placeres fuera de la familia, no habrá diversión que no frecuente, ni baile a que no concurra. ¡Ay! estos falsos goces y alegrías pasajeras, llenas de amarguras y decepcionès, le vendrán a costar muy caras ciertamente: la paz del corazón será turbada; empañada la tersura de la virginal pureza; tal vez se vea comprometido su honor; desaparecerá la generosidad, la franqueza y la energía de su carácter; sucediendo a estas buenas cualidades, la debilidad, la inconstancia y el egoísmo, que abrirán a todos los vicios su corazón.

d) Cuarto obstáculo: *la locuacidad*. Se incurre en este vicio cuando una persona se entrega sin freno al prurito de hablar. La joven que se deja llevar de esta mala tendencia, no dejará de cometer muchos pecados; pues, como está escrito, *en el mucho hablar no faltará pecado*. (Prov. X, 19). La indiscreción, la ligereza, las mentiras frecuentes, las querellas y los chismes, el comprometer buenas reputaciones, el sembrar odios y rencores entre los miembros de una misma familia, o entre la más sincera amistad, son los frutos amarguísimos y detestables que de la inmoderación de la lengua se cosechan, los cuales podría evitar el prudente silencio. La persona que no es dueña de su lengua pierde la estima y la confianza de todos, y pone en contingencia el buen éxito de los negocios mejor encaminados.

No es esto todo; con el hablar sin moderación, mil distracciones turbarán su espíritu, impidiéndole orar con el sosiego y devoción convenientes, y, para su propio daño, experimentará la verdad de esta máxima,

que «para hablar bien con Dios, es necesario hablar poco con los hombres». Perdiendo el espíritu de oración, perderá juntamente el principio de toda fuerza sobrenatural, y por consiguiente, de toda virtud. Debemos, pues, seguir el sabio consejo de la Escritura que dice: *Pon puerta y candado a tu boca. Funde tu oro y tu plata y haz de ellos una balanza para pesar tus palabras, y frenos bien ajustados para tu boca* (Eccli. XXVIII, 28 y 29); y rogar con David: *Poned, Señor, guarda a mi boca y puerta conveniente a mis labios.* (Salmo CXL, 3).

Estos cuatro vicios son los principales impedimentos que se oponen a la formación virtuosa de las jóvenes: es, pues, de todo punto necesario impedir que entren en el corazón; y si ya existen en él, trabajar con empeño para dominarlos y vencerlos; porque ellos vencidos, se desarrollarán con holgura y florecerán las virtudes.

II. VIRTUDES. Numerosas son y variadas las virtudes que constituyen la perfección de la virgen cristiana. Son el adorno interior del alma, mil veces más rico y más bello que todo el resplandor del oro y pedrería: son un encanto más que se añade a la admirable belleza de la gracia santificante cuya incomparable magnificencia realzan.

Si tuviésemos vista de ángeles, para ver la interior belleza de las esposas de Jesucristo, además del vestido nupcial, que es la gracia, veríamos resplandecer el cinturón de oro de la castidad y las cintas de la mortificación, prendas varias hermoseando toda su persona: el ajustado calzado para seguir las huellas de Jesús, el

anillo de la fidelidad al deber, los brazaletes de la sumisión, el collar de la paciencia, el camafeo del amor a la cruz, el ramillete del fervor, la diadema de la sabiduría, las rosas del pudoroso recato entrelazadas con los lirios de la pureza, las piedras preciosas de las santas obras, el oro purísimo de la caridad. Todas estas ricas vestiduras y hermosas joyas exhalan un perfume celestial, el perfume de los buenos ejemplos.

Estas virtudes son como otras tantas flores que brotan de una misma raíz: el amor a Dios. Vémoslo en Aquella que es la Reina de las vírgenes: sus virtudes todas son como rayos luminosos que salen de su corazón abrasado en llamas del más vivo amor. El amor, la caridad de Dios, es la que domina en María santísima y la que forma su especial carácter, como ella misma lo proclama, diciendo: *Ego mater pulchrae dilectionis; Yo soy la madre del amor hermoso.* (Eccli. XXIV, 24).

Este santo y hermoso amor, prácticamente considerado, comprende el amor de la pureza, el amor del deber y el amor del prójimo en Jesucristo.

a) *Amor de la pureza.* Comprende este amor, la pureza del alma y la del cuerpo: ambas a dos dan al alma que las posee una bondad celestial que roba el corazón de Dios, como lo atestiguan estas palabras: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!... Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te!* ¡Oh! ¡cuán hermosa eres, querida mía, cuán hermosa eres!... *Eres toda hermosa, y en ti no hay mancha ni fealdad alguna.* (Cant. IV, 1 y 7).

La pureza del alma, llamada también pureza de corazón y pureza de conciencia, consiste en la carencia

de todo pecado, y de cuanto pueda disiplacer a la majestad de Dios, ofendiendo la santidad de sus purísimas miradas.

La pureza del cuerpo, que consiste en la angelical virtud de la castidad, es la que presta a la virgen cristiana sus más bellos encantos. El alma enamorada de esta virtud, tan preciosa como delicada, no omite medio alguno para preservarla de cuanto pueda empañar su brillo: estos medios son la piedad y la oración, la mortificación y la templanza, la uniforme distribución de las ocupaciones diarias, la vigilancia sobre los afectos del corazón, la guarda de los sentidos, el amor al retiro, el huir del mundo, y finalmente, una tierna devoción a la santísima Virgen María, reina y protectora de las vírgenes.

b) Amor del deber. Dos cosas solicitan de continuo el corazón de las jóvenes: por una parte el cumplimiento de sus deberes, y por otra el atractivo de las diversiones y de los placeres. La joven esclarecida por la luz de la fe y dócil a la gracia, conoce que el velo del placer sólo encubre vanidades o hediondo fango; mientras que bajo el velo del deber se esconde, como en oculta mina, el oro divino de la voluntad de Dios.

El claro conocimiento que el alma tiene del valor inmenso que se encierra en el cumplimiento de la divina voluntad, hace que la estime como el tesoro de los tesoros, como el supremo bien del hombre sobre la tierra: de donde nace un amor grande, intenso, a todo lo que mira como un deber suyo; ya se presente bajo la forma de oración, ya del trabajo que ha de ejecutar; ora sea un acto de caridad con el prójimo, ora una tribulación que la aflige, o bien una injuria que ha de perdonar.

No repara en dificultades; desde el momento que conoce que es su deber, lo abraza y se lanza a su cumplimiento a pesar de las repugnancias de la naturaleza.

Fácilmente se comprende que este amor al deber no es otro que el amor a Dios, mirado desde el punto de vista práctico, conforme a estas palabras del Salvador: *El que me ama guarda mis palabras.* (Joan. XIV, 23).

c) *El amor del prójimo.* Debiendo la virgen cristiana tener amor y estima a todo lo que Dios aprecia, necesariamente ha de amar a los hijos de Dios; esto es, a los hombres todos, pues a todos ha rescatado el Señor con el precio de su sangre preciosa. De ahí esa amable bienquerencia hacia todo el mundo; esa dulzura y afabilidad en el trato, que gana los corazones; ese bondadoso disimulo de las faltas y debilidades del prójimo, que parece que las ignora más bien que las disimula; esa prudente longanitud en no pronunciar palabra alguna irritante en circunstancias delicadas; ese amor a los pobres y necesitados; esa bienhechora y caritativa generosidad en remediar los males ajenos; ese celo infatigable y desinteresado por todas las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales.

De lo que llevamos dicho se desprende, que el triple amor de la pureza, del deber y del prójimo, que el Espíritu Santo enciende en el corazón de la virgen cristiana, es fecundo en toda suerte de virtudes. Dispone, a la que lo posee, para llenar la sublime misión a que está llamada; conviértela en heroína, en ángel terrestre, en criatura admirable que pasa sobre la tierra haciendo bienes, sembrando beneficios y derramando por doquier el buen olor de Cristo; hasta que llega el

momento dichosísimo de ser transportada al cielo, para ser allí coronada de gloria entre los espíritus bienaventurados, a los cuales fué en vida muy semejante.

III. ADMIRABLE FORTALEZA DE SANTA INÉS. ¡Cuán admirables son las vírgenes cristianas abrasadas en el fuego del divino amor! A ellas cabe la gloria de formar parte del cortejo lucidísimo de la Reina de los cielos y Madre de Dios, la Virgen María. *En pos de Ella serán las virgenes presentadas al Rey. Entre fiestas y regocijos serán llevadas al templo del Rey de la gloria.* (Ps. XLIV, 15 y 16). Entre esa multitud innumerable de vírgenes lucidísimas que acompañan a la Madre de Dios, una a mis ojos brilla con especiales fulgores, y me parece que su memoria ha de servir de ejemplo a las que en esta vida combaten todavía para alcanzar la inmarcesible corona; tal se me figura la joven santa Inés, virgen y mártir.

A la vista de esta valiente heroína de nuestra fe, que a la edad de trece años, venciendo al tirano y a los tormentos, dió la vida por Cristo, «llénense de admiración los hombres, dice san Ambrosio (De Virg. lib, 1, c. 2), confíen los pequeñuelos, asómbrense las casadas, emulen su imitación las doncellas». ¡Qué bello espectáculo debió ofrecer a los hombres y a los ángeles, aquella intrépida niña arrastrada por fuerza al pie de falsas deidades, puesta entre las manos de los verdugos, y alzadas las suyas al cielo implorando el auxilio de Cristo que la esforzaba, y en ella y por ella triunfaba de los perseguidores de su fe!

Ya Inés había rechazado el primer asalto a su virtud, cuando quiso engañarla con seductoras promesas

el hijo de Sempronio, pretor de Roma. Ofreciéle el seductor, en precio de su virginal pureza, riquísimas joyas y valiosos adornos y deslumbrante porvenir; cosas todas capaces de seducir a cualquier joven de virtud menos sólida que la de Inés. Detestó con horror la casta virgen las satánicas ofertas. *Lejos de mí*, contestó con bríos superiores a su edad, *lejos de mí esos engañosos lazos de muerte! Pertenezco a un esposo más augusto que el hijo de un pretor de Roma; soy toda de Jesús, Hijo del Rey de reyes. El me ha dado joyas más preciosas; ha puesto en mi dedo el anillo de la fe, y la corona de esposa sobre mi cabeza, y a mi cuello gargantilla de las más puras y resplandecientes perlas; ha purificado mi frente y hermoseado con su sangre mis mejillas; hizome ver tesoros incomparables, de los que yo seré poseedora si le permanezco fiel.* Quiero, pues, guardarle la fe que le tengo prometida; a El sólo amo y no admito otro amador fuera de El; para El son todos mis afectos; toda me he consagrado a El. ¡Oh, qué feliz me considero al verme su prometida! Desposaréme con Aquel a quien sirven los ángeles; con Aquel que, por su resplandor, vence la luz del mismo Sol. Jesús es mi único amado; amándolo soy casta, acercándome a El permanezco pura, dándole afectuosos abrazos crece la virginal limpieza.

Habiéndola amenazado con llevarla a un lugar infame, respondió la intrépida niña: *No temo vuestras amenazas; tengo conmigo un ángel que me defenderá de vuestras infamias; el mismo Jesucristo será para mí un muro de bronce y una fortaleza inexpugnable.* No salió fallida su confianza; Dios, dice san

Ambrosio, cubrió su inocente cuerpo con un vestido milagroso, y los lictores, presa de un involuntario respeto, no osaron tocarla.

Condenáronla al suplicio del fuego; y la casta niña entró animosa en la hoguera sin temor a los tormentos del fuego. Respetáronla las llamas, las cuales, en vez de quemar a la esposa de Jesucristo, convirtiéronse en suave viento refrigerante. Viéronla en medio de las llamas tender hacia el cielo los inocentes brazos, mientras decía con acentos de tierna devoción: *Yo te bendigo, oh Padre de mi Dios y Señor Jesucristo, porque por el amor y méritos de tu amado Hijo, has impedido que las llamas me dañasen.*

Por fin el tirano, ciego con su impiedad, e insensible a tantos prodigios, sentenció a la inocente y tierna niña a que le fuese cortada la cabeza. Oída la cruel e injusta sentencia, abrió sus castos labios la invencible mártir para pronunciar esta hermosa plegaria: *Oh Dios omnipotente y temible, único digno de ser adorado y servido, bendito seas por todos los siglos! Glorificado sea para siempre jamás tu santo nombre, porque por los méritos de tu Hijo único, mi Señor Jesucristo, me has concedido la gracia de triunfar de todas las amenazas de hombres impíos, y de pasar por los más sucios senderos, por todas las inmundicias del demonio, sin que haya quedado mancillada mi alma. Bendigante todas las gentes; que mis labios confiesen tu santo nombre, que mi corazón se inflame en vuestro amor, que mi alma sea desatada de este cuerpo y vuele hacia vos para recibir vuestros dulces abrazos.*

En acabando de pronunciar estas palabras, recibió

el golpe mortal que, cortándole la cabeza, cortó a la vez las ataduras terrestres, y su alma dichosa voló al cielo para unirse, por siempre jamás, a su celestial esposo, y recibir, con la corona de la virginidad, la palma del martirio. ¡Qué grandeza de alma en una niña de trece años! ¿Cuál es la poderosa virtud que ha hecho de Inés una heroína en tan tierna edad? ¿No es, por ventura, el amor de Dios que ardía en su magnánimo corazón? Sí; esa fortaleza tan grande en tan corta edad, procedía del amor a nuestro Señor Jesucristo, y a todas las cosas caras al corazón de este divino esposo de nuestras almas.

Ojalá podamos nosotros, a imitación de la invicta mártir santa Inés, purificar nuestro corazón de todo afecto mundano, para hacer de él un santuario del más puro amor a Jesús. La gracia del Señor no nos faltará jamás, si desde los primeros años nos dedicamos a una tan santa empresa, bajo la protección de la Reina del cielo, Virgen de las vírgenes y *Madre del amor hermoso*.



CAPÍTULO IV

Defensa de la Mujer Cristiana El Temor de Dios

DICE el Espíritu Santo que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría.* (Ps. CX, 10). Aquí se entiende por sabiduría el conjunto de todas las virtudes que constituyen la perfección humana; y es comparada a un edificio que se ha de construir, cuya base o fundamento es el temor santo de Dios.

Este saludable temor de Dios, no es más que el temor de ofender a la Majestad divina, y de incurrir, por el pecado, en los eternos castigos del infierno; es el temor que Jesucristo quiso infundir en nuestras almas cuando dijo: *No temáis a los que solamente pueden matar el cuerpo, y muerto éste ya no les queda otra cosa que hacer; temed a aquel que puede matar el cuerpo, y arrojar el alma a los tormentos eternos: a este habeis de temer.* (Luc. XII, 4 y 5). Por estas palabras nos inculca el Salvador el temor santo de Dios, señalándonos el infierno como motivo de este temor. Quiere, pues, Jesucristo, que la viva fe en el fuego del infierno, la frecuente meditación de aquellos

eternos tormentos, y el temor de caer en ellos, sean el fundamento de nuestra fidelidad a la ley santa del Señor y la base inquebrantable de la vida cristiana.

Para mejor aprovecharnos de las palabras de nuestro divino Redentor, indicaremos dos cosas: I) Porqué debemos pensar en el infierno. II) Cómo nos podremos preservar de caer en él.

I. PENSAMIENTO DEL INFIERNO. El pensamiento del infierno es un eficaz remedio contra el pecado, y un poderoso estímulo para la virtud.

a) Quien frecuentemente tiene puesto su pensamiento en el infierno, no caerá en él, porque huirá del pecado, única causa de tan gran desgracia. *Acordaos del infierno*, dice san Bernardo, *bajad a él con el pensamiento durante la vida, y no caeréis en él después de la muerte*. ¿Quién podrá permanecer en el pecado viendo el infierno abierto para tragarse? ¿Quién, que ponga ante su vista aquel horno inmenso de ardores sempiternos, se atreverá a ofender la Majestad de Dios, sabiendo que está en la imprescindible alternativa o de renunciar al pecado o de penar para siempre en aquel lugar de tormentos? ¿Qué hombre hay, de tan poco seso y razón, que se empeñe en hacer mal uso de su libre albedrío, quebrantando los divinos preceptos, si tiene presente que por ese camino se va irremisiblemente al suplicio eterno, a un penar por toda la eternidad? Pues es cierto que existe ese fuego inextinguible, ese lugar de eternos tormentos; la aterradora alternativa en que se encuentran los hombres, de apartarse del mal, o de sufrir las penas del infierno para siempre jamás, es una realidad.

¿De dónde viene, pues, que muchos hombres, muchos cristianos que tienen fe, se atreven a ofender a Dios poniendo en peligro su eterna salvación? El gran doctor angélico santo Tomás confiesa que es incomprendible semejante audacia. Sin embargo, diremos que si muchos cristianos pecan, es porque viven olvidados del infierno; pero queda siempre esto de incomprendible, el olvido de cosa que tanto nos interesa. Por el contrario, los verdaderos cristianos, los santos, piensan seriamente en él; y algunos hubo que pusieron sus miembros en los braseros encendidos para dejar bien grabada, no sólo en su mente sino también en su cuerpo, la terrible realidad del infierno; y armados con estos saludables pensamientos, salieron siempre triunfantes en todos los combates que les presentó el enemigo de las almas.

b) El recuerdo del infierno, y de las penas de la otra vida, es también un poderoso estímulo para el ejercicio de la virtud y la práctica de las buenas obras. Cuando se considera que allí, como dice el autor de la *Imitación de Cristo*, será más grave pasar una hora de pena, que aquí cien años de amarga penitencia, todos los sufrimientos de este mundo parecen ligeros, y todos los sacrificios que la virtud exige se convierten en suaves y llevaderos; ningún trabajo hay en este mundo tan grande que no se sufra con alegría a trueque de evitar los eternos tormentos. Decía la seráfica madre santa Teresa que, en medio de las pruebas y de los dolores a que Dios la sujetaba, refrescaba la memoria de lo que vió acerca del infierno, y parecíale que se desvanecían todas las penas de esta vida. ¿Pues cómo no pensaremos nosotros en el infierno? ¿Cómo no le temeremos?

II. TEMOR DEL INFIERNO. ¿Qué es el infierno, y que tiene de espantoso? Es el dogma del infierno la más terrible de las verdades de nuestra sacrosanta religión, la cual nos enseña que es un lugar de tormentos sin fin, y un abismo del que jamás se sale, y en el cual todos estamos expuestos a caer.

A) *Es una verdad* el dogma del infierno; fijemos bien en ello nuestra atención, porque no es un vano espantajo o un desvarío de la mente humana, o una mera hipótesis destituida de certidumbre, ni una probabilidad, más o menos fundada, pero que deja en el ánimo alguna sombra de duda. Nada de eso; sino que es una verdad clara y distintamente revelada por Dios y proclamada por la Iglesia; una verdad enunciada quince veces en el Evangelio con palabras claras y terminantes, y de un modo tan evidente que jamás ningún hereje se atrevió a negar la verdad de este dogma. Tan arraigado está en la conciencia de todos.

Los judíos, los musulmanes, los paganos han creído en la existencia del infierno; bien que la ignorancia de algunos pueblos haya alterado la verdadera noción de los eternos castigos, pero nunca se halló pueblo alguno, ignorante o ilustrado, que negase su realidad. Estaba reservado a la impiedad contemporánea proferir una negación tan insensata, como destituida de todo fundamento. Sí, en nuestros días hanse levantado hombres audaces que osan reírse del infierno, y poner en duda, o negar, su existencia (1).

¡Reirse del infierno! Mas no es para tomar a risa la

(1) Véase el opúsculo *Le dogme de l'enfer illustré par les faits*, editado por los Sres. Desclée y de Brouwer, en Brujas y en Lille.

creencia universal de los pueblos; ninguna persona sensata se ríe de lo que atañe al eterno destino del hombre; no es caso de reírse de las amenazas, cuando se corre el peligro de que se conviertan en realidad.

Cuando los impíos oyen este lenguaje, acógnese a la negación o a la duda, que para ellos es lo mismo: negación o duda que no tienen más valor que el de la incertidumbre. La ignorancia y la impiedad podrán llegar hasta la duda sobre la existencia del infierno, pero no pueden pasar más allá; nunca llegarán hasta la certidumbre de la no existencia de ese lugar de eternos suplicios para los malvados. Frecuentemente esta incertidumbre, o duda, la profieren en forma de negación; y en sus labios estas palabras: *no hay infierno*, equivalen a estas otras: *puede ser que no haya infierno*.

Desde luego pregunto yo, ¿quiénes son los hombres que preganan este nuevo dogma? En una cuestión de dogma religioso no se emite ninguna proposición si no es por persona competente, si no se ha examinado a fondo la cuestión de que se trata, si no se aducen pruebas de lo aseverado. Ahora bien; ¿por lo general, los hombres que tienen la osadía de negar el gran dogma del infierno son personas competentes en materia de religión? ¿Los que así hablan, no son casi siempre personas que ignoran hasta los más rudimentales elementos del catecismo?

Mas, ¿por qué les preocupa tanto una cuestión dogmática que no es de su competencia? ¿De dónde les viene tanta animosidad para combatir la creencia en los castigos eternos? Sin duda que es el propio interés quien los empuja; están interesados en la no existencia del infierno, como lo están los ladrones en la desapari-

ción de las cárceles. A la verdad, ellos quisieran que no hubiese infierno, para ofender a Dios con más holgura de conciencia; y de aquí los esfuerzos que hacen para persuadirse que no lo hay, dando origen a sus dudas, a sus burlas, a sus negaciones de todo fundamento destituidas (1).

Porque, ¿sobre qué pruebas, o sobre qué razones cimentan una negación de tanta trascendencia? Todas las pruebas que suelen aducir, todos sus razonamientos, se reducen a estas meras afirmaciones. — *Yo no creo.* — *Nada de cierto se sabe; la vida futura es un problema, un puede ser.* — *Nadie ha vuelto de la otra vida para traernos nuevas del infierno.*

a) *Yo no creo.* ¡Cómo! ¿y os parece que vuestra incredulidad es bastante para hacer que el infierno desaparezca?, y porque vos no creáis, ¿dejará de existir el infierno? ¿omitirá Dios el castigo por la sola razón de vuestro antojo en no creer? Si un malhechor fuese tan insensato que diese en la manía de decir que él no cree en la existencia de las cárceles, ¿quedarían por esto suprimidos los presidios? ¿el malhechor quedaría al abrigo de la justicia, y sin peligro de ser encerrado en un calabozo para purgar sus crímenes?

(1) Hemos de dar incessantes gracias a Jesucristo por la revelación clara y terminante del dogma del infierno. Este dogma es el que mantiene el equilibrio humano: sin él, la mayor astucia y la fuerza mayor gobernarían las acciones humanas, en vez de la caridad y de la justa ley. ¡Cuán pocos se esforzarían en obrar el bien, sin la esperanza de una eterna recompensa! ¡Cuántos dejarían de practicar el mal sin el temor de castigos eternos! Sin la eternidad del infierno, el mundo sería un infierno. Gracias infinitas sean dadas a Dios, porque al dotar al hombre de inteligencia y de libre albedrío, estableció eternos premios y castigos eternos para estimular al hombre al buen uso de esas dos facultades que hacen del hombre, hombre. (N. del T.)

b) La vida futura es un problema, un puede ser.

Os engañáis de todo punto: lo que decís un problema, está plenamente resuelto por la revelación. No cabe aquí incertidumbre, ni hay lugar a duda.

Sin embargo, supongamos por un momento que la existencia de los eternos suplicios no sea más que probable, y que pueda decirse con razón: *Puede ser que no haya infierno*. Pregunto yo; ¿quién, apoyado en esta deleznable incertidumbre, procediera de tal modo que a ser el infierno una realidad cayera en él irremisiblemente, no sería considerado como el más insensato de los hombres? ¿En qué asunto temporal se procede con semejante desacuerdo? pues ¿por qué hemos de perder el seso y obrar sin tino en los asuntos que a la otra vida se refieren, que son asuntos eternos?... Pero repitámoslo una y muchas veces: en lo tocante a la existencia del infierno no hay lugar a duda, no cabe aquí el *tal vez...* *puede ser...* es una verdad de certidumbre absoluta; y si, llevados de vuestra incertidumbre, os empeñáis en hacer la prueba, saldréis de vuestra duda por una dolorosa experiencia, que ya no tendrá remedio en toda la eternidad.

c) Nadie ha vuelto de la otra vida para darnos nuevas del infierno. ¿Y es esto necesario para que el infierno exista? ¿Cuándo ha sido indispensable que algún infeliz de los que calzan grillete salga de su calabozo para venir a decirnos que existen los presidios? Dios ha proclamado que el infierno existe; y por boca de su unigénito Hijo, que resucitó de entre los muertos, ha advertido repetidas veces al género humano, que hay un fuego eterno en el que serán atormentados los pecadores impenitentes. ¿La solemne palabra de Dios

no es bastante prueba? Faltarán los cielos y la tierra, antes que ella deje de cumplirse.

Pero decís que nadie ha vuelto del otro mundo para darnos nuevas del infierno: ¿estáis seguros de vuestra afirmación? ¿tenéis bien conocidos todos los sucesos que en el mundo se han verificado, para asegurar que entre todos ellos no existe alguno que contradiga vuestra afirmación? Pues sabed que tenéis en contra vuestra hechos históricos bien probados con irrecusables testimonios. Tal es, entre otros, el que fué jurídicamente examinado y probado en los procesos de beatificación de san Francisco de Jerónimo. En el año 1707 murió repentinamente en Nápoles, una pública pecadora. Advertido el santo misionero, fuése, con multitud de gente que le siguió, a donde estaba el cadáver, y revestido de superior autoridad dijo:—¿Catalina, dónde estás? Abrió los ojos la difunta, y con torva mirada y ronca voz, exclamó:—En el infierno, estoy en el infierno.

Sin embargo, cualquiera que sea la certidumbre de éste y de otros hechos semejantes, no estriba en ellos nuestra creencia sobre el infierno, sino en la palabra infalible de Dios: tales hechos no hacen más que confirmar el dogma, y corroborar nuestra fe. El infierno es, pues, una verdad inmutable, una realidad indefectible.

B) *El dogma del infierno es una verdad terrible.* Debemos temer el infierno, por los tormentos que en él se padecen, y por el inminente peligro en que estamos de caer en él.

Para formar una idea de lo que son los tormentos del infierno, bastará recordar las palabras que Isaías dirigió a los pecadores: *Quién de vosotros podrá*

habitar en medio de un fuego devorador? ¿Quién de vosotros podrá soportar los ardores sempiternos? (Isai. XXXIII, 14). Conviene ponderar bien estas palabras: *¿Quién podrá habitar en medio del fuego? ¿quién soportar los ardores sempiternos?* Todos debemos temer esos ardores y ese fuego devorador; porque es muy ancho el camino que conduce a la eterna perdición, y son muchos los que caminan por él, dice el Salvador, cuyas son también estas palabras: *Temed a aquel que puede arrojar el cuerpo y el alma en los tormentos eternos.* (Luc. XII).

III. CÓMO NOS LIBRAREMOS DE CAER EN ÉL. Evidentemente que nos es necesario tomar medidas contra el gran peligro que corremos de caer en el infierno. Dos son las que debemos tomar.

a) El aborrecimiento al pecado, un horror sumo del pecado mortal, porque él es la única causa de la condenación eterna. Este horror y odio al pecado, si es sincero, como debe serlo, nos alejará del vicio y del camino ancho que conduce a la perdición.

b) El segundo medio para precavernos del infierno, es la verdadera y filial devoción a la santísima Virgen. San Bernardo dice: *Perire nequit qui Mariae sedulus cultor fuit. No perecerá el asiduo devoto de María.* En esto el santo abad de Claraval no es sino el eco de todos los demás santos Padres.



CAPÍTULO V

Defensa de la Mujer Cristiana. El pensamiento del juicio

PARA afirmarnos más y más en el santo temor de Dios y en el aborrecimiento del pecado, debemos, siguiendo el ejemplo de los santos, grabar profundamente en nuestro corazón el pensamiento del juicio, y traer continuamente ante nuestros ojos aquel tribunal supremo, ante el cual deben comparecer todos los hombres y en el que daremos a Dios estrecha cuenta de todos los actos de nuestra vida.

Sabemos que hemos de abandonar este mundo falaz y engañador, y que, en el mismo instante de la muerte, nuestra alma ha de comparecer ante la Majestad divina para recibir el premio o el castigo que por nuestras obras hubiéremos merecido. Es éste un juicio particular o privado en el que se determina la suerte de las almas, pero sin aparato ni publicidad. No basta este juicio particular; es necesario otro juicio solemne, público, universal, en el que todo cuanto permanece oculto en el orden moral, aparezca manifiesto ante todo el mundo: el crimen oculto, para su perpetua confusión y vergüen-

za; la virtud desconocida e ignorada, para recoger la gloria debida a su mérito; la sapientísima conducta de la divina Providencia, por muchos calumniada, para que sea plenamente justificada en presencia de todo el mundo; y finalmente para que sea a todos manifiesto, cómo Dios, siempre y en todas las cosas, restableció el orden moral, por tantos hombres y tan repetidas veces quebrantado. La justicia de Dios exige esta manifestación universal.

¡Cuán grande es esta verdad! ¡cuán terrible para los desventurados pecadores! ¡cuán consoladora para los justos, que en este mundo vivieron humillados y abatidos! ¡cuán saludable a justos y a pecadores es el pensamiento de este dogma! Por esto el Salvador no cesaba de recordárnoslo; y así los santos como los verdaderos cristianos tenían siempre ante sus ojos la escena de aquel terrible día del universal juicio. *En todas mis ocupaciones*, dice san Jerónimo, *ora coma, ora beba, ora haga cualquier otra cosa, siempre me parece que resuena en mis oídos aquella espantosa trompeta que, en el supremo día del juicio, repetirá por doquier: Levantaos, muertos, y venid a juicio.*—El recuerdo de este supremo día, la continua memoria de la última cuenta, eleva a Dios las almas de buen temple, y las vuelve fuertes e inquebrantables en la virtud.

Embebámonos bien en el conocimiento de esta verdad y consideremos brevemente cómo se llevará a cabo aquel solemne drama, que ha de poner fin al curso de los siglos. Para su más fácil comprensión dividiremos la pavorosa escena en tres partes; a saber: *Principio, medio, y fin.*

I. PRINCIPIO. El fin del mundo será anunciado por las precursoras señales que el mismo Hijo de Dios nos indica en el Evangelio. Ignoramos por completo cual haya de ser el último día de los tiempos; Jesucristo, preguntado expresamente por sus discípulos, no quiso manifestarlo. Solamente sabemos que el número de los elegidos, de solo Dios conocido, debe completarse. Hay en la casa de nuestro Padre celestial, en la esplendorosísima ciudad de Dios, un gran número de mansiones (Joan. XIV, 2); y cuando todas ellas estén llenas, entonces acabará el género humano; pues ya no tendrá razón de ser su existencia.

Cuando la Jerusalén celestial haya recibido en su seno a casi la totalidad de los que han de ser sus felices moradores, anunciaráse el fin del mundo con guerras desastrosas, con espantosas mortandades, con deshechas tormentas, con terremotos horrorosos, cuales jamás se vieron; toda la naturaleza será convulsionada con espanto de los hombres, los cuales quedarán como secos por el terror que se apoderará de ellos. A poco de estas señales, un diluvio de fuego inundará la tierra, y consumirá no solamente a todos los seres vivientes, mas también las plantas, los árboles, los edificios, y los palacios, los más fuertes baluartes y las populosas ciudades; todas las obras de los hombres serán abrasadas sin que las llamas respeten ni el arte, ni la riqueza, ni el mérito, ni la resistencia.

Después de esta conflagración universal, un silencio de muerte reinará sobre la tierra: nuestro globo se habrá convertido en un vasto desierto cubierto de cenizas, o más bien parecerá un espacioso sepulcro, el sepulcro del género humano. ¿Dónde estará entonces la

gloria de los hombres? ¿Dónde los potentados? ¿Dónde las monarquías? ¿Dónde los imperios? ¿Dónde el orgullo de los grandes de este mundo? ¡Oh, hombre! mira que te has de convertir en ceniza, en un puñado de polvo, tú y las obras de tus manos.

Entonces se dejará oír por todos los ámbitos de la tierra y en la profundidad de los océanos, el sonido de la trompeta del juicio. Al sonido potente de esa trompeta, a la sonora e imperiosa voz del Arcángel resucitarán los muertos y se levantarán presurosos de sus sepulcros. Las almas vivificarán nuevamente, cada una el mismo cuerpo que en otro tiempo vivificó: al imperio omnipotente del Criador volverá a la vida el polvo de las tumbas. Las almas descenderán unas del cielo, subirán otras de la profundidad del infierno, para comunicar, cada cual a su propio cuerpo, o el brillo de la gloria y resplandor de la santidad, o la horrible fealdad del pecado.

Bendecirán los justos a sus cuerpos, porque fueron instrumentos dóciles de su eterna salvación, y cuyos sufrimientos y duras penitencias se ven ahora cambiados en purísimo gozo, en resplandores de gloria. Los condenados maldecirán rabiosamente a sus cuerpos y a cada uno de sus miembros y de sus sentidos, porque fueron instrumentos de iniquidad y causa de su eterna condenación. Los desventurados réprobos, horrorizados de sí mismos, sentirán horror y asco unos de otros hasta el punto de no poderse sufrir; y los que en el mundo engañador brillaron a los ojos de las engañadas gentes, aparecerán en el supremo día del juicio final, feos, horribles y monstruosos como demonios.

Sin embargo, en el primer momento de la resurrec-

ción saldrán de sus sepulcros mezclados los elegidos con los réprobos; al lado del condenado rico Epulón, hallaráse el pobre Lázaro resplandeciente de gloria, siendo la vista de éste un nuevo tormento para aquél; junto a los tiranos y a los verdugos estarán las inocentes víctimas coronadas con el mérito de los sufrimientos... Todos, justos y pecadores, serán conducidos, por ministerio de los ángeles, al valle de Josafat, esto es, al lugar del juicio. Allí esperarán la venida del supremo Juez, los unos llenos de indecible gozo, y los otros presa de un terror y espanto tales que les causarán agonías más que de muerte.

II. PROSECUCIÓN DEL JUICIO. Abrense los cielos; una luz intensa, vivísima mucho más que la del Sol, aparece en lo alto del firmamento, la que va acercándose a la tierra, precedida del estandarte del Hijo de Dios, del signo de la redención, la santa cruz que es llevada en triunfo por los ángeles delante del Señor de la majestad, acompañada de innumerables legiones de espíritus celestiales, los cuales, revestidos de formas visibles, auncian la llegada de su Rey.

He aquí que llega en las nubes del cielo el Hijo del Hombre, el Rey inmortal de los siglos, y a la vista del universo toma asiento en el trono de su majestad; a su derecha se sienta su santísima Madre, la Reina de los cielos, y deslumbradoras legiones de ángeles circundan esos tronos de gloria. Jamás en el mundo se vió Rey semejante, ni gloria, ni majestad, ni poder igual. ¡Ah! verdaderamente es Jesucristo el Rey del universo, en cuya presencia se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Todo está ya dispuesto. El Redentor del mundo va a juzgar a los vivos y a los muertos, como él mismo lo había anunciado. Fijas en él las miradas, todos los ojos lo contemplan: los justos, llenos de inefable alegría, participan ya del gozo de su Señor; los pecadores también lo ven; sí, también lo ven los réprobos, condenados a ver el rostro airado del Señor, dueño absoluto de todo lo creado, al que desconocieron y ultrajaron. *Vendrá en las nubes, y le verá todo ojo, aun los mismos que le hirieron.* (Apoc. I, 7). Le verán aún aquellos mismos que menospreciándolo dijeron: *No queremos que éste reine sobre nosotros.* (Luc. XIX, 14).

También el Señor levantará sus ojos para ver a todos los hombres: mirará a todos y a cada uno en particular, con mirada de inefable amor para los unos, y con mirada aterradora para los otros: con la expresión de aquella escudriñadora mirada hablará a unos y a otros, aunque con muy distinto acento, parecerá decir: *Ego sum; Yo soy.*

Entonces separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabrones: a la derecha colocará las ovejas y a la izquierda los machos cabríos. (Matth. XXV, 33). Esto es; colocará los buenos a la derecha y los malos a la izquierda. Venid, dirá, joven obediente y respetuoso; venid, mujer piadosa y casta, venid a mi derecha;—y vos, libertino; vos, mujer sin pudor, marchad a la izquierda... ¿De qué lado estaré yo? ¿Qué debo hacer para tener la suerte de estar a la derecha?

Después de la separación de justos y pecadores, comenzará el examen de la causa: *Abriránse los li-*

bros; esto es, pondránse de manifiesto todas las conciencias. Patentes a todo el mundo, manifestarán todo cuanto encerraron y guardaron en secreto; los unos como tesoros de virtud y buenas obras, los otros como hervideros de podredumbre y de iniquidad. *Nada habrá allí tan escondido que no se ponga de manifiesto; nada tan oculto que pueda permanecer ignorado.* (Matth. X, 26). Compareced ahora, justos, con vuestras lágrimas, con vuestros combates, con vuestras limosnas, con vuestras penitencias y oraciones... Compareced también vosotros, pecadores, con vuestras ocultas infamias, con vuestros artificiosos latrocinos, con vuestra burlona impiedad; ya es tiempo de que sea desenmascarada la hipocresía, de que sean abiertos los sepulcros blanqueados, y se manifieste la corrupción que en ellos se encierra.

El Juez supremo dirigirá sus miradas ya a los pecadores, ya a los justos; a éstos, miradas de complacencia que los henchirán de una dicha inefable, a aquéllos, miradas de ira que los llenarán de espanto y de terror. A unos hablará palabras de consuelo y de alabanza, glorificándolos en presencia de aquellos mismos que los despreciaron y maltrataron: a los otros, palabras severísimas de reproche, porque abusaron de su libre albedrío contra el mismo Señor que se lo dió. Una confusión indecible se apoderará de los desventurados. *¡Ahí tenéis vuestros crímenes, dirá a los malvados, ahí están vuestros desórdenes! ¿Es éste el fruto de mi sangre? ¿Para ésto instituí los sacramentos?... ¡Cuántas veces os he llamado a penitencia y siempre habéis cerrado vuestros oídos a mis amorosas voces! ¡Cuántas intenté reduciros a buen camino y*

siempre habéis permanecido sordos a mis amonestaciones!... ¿Qué podrán responder a estas reconveniones del Redentor? ¿Qué excusa podrán presentar?

A los justos dirá luego el Señor con blando y amorado rostro: *;Bienaventurados seáis para siempre, mis buenos y fieles servidores! Vosotros habéis sido observantes de mis mandamientos, habéis velado y orado conmigo, combatido y sufrido por mi causa, me habéis sido fieles en todas las tribulaciones... Ya es llegado el tiempo del descanso y del premio.*

Entonces se cumplirán las palabras que dijo el Salvador en el Evangelio; *El que me confesare delante de los hombres, lo confesaré Yo delante de mi Padre celestial; y de quien se avergonzare de Mí en presencia de los hombres, me avergonzaré yo en presencia de mi Padre, cuando viniere en la majestad de Dios y de los santos ángeles.* (Matth. X, 33. —Luc. IX, 26).

El riguroso examen terminará con la sentencia del supremo Juez: sentencia de eterna vida para unos, y de muerte y condenación eterna para otros.

III. FIN DEL JUICIO. *Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me recogisteis; estaba desnudo y me abrigasteis; enfermo y me consolasteis; encarcelado y me visitasteis... Pues cada vez que hicisteis estas cosas con uno de los pequeñuelos, mis hermanos, conmigo las hicisteis.*

Entonces dirá también a los reprobos: Id, malditos, al fuego eterno preparado para Satanás y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; estuve sediento y no me disteis de beber; era huésped y no me recogisteis; estuve enfermo y encarcelado y no me visitasteis... Pues cuantas veces negasteis estas cosas a uno de mis pequeños, a mí me las negasteis (Matth. XXV).

A esta terrible sentencia, ¿qué responderán los condenados? ¿Acaso implorarán la misericordia del Juez que tan severo se muestra con ellos? ¿Se volverán a la santísima Virgen, Madre de piedad? ¿Implorarán el patrocinio de los santos? Ya es tarde; pasó el tiempo de la misericordia; no queda lugar sino para la justicia.— ¿Pretenderán los insensatos resistir a Jesucristo, como lo hicieron en este mundo? ¿Se mofarán todavía de las palabras de la Iglesia que, como buena madre, les amonestaba para que dejarasen el camino de perdición por donde corrían a despeñarse eternamente? ¿Buscarán un defensor en el demonio, a quien sirvieron durante la vida? ¿Se imaginarán hallar un refugio en los abismos del no sé, de la nada?...

En vano pedirán a las montañas que los aplasten, o a los collados que los sepulten. Todos los recursos para huir del castigo serán inútiles; aislados, sin amigos, sin patrocinadores, sin medio alguno de defensa, permanecerán delante de la justicia de Dios en el día de las venganzas. No tienen otro remedio que aceptar la sentencia que sus obras merecen, ni les queda más alivio que la desesperación de su tardío arrepentimiento. *Ergo erravimus*, gritarán desesperados y furiosos en su impotencia, *ergo erravimus a via veritatis... Nos insen-*

sati vitam illorum aestimabamus insaniam. Luego hemos errado el camino de la verdad... Nosotros, insensatos, que teníamos por locura la vida de los justos. (Sap. V, 6, 4).

Dada la sentencia, abriránse las bocas del abismo para tragarse a toda la insensata multitud de los réprobos, los cuales bajarán vivos al infierno, y por siempre jamás se cerrarán aquellas puertas, y por siempre jamás sufrirán los terribles castigos que merecieron, por el desprecio que durante la vida hicieron de Dios y de los divinos preceptos. Este será el triunfo final de la justicia sobre la iniquidad. ¡Ay de los pecadores que no quieren abrir los ojos a la luz de la verdad, ahora que es el tiempo de la misericordia y del perdón!

Abriránse también las puertas del cielo, y el Rey de la gloria hará en él su triunfal entrada, acompañado del brillante y numerosísimo ejército de los elegidos. *Ibunt justi in vitam aeternam: Entrarán los justos en la vida eterna.* Este es el magnífico cumplimiento de las promesas de Jesucristo; éste el comienzo del reñado glorioso que jamás tendrá fin.

¡Ah! ¿No vale la pena de sacrificar todas las comodidades y regalos de mil vidas terrenales, para asegurar la vida gloriosa que ha de durar por toda la eternidad? Una vida bienaventurada, en la que la felicidad jamás será turbada, y cuyo objeto es el mismo Dios, infinito en todas sus perfecciones, es el premio reservado a todos los que, fieles a las promesas del bautismo, cumplen los mandamientos del Señor.

CAPÍTULO VI

Devoción al sagrado Corazón de Jesús

ADEMÁS del temor de Dios y del horror al pecado, que deben proteger a la mujer cristiana en medio de los peligros del mundo, y afirmar sus pasos en la virtud, tiene ella otra defensa en la piedad y sólida devoción. Ante todo la devoción al sagrado Corazón de Jesús le abre el más seguro asilo. Desde hace dos siglos, que viene acrecentándose en la santa Iglesia esta devoción: devoción que, bendecida y alentada por la Santa Sede y por el Episcopado entero, se ha extendido por toda la tierra, con admirable fruto de las almas. Para que más y más florezca ella en nuestro corazón, es conveniente que conozcamos los motivos en que estriba y el modo de practicarla.

I. MOTIVOS. ¿Por qué debemos honrar con un culto especial al divino Corazón de Jesús? Los principales motivos de este culto son: *El deseo expreso del Salvador; la excelencia de este culto; y los admirables frutos que por él se obtienen.*

a) *El deseo del Salvador.* Nuestro divino Redentor Jesús ha manifestado a su Iglesia, por vías sobrenaturales, el deseo de ver honrado su Corazón divino con un culto especial. Queriendo dar a sus fieles un nuevo medio de salvación, apropiado a las necesidades de los tiempos modernos, se dignó manifestar, como manantial de la santidad, la devoción a su Corazón saceratísimo.

Para la ejecución de estos misericordiosos designios, sirvióse el Señor de una humilde virgen, religiosa de la Visitación, la Beata Margarita María de Alacoque, a la cual hizo confidente de sus amorosos designios, manifestó los insondables misterios de su gracia, y la eligió como instrumento para echar en el seno de la Iglesia los cimientos de la nueva devoción a su Corazón adorable. La amante sierva de Dios hallábase delante de Jesús Sacramentado, orando, el día de la octava del Corpus del año 1673 (1), cuando repentinamente Jesucristo, rompiendo los velos sacramentales que lo encubren, se manifestó visible a sus ojos.

«Una vez que el Santísimo Sacramento estaba manifiesto, después de haberme sentido reconcentrada completamente por un recogimiento extraordinario, Jesucristo, mi dulce Maestro, se me representó resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas por todas partes, pero principalmente de su adorable pecho, que parecía una hoguera, el cual, abriéndose,

(1) El autor condensa en una sola narración lo más notable de las apariciones del Sagrado Corazón a la Beata Margarita. Véanse la autobiografía de ésta (impresa en Bilbao en 1870), págs. 114 y 187; *El Sagrado Corazón de Jesús*, por Mons. Segur. (Barcelona 1876), págs. 13, 17 y 23. (N. del T.).

me dejó ver su muy amante y amable Corazón, que era la viva fuente de esas llamas. Estaba radiante de luz y distinguíase en él la herida que recibió estando en la cruz; una corona de espinas lo rodeaba, y sobre él parecía estar plantada una cruz. Entonces mi divino Maestro me dijo: Ves aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres, que nada ha reservado hasta agotarse y consumirse en testimonio de su amor; y en reconocimiento yo no recibo, de la mayor parte de ellos, más que ingratitudes, por los desprecios, irreverencias, sacrilegios y sequedades que usan conmigo en este sacramento de amor; pero lo que me es aún más sensible, es que hagan esto los corazones que me están consagrados. Por eso, pues, te pido que el primer Viernes después de la octava del Santísimo Sacramento sea dedicado a una fiesta particular para honrar mi Corazón, reparando de algún modo tantos ultrajes, con un sentimiento honorífico, comulgando ese día para reparar las indignidades que ha recibido en el tiempo que ha estado patente en los altares; y yo te prometo que mi Corazón se dilatará para franquear con abundancia las influencias de su divino amor a los que le hicieren esta honra, o procuren que otros se la hagan». (Vida de la Beata).

Por estas palabras, repetidas veces pronunciadas y acompañadas de prodigios, ha revelado a su Iglesia Nuestro Divino Salvador la devoción a su Corazón sacratísimo y los frutos que la acompañan. ¿No es esto suficiente para que con todo fervor nos entreguemos a los ejercicios de tan dulce y útil devoción?

b) *Excelencia de este culto.* Honrar al sacratísimo Corazón de Jesús no es otra cosa sino honrar al

mismo Jesucristo Señor Nuestro; pero honrarle de una manera particular, perfectísima y delicadísima. El objeto directo e inmediato de este culto es el propio Corazón de Jesús, tal cual es; vivo y palpitante en el pecho del Hombre-Dios: a este divino Corazón, en otro tiempo herido sobre la cruz con una lanzada, y ahora glorificado con la santísima Humanidad del Hijo de Dios, honramos y adoramos juntamente con el cuerpo de Jesucristo, que está sentado a la diestra del Padre en lo más alto de los cielos, y oculto en los tabernáculos de nuestros templos, sacramentado por nuestro amor.

¡El Corazón del Hombre-Dios! ¿Hay en el mundo cosa que más se acerque a la divinidad, ni más digna de nuestras adoraciones y de nuestro culto? El Corazón de Jesús, ¡qué hermoso santuario! santuario de la divinidad, santuario de todas las virtudes del Hijo Unigénito de Dios.

Si se nos preguntase por qué razón honramos más bien el *Corazón* de Jesús que otra parte cualquiera de su humanidad sacratísima, responderíamos que la causa de esta preferencia es porque este divino Corazón es el símbolo de su amor. El culto del Sagrado Corazón de Jesús guarda cierta analogía con el de su sangre preciosa y el de sus sacratísimas llagas. Tributamos un culto especial a estas llagas y a esta sangre, porque nos recuerdan, más que otra parte de su cuerpo, la pasión y la muerte que el Hijo de Dios sufrió por nosotros. De una manera semejante hacemos del Corazón de Jesús el objeto especial de nuestro culto, porque más que otra parte alguna de su cuerpo, nos recuerda el infinito amor con que el Señor nos amó; amor inefable, manifestado con tantos beneficios, y muy particu-

lamente muriendo por nuestra salvación e instituyendo el santísimo sacramento del altar.

c) *Frutos saludables de esta devoción.* Los efectos de la devoción al Corazón de Jesús son: inflamarnos en el amor a Dios, santificar nuestras almas, consolar nuestros corazones, y alcanzarnos innumerables favores.

1. El Corazón de Jesús, manifestándonos el amor inmenso de nuestro divino Redentor y poniendo ante nuestros ojos los inefables beneficios que nos ha dispensado, solicita nuestra gratitud y enciende en nuestros corazones la llama de la caridad con que debemos corresponder a su amor y a sus beneficios. Como natural consecuencia, el amor a Jesús aviva la devoción cristiana: de donde se sigue, como fruto que de aquella raíz nace, el cambio que se advierte en todas las parroquias, donde ha prendido la dulce llama de esta devoción; la piedad crece y la frecuencia de los santos sacramentos se aumenta.

2. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús santifica nuestras almas, solicitando de nosotros la imitación de sus amables virtudes. Aparece a nuestra vista este divino Corazón, como el más acabado modelo de toda santidad, y poco a poco nos transforma en su imagen, conforme a lo que escribe el Apóstol: *Contemplando sin velo la gloria del Señor, nos transformamos en su imagen* (II Cor. III, 28). — «¡Qué no pueda yo decir a todo el mundo, escribe la Beata Margarita María, cuanto sé de esta amable devoción! No sé que haya otro ejercicio en la vida espiritual, más acomodado para elevar en poco tiempo a un alma a la más encumbrada perfección, ni para hacer gustar las

verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Dios».

3. El sagrado Corazón de Jesús es una perenne fuente de consuelo, porque es el corazón de un amigo fidelísimo que comprende todas nuestras miserias, y todas las aflicciones de nuestro corazón, y quiere y puede consolarnos en ellas. En este miserable valle de lágrimas tenemos necesidad de un fiel amigo, de un amigo de quien puedan decirse las palabras del Espíritu Santo: que *es un tesoro, incomparablemente más precioso que el oro y la plata.* (Eccl. IV, 15). Este amigo fiel y perfecto es Jesús, cuyo Corazón está siempre abierto para derramar en el nuestro el bálsamo del consuelo en todas nuestras aflicciones.

Practicando esta devoción adquirimos el derecho a las magníficas promesas que el Salvador ha hecho en favor de los que honran su Corazón divino. Las promesas son estas.

1. *Les dare todas las gracias necesarias a su estado.*

2. *Pondré paz en sus familias.*

3. *Los consolaré en todas sus aflicciones.*

4. *Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente en la hora de la muerte.*

5. *Bendeciré sus empresas y haré que las enderezan a su eterna salvación.*

6. *Los pecadores hallarán en mi Corazón un océano de misericordia.*

7. *Las almas tibias se volverán fervorosas.*

8. *Las almas fervorosas se elevarán a gran perfección.*

9. Bendeciré las casas donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.

10. Daré a los sacerdotes la gracia de mover los corazones más endurecidos.

11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón divino, y jamás será borrado de él.

12. El amor todo poderoso de mi Corazón concederá a todos los que comulguen en nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la perseverancia final.

Tales son los frutos y las magníficas ventajas que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús ofrece. Veamos ahora de qué manera se ha de practicar.

II. PRÁCTICA. ¿Cómo hemos de honrar al Sagrado Corazón de Jesús?

a) Es necesario honrar al divino Corazón con un triple homenaje, a saber: con la oración, con la reparación de las ofensas, y con la imitación de sus virtudes. Dirigidle vuestras preces; que hacia él se eleven vuestras manos suplicantes, en todas vuestras necesidades. Pedidle perdón así de vuestros propios pecados, como de los de tantos pecadores que con sus actos le entristecen y ultrajan: pero, sobre todo, esforzaos en imitar las virtudes que resplandecen en el Corazón divino como en un perfectísimo dechado de todas ellas.

La imitación es el principal homenaje que Jesús exige de nosotros, y a la vez el fin primordial de esta devoción. Todas las prácticas, todos los ejercicios que en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se nos prescriben o aconsejan, tienden a hacer nuestro corazón

semejante al de Jesús: humilde, dulce, puro, caritativo, paciente, generoso, como es El. En una palabra, tiende a santificarnos por la imitación del modelo que nos ha sido dado en el Hijo Unigénito de Dios.

b) El divino Corazón de Jesús debe ser honrado en sí mismo y en sus imágenes. En sí mismo, es decir, viviente en el pecho del Hombre-Dios que está sentado a la diestra de Dios Padre, y juntamente oculto, pero real, en el adorable Sacramento de la Eucaristía. En este sacramento de amor, principalmente, es donde debemos hablar a su Corazón sacratísimo; sea mientras asistimos al santo sacrificio de la Misa, sea cuando le recibimos en la sagrada Comunión, o ya cuando lo visitamos, prisionero por nuestro amor, en el tabernáculo.

No menos debemos honrar al divino Corazón en sus imágenes, que son símbolo del infinito amor que nos tiene, y cuyo modelo quiso El mismo manifestarnos, descubriendonos su Corazón lleno de resplandores, rodeado de llamas, circundado de espinas, y sobre El clavada la santa cruz. No se contentó el Señor con descubrirnos su divino Corazón, lo cual sería suficiente motivo para que los fieles honren sus imágenes, sino que ha querido enriquecerlas con gracias singulares y privilegios; manifestó deseos de que se propagasen entre los pueblos y fuesen expuestas en público, «*para ablandar, dijo, el endurecido corazón de los hombres*». «El Salvador me ha prometido, añade la bienaventurada Margarita María de Alacoque, que derramará abundantemente, en el corazón de cuantos le honren, las gracias de que el suyo está lleno; y que donde quiera que la imagen de su sagrado Corazón sea ex-

puesta, para ser particularmente venerada, atraerá toda suerte de bendiciones». Por consiguiente, si queremos atraer sobre nosotros y sobre nuestras moradas las gracias y bendiciones que, con relación a su divino Corazón, el Salvador nos tiene prometidas, es necesario que expongamos con piedad su imagen,, que la veneremos meditando sus símbolos misteriosos.

Cuando con piadosa atención se consideran estos sagrados símbolos, descúbrese en ellos toda la doctrina de salvación, y todos los más recónditos secretos de la vida interior. Los tres grados o vías que los ascetas distinguen en el camino de la perfección, están admirablemente representados por otros tantos símbolos, a saber: los instrumentos de la pasión, la luz, las llamas. Esos instrumentos de la pasión que indican el quebranto del corazón en la vía purgativa; esa luz celestial, de que se halla rodeado el Corazón sagrado del Hombre-Dios, que nos descubre los desórdenes y las vanidades del mundo, e ilumina nuestra inteligencia en la difícil empresa de la adquisición de las virtudes; y esas llamas de que está penetrado el divino Corazón, que nos representan la íntima unión con Dios, por el sagrado fuego de la caridad, son como un retablo donde se hallan a grandes rasgos dibujados todos los pasos por donde se alcanza la santidad.

No es esto todo; esa llaga del Corazón, esa corona de espinas y esa cruz; esos luminosos rayos que difunde el Corazón de Jesús, y ese sagrado fuego en que arde, nos hablan simultáneamente de Dios y de los hombres. De Dios, poniendo ante nuestra vista cuanto el Salvador ha padecido por nosotros y el inmenso amor con que nos ama; de los hombres, descorriendo el velo

que encubre nuestra ingratitud e invitándonos a que con amor correspondamos a su amor. Es todo un libro; es un sermón más elocuente que lo fuera el del más afamado de los oradores.

Esta divina imagen, hablando a los ojos y al corazón, repite aquellas conmovedoras palabras: *Ved este Corazón que tanto ha amado a los hombres!... Venid a mí todos los que estais cargados y atribulados, que yo os aliviare. Tomad mi yugo que es suave, y llevad mi carga que es liviana; y aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas.*

Con estas celestiales lecciones acompañadas de la divina gracia, que nos ayuda a comprenderlas y a practicarlas, nos estimula a que le imitemos así en las virtudes que practicó, como en las penalidades que sufrió, en la cual imitación está la vida eterna.

Tal es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la más dulce y santa de las devociones. Feliz el alma que apreciándola cual se merece, sabe gustar de su dulcedumbre, porque en ella hallará cuanto puede desear un corazón cristiano.



CAPÍTULO VII

Devoción a Jesús Sacramentado

La devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía está íntimamente unida a la del Sagrado Corazón de Jesús, de la que nos hemos ocupado en el capítulo anterior. En el augusto Sacramento del altar, Jesús nos muestra su adorable Corazón; allí repite sin cesar aquellas palabras de aliento que pronunció en el Evangelio: *Venid a mí todos los que estáis cargados y atribulados, que yo os aliviare*. Este ir a Jesús sacramentado para recibir de él el consuelo con que nos brinda, puede ser en tres maneras: a) *Recibiendo la Sagrada Comunión*; b) *Oyendo la santa misa*; c) *Visitándole en los altares donde se halla sacramentado*.

Esta última manera de ir a Jesús es la menos conocida, y, por consiguiente, la menos practicada; razón por la cual de ella especialmente hablaremos en el presente capítulo. Es necesario que las almas piadosas nada omitan de cuanto atañe al culto del Sacramento de la Eucaristía, y que su devoción a este divino Misterio sirva de ejemplo a los demás fieles.

I. QUÉ SE ENTIENDE POR VISITAR A JESÚS EN LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA. Visitar a Jesús sacramentado es ir a algún templo o capilla donde se conserva la santísima Eucaristía, y allí adorar al Señor, oculto bajo las especies sacramentales, haciendo oración por un breve rato. Llámase *Visita al Santísimo Sacramento*, esta forma de adoración, porque, para practicarla, se va al templo donde él reside; a la manera que los hombres se dirigen al domicilio de aquella persona a la que desean visitar, y allí conversan un rato más o menos largo con ella, ora para agradecerle un favor recibido, ya para pedirle otros nuevos, o bien en demanda de consejo, de consuelo o de socorro.

¡Felices las almas que tienen la santa y piadosa costumbre de hacer frecuentes visitas a Jesús oculto en el sacramento de su amor! En esta práctica hallarán un manantial inagotable de paz del corazón, de santidad y de consuelo. Para excitar nuestro fervor en la práctica de esta devoción, consideremos brevemente las razones que deben movernos a ella, y la manera como debemos hacer estas visitas con fruto y devoción.

II. MOTIVOS. Es cierto que entre todas las prácticas piadosas, la de adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía es la más agradable a Dios y la más útil al hombre (1); pues no se le adora indirectamente por medio de sus imágenes o de los instrumentos de su pasión, sino que la adoración se dirige inmediatamente a la sagrada persona del Verbo, por

(1) San Alfonso María de Ligorio, *Visitas al Santísimo Sacramento*, Introducción.

nosotros hecho Hombre, y por nosotros oculto bajo el velo del Sacramento del altar. Por lo tanto hemos de esforzarnos para adquirir la costumbre de practicar una devoción tan santa en sí misma, como provechosa a nuestro espíritu.

Comprenderemos cuánta verdad se encierra en lo que acabamos de decir, si consideramos los motivos que nos inducen a tributar nuestros homenajes de adoración y de amor al huésped divino que quiere de continuo morar entre nosotros. Estos motivos consisten: *a) En razones de conveniencia y de justicia; b) En razones de utilidad para nuestras almas.*

a) Es conveniente y justa. Puesto que el Hijo de Dios, siendo quien es, se digna establecer su morada entre nosotros, y ésto con una singular complacencia suya, pues él mismo afirma que tiene puestas sus delicias en habitar con los hijos de los hombres; razón será que, a fuer de agradecidos, gustemos, con un gozo y complacencia singular, de estar en su compañía y conversar con él: nada más justo. Si un gran monarca, por amor hacia los más pobres y desamparados de sus súbditos, se fuese a morar entre ellos en un miserable villorio, y a toda hora tuviese abiertas las puertas de su morada, para recibirlos en su presencia con cariñosas muestras de amor, cuantos y cuando quisiesen hablarle, ¿con qué prontitud y gozo no acudirían frecuentemente a él? ¿Y si los habitantes de aquel villorrio se mostrasen fríos al cariño de su rey e indiferentes a sus bondades; si ingratos a sus favores lo tuvieran en un completo olvido, sin que nadie se presentase ni siquiera a agradecerle dignación de tanta estima, ni a hacerle una visita de cortesía; semejante conducta no

se tomaría por un soberano insulto, por un irritante ultraje? ¡Ah! sí, sería un descomedimiento imperdonable que convertiría el amor y la afabilidad de tan buen rey, en ira y enojo. Pues no es otra la conducta que con Jesús, Rey universal de cielos y tierra, observamos al dejarle solitario en los sagrarios.

El Hijo de Dios, en el Sacramento de la Eucaristía, está en medio del pueblo cristiano de una manera más admirable que lo estaba en otro tiempo entre el pueblo de Israel. En la antigua ley el Señor hablaba a los descendientes de Jacob, pero esto era raras veces, y solamente por intermedio de los patriarcas y de los profetas. En la ley nueva, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, se digna, en todo tiempo y a toda hora, conversar familiarmente con todos y cada uno de los fieles. ¿Qué cosa, pues, más justa que ir nosotros a escuchar a éste divino maestro, que continuamente nos está esperando en el tabernáculo de su amor, y allí ofrecerle el homenaje de nuestras adoraciones, correspondiendo con amor a su amor?

El Verbo de Dios, humanado por nosotros, y que había dicho: *mis delicias son estar con los hijos de los hombres*, luego que hubo terminado la gran obra de nuestra redención, de tal manera se partió a su Eterno Padre, que también se quedó con nosotros de modo admirable y portentoso, digno de su infinito poder y sabiduría infinita, para hablar a nuestro corazón, para consolarnos en nuestras aflicciones, para socorrernos en las horas de angustioso abandono. ¡Oh! cuándo la tribulación nos opreme, ¡qué consuelo tan grande se recibe al pie del tabernáculo! .

Además, pues, de ser justo en sí, es de propio inte-

rés el frecuentar las visitas a semejante consolador y bienhechor desinteresado. ¿Qué sería de nosotros, si olvidándonos de él despreciásemos sus beneficios, y llegásemos hasta negarle el honor que le es debido, y a ultrajar a tan soberana Majestad en el Sacramento de su amor? Pues, ¿no es esto lo que diariamente está sucediendo? No es esta la culpable conducta de un gran número de cristianos? Conducta verdaderamente increíble; porque, cómo, en efecto, es posible que quien tenga un rastro de fe en este augusto misterio, observe para con él semejante conducta? Evidentemente que semejante fenómeno no tiene esplicación sino en la debilidad de la fe de los que así obran.

En cuanto a nosotros que disfrutamos de la dicha de tener la fe más viva y arraigada, dos son los deberes que nos incumben respecto de este divino Sacramento: el primero es visitarle con frecuencia y encendidos de amor, para tributarle el homenaje de nuestra gratitud; el segundo es, consolar a ese Corazón afligido por la ingratitud de los hombres, y reparar en cuanto esté de nuestra parte los ultrajes que recibe en el augusto Sacramento del altar.

b) *Es útil.* Desde luego, y esto lo dice todo, en el tabernáculo encontramos a Jesús. ¿No es bastante? Se emprenden largos viajes para tener la dicha de venerar las reliquias de los Santos, como sus huesos venerados, sus cuerpos preservados milagrosamente de la corrupción; o bien para visitar los antiguos monumentos de Roma, y recibir la bendición del Sumo Pontífice; o ya se navega hasta la Palestina para tener la dicha de besar aquellas tierras benditas, que con su divina planta holló el Redentor. ¿Con qué gusto no entraríamos en la

gruta de Belén donde nació el Señor, o nos arrodillaríamos ante el santo Sepulcro que encerró su sagrado cuerpo, muerto por nuestra salvación? Pues, ¿acaso no tenemos todo esto en nuestras iglesias, y más todavía? ¿No poseemos nosotros a Jesús con más propiedad que lo poseyeron sus contemporáneos?

Si hubiesese algún lugar en el mundo donde Jesucristo dejase ver ostensiblemente su sagrada humanidad, ¿cuál no sería nuestra prontitud y alegría para acudir a él? Pues, ¿acaso le poseemos ahora con menor realidad, aunque oculto por los velos eucarísticos? ¿Cuán grande no debió ser la dicha de que gozaron los Reyes Magos y los Pastores al postrarse ante la cuna de Jesús recién nacido, y la de la Magdalena y demás santas mujeres, la de los Apóstoles y discípulos al ver al Señor resucitado? ¿Acaso no podemos nosotros gozar de la misma felicidad de una manera más exelente?

Todos tenemos necesidades, ya en el orden material ya en el espiritual. Ora nos irrita la calumnia, ora nos abate la enfermedad; los reveses de la fortuna, y la mala conducta de los hijos son causas de malestar; nuestros mismos pecados, y lo poco que progresamos en la virtud nos desalienta; y un sin número de otros males afligen de continuo al triste corazón humano. ¿Quién querrá, mejor dicho, quién podrá proporcionarnos el anhelado consuelo a que todos aspiramos? No es, por ventura, aquel que dijo: *Venid a mí todos los que estáis cargados y atribulados, que yo os aliviare*? ¿Porqué, pues, no acercarnos a un tan amable consolador, a un Salvador tan misericordioso?

Añadamos que en el templo, al pie del tabernáculo hallaremos la plenitud de la paz, un paraíso terrestre,

y la más perfecta imagen, que pueda darse en este desierto, de aquella felicidad que en la celestial Jerusalén, poseen los bienaventurados. La adorable Eucaristía, dice san Juan Crisóstomo, cambia la tierra en paraíso. Cuando el Discípulo amado vió descender del cielo aquella nueva Jerusalén, ciudad santa, que venía de Dios, iluminada por la claridad de Dios, oyó una voz que le dijo: *He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios en medio de ellos.* (Apoc. XXI, 3). Estas palabras pueden referirse, con la más exacta realidad, a los sagrarios de nuestros templos donde mora Jesús sacramentado. Sí, almas devotas: al pie del tabernáculo tenéis un cielo en la tierra; sed, pues, los ángeles de este cielo terrestre.

Los ángeles en el cielo rodean continuamente el trono de la Majestad de Dios cantando, sin cesar, las divinas alabanzas: solamente se alejan de aquel centro de sus amores y de su dicha, por cumplir la voluntad de Dios; y aunque aquellos bienaventurados espíritus, siempre ven el rostro del Padre que está en los cielos (Math. XVIII, 10), no obstante, tan pronto como han ejecutado las órdenes de Dios, vuelven a su bienaventurada presencia, centro y reposo de todos sus afectos. Imitad, pues, la conducta de estos celestiales espíritus: no os apartéis de la presencia de Jesucristo sino para ejecutar su voluntad; llenando los deberes de vuestro estado. Entonces experimentaréis cuán dulce es el Señor, y diréis con el real Profeta: *¡Cuán amables son tus tabernáculos, oh Señor Dios de las virtudes! por el ardiente deseo de habitar en ellos desfallece mi alma en los atrios del Señor.* (Salmo 83).

III. PRÁCTICA. ¿Cómo debemos practicar esta hermosa devoción? ¿De qué manera nos habremos en las visitas a Jesús sacramentado?

a) *En primer lugar hemos de evitar los obstáculos.* El primero de éstos es la falta de tiempo. Suele ser un pretexto bastante general, el que se toma de la escasez de tiempo, para cohonestar la frialdad del corazón respecto de Jesús sacramentado.—Con gran placer, dicen muchos, iría a pasar algunos momentos en el templo; pero, a la verdad, mis ocupaciones me lo impiden; no tengo tiempo.—Pero, decidme con franqueza; no es cierto que para otras cosas que son de vuestro agrado nunca os falta el tiempo? ¿que lo halláis siempre para entreteneros largos ratos con vuestros amigos? ¿Acaso las razones de amistad y las leyes de buena sociedad no dicen con Jesús, que es el mejor de los amigos, y en cuya amistad más nos interesa conservarnos? No perdáis mucho tiempo en conversaciones frívolas, o tal vez contrarias a la caridad, y lo tendréis para visitar a Jesús con provecho de vuestras almas. La falta de tiempo es un pretexto frívolo que no debe alegarse.

b) *Conviene aprovechar las oportunidades.* Se puede visitar a Jesús sacramentado cuando acudimos al templo para asistir a los divinos oficios, o a alguna otra función religiosa que en él se celebre.—Cuando pasáis por delante de una iglesia, y el asunto que os ha hecho salir de casa no es muy urgente, entrad a postrados un breve rato a los pies de Jesucristo, que en el sagrario os espera. Decía el venerable Francisco del Niño Jesús: *Cuando uno pasa por delante de la casa de su amigo, o un criado por la de su señor, no parece conveniente que pasen de largo sin entrar,* para saludar-

lo y decirle algunas palabras que manifiesten la amistad o el respeto que se le tiene: y conforme con lo que dejó dicho este siervo de Dios, jamás pasaba por delante de una iglesia, que estuviese abierta, sin entrar en ella para visitar a Jesús sacramentado; y lo hacía con tan profundo respeto, que más bien parecía que le contemplaba cara a cara que no que le contemplaba velado en el misterio de su amor.

c) *Hemos de mantener viva nuestra fe.* El principio y el alma de toda devoción a Jesús sacramentado, es el espíritu de fe; pero una fe viva en la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Fruto inmediato de esta fe, es el amor y la confianza: la fe y el amor atraen a las almas con dulce violencia, como poderoso imán, hacia el pie del tabernáculo, y la confianza se deja llevar agradablemente. Del amor y confianza brotan, con natural espontaneidad, actos afectuosos del corazón, la reverente actitud del cuerpo y la plegaria encendida por la caridad. *Credidi, propter quod locutus sum*, dice el Real Profeta (Salmo 115). *Hablé porque tuve fe.*

d) *Diversos títulos por los que debemos ir a Jesús.* En las visitas de que hablamos, podemos considerar al Divino Salvador, por nuestro amor oculto en el sagrario, ya como a un padre bondadoso, y le hablaremos con la sencillez y confianza de hijo: ya como poderoso monarca, y nos presentaremos ante él como un súbdito que necesita de su protección; ora como juez integerrimo que ha de fallar nuestra causa, e imploraremos su benignidad; ora como sapientísimo médico, y le manifestaremos las dolencias de nuestra alma; ora como maestro divino, y le rogaremos que nos instruya

en lo que debemos hacer para mejor servirle; como príncipe rico y generoso, de cuyos beneficios necesitamos; como consolador y amigo, y le manifestaremos las tribulaciones en que nos hallemos envueltos: finalmente, le consideraremos como a Dios misericordioso a quien hemos ofendido, e imploraremos el perdón; y más frecuentemente que todo esto, nos lo representaremos como Dios de amor que nos descubre su sagrado Corazón abrasado en vivas llamas de caridad, y nos muestra en él el modelo y la fuente de toda santidad. Considerándolo bajo estos u otros aspectos que reune en sí la adorable persona de nuestro Redentor, brotarán de nuestros labios las palabras más apropiadas a cada uno de ellos y adecuadas a nuestras necesidades actuales.

En fin, cualquiera que sea la disposición de nuestro corazón, presentémonos ante la Majestad de nuestro Dios escondida bajo los velos del Sacramento; adorémosle, y hagamos en su presencia los actos y ejercicios de piedad que la devoción nos inspire, o aquellos en los cuales hallaremos mayor consuelo espiritual. Con sólo esto habremos hecho una santa y fructuosa visita a Jesús Sacramentado.

De lo que antecede se deduce que no es difícil visitar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. Esta piadosa devoción es tan fácil de practicar, como agradable a Jesús y a su santísima Madre, y dulce y fructuosa para las almas. ¿No es, pues, en alto grado conveniente que nos familiaricemos con ella? ¿no podríamos en tiempo fijo y determinado, siguiendo el bello ejemplo de san Juan Berchmans, dedicar unos momentos a esta práctica, visitando al buen Jesús todos los días en horas determinadas, siempre con gran fervor y devoción?



CAPÍTULO VIII

Devoción a la Santísima Virgen, y principalmente al misterio de su Inmaculada Concepción

Es la devoción a la Santísima Virgen el más preciado tesoro y la más eficaz salvaguardia de la virtud. Está basada sobre el conocimiento y amor de aquella sublime criatura, a la cual el Arcángel, hablándola en nombre de Dios, llamó *Llena de gracia, bendita entre todas las mujeres* (Luc. I, 28); y a la que *llamarán bienaventurada todas las generaciones*. (Ib. v. 48).

Para adquirir este conocimiento, y grabar este amor en nuestros corazones, consideremos en María el singular privilegio de su Inmaculada Concepción, el cual es el más estimado de su corazón purísimo y el más precioso a los ojos de Dios. Sin duda alguna que su maternidad divina, su admirable virginidad, su majestad como Reina de los cielos, la elevan sobre todas las criaturas y circundan su casta frente como con una aureola de brillo incomparable; pero la más hermosa joya de esa corona es su Concepción Inmaculada. Ella misma se dignó manifestar al mundo entero, en estos últimos tiempos, con un hecho a todas luces prodigioso,

que nada le es tan grato, así a ella como a su divino Hijo, como la glorificación de este gran privilegio; porque ella misma, apareciéndose en la gruta de Lourdes a una pobre y humilde niña, dijo: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Como si fuese éste el título de que más se precia, éste el nombre en que quiere ser glorificada de todas las generaciones venideras.

¿Qué es, pues, la Inmaculada Concepción de María? De dónde procede que la Madre de Dios manifieste tener tanta estima de este privilegio, que, de los muchos que la hermosean, sólo éste elige para manifestarse al mundo obradora de prodigios, desde mediados del pasado siglo? ¿Cuál es la causa de que los devotos de la Santísima Virgen guarden para este misterio todos los entusiasmos de su devoción más ferviente? Esto proviene de que, *con relación a María*, su Concepción Inmaculada es el Principio de toda su santidad, y, por consiguiente, de todas sus grandezas, de toda su gloria; y *con relación a nosotros*, es la fuente de nuestra santificación.

I. CON RELACIÓN A MARÍA, su Concepción Inmaculada es una gracia que encierra el principio de todas las gracias que de la mano omnipotente de Dios ha recibido: es una luminosa fuente de la cual dimana toda su santidad: es una raíz misteriosa de donde brota, como hermosa flor de esbelto tallo, toda su grandeza, toda su gloria. ¿Qué es, pues, en sí misma, la Concepción Inmaculada de María? Es a la vez, tres cosas: *a) Un admirable privilegio; b) Una completa victoria sobre el pecado; c) Una vestidura de justicia, la cual consiste en la plenitud de la gracia.*

a) *Es un admirable privilegio.* La Inmaculada Concepción es un privilegio que solo María, entre todos los descendientes de Adán, ha recibido de Dios, en virtud de los previstos méritos del Redentor que de ella había de nacer: el cual privilegio consiste en la omnímoda y absoluta exención del pecado original.

Sabemos por la fe, que Adán, al quebrantar el mandamiento de Dios, no solamente para sí contrajo la culpa y perdió la gracia de que había sido adornado en el Paraíso, sino también para toda su posteridad, la cual desde el primer instante de su existencia se halla privada de la vida de la gracia y manchada con la lepra del pecado. Desde el primer pecado, son los hijos de Adán como astros apagados, nacen en las tinieblas de la culpa, aparecen a los ojos de Dios como hijos de ira, extigmatizados con la marca del demonio, como raza maldita, y, al decir de san Agustín, como una masa de condenación.

Esto nos enseña la fe, es verdad; pero también añade que en este universal naufragio hay una excepción; una hija de vida, entre todos los hijos de muerte; un lirio entre las espinas; esta es la santa e inmaculada Virgen María, Madre de Dios. Ella sola, como radiante estrella nacida en los esplendores de la gracia, ella sola ha sido concebida sin la mancha del pecado original. Por un privilegio, a ninguna otra pura criatura concedido, ha sido preservada del común contagio; y juntamente con la vida de la naturaleza recibió la vida de la gracia; y libre de la mancha original, en el primer instante de su sér, recibió una hermosura divina tan extraordinaria que atrajo las miradas de los Angeles, y hasta el mismo Dios la miró lleno de complacencia.

Este singular privilegio fué por Dios revelado en los comienzos de la vida humana, cuando hablando con la serpiente tentadora, le dijo estas palabras: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza.* (Gen. III, 15). Esta mujer, que, antes de pronunciar la sentencia condenatoria del género humano, es eximida por el mismo Dios de la general catástrofe; esta mujer que debía quebrantar la infernal cabeza de la serpiente, es la Virgen María, la Madre del Redentor. Así como la enemistad de la descendencia de María, o sea de su Divino Hijo, con la raza maldita de Satán es omnímoda y absoluta, así también es omnímoda y absoluta la enemistad entre María y la serpiente: el triunfo de María sobre el pecado fué completo, absoluto: ese completo triunfo lo obtuvo en su Concepción Inmaculada. Este mismo privilegio está indicado en el sagrado evangelio por aquellas palabras que el arcángel en nombre de Dios dijo a María: *Llena eres de gracia;* estas palabras no expresarían la verdad si la Santísima Virgen hubiese estado un solo instante privada de la gracia; sí, verdadera estrella de la mañana, no hubiese brillado con la más pura luz desde el primer instante de su existencia.

Iluminado por estos oráculos, no menos que por la constante tradición de los santos Padres de la Iglesia y la inquebrantable creencia de los pueblos en el singular privilegio de la Madre de Dios, el augusto Pontífice Pío IX, Vicario de Jesucristo, proclamó el dogma de la Concepción Inmaculada de María, promulgando el 8 de Diciembre de 1854 la Bula *Ineffabilis Deus;* en la cual define que: *Es una verdad por*

Dios revelada, y todos los fieles están obligados a creerla, que la Virgen María, en el primer instante de su concepción, ha sido, por privilegio especial de Dios, y en virtud de los méritos del Redentor, preservada de toda mancha de pecado original.

Tal es el singular privilegio con que el Omnipotente quiso favorecer a la que había de ser Madre de su Unigénito Hijo. ¡Oh, Señor, dador de todo bien, bendigante los cielos y la tierra, porque concediste a María un don tan extraordinario! ¡Oh, María Inmaculada, dente mil parabienes todas las criaturas, por la inestimable prerrogativa que te concedió el Señor, en tu concepción sin mancha!

b) *Es la completa victoria de María sobre el pecado.* Leemos de algunos Santos de vida inocentísima, que saliendo siempre victoriosos en las luchas con el demonio, no perdieron jamás la inocencia bautismal. Fué este un triunfo sobre el pecado, digno de todo encomio, pero incompleto; puesto que antes del bautismo estuvieron sujetos al pecado. No así la Madre de Dios; pues, como dice san Agustín, recibió tanta abundancia de gracia que venció completamente al pecado: *Ad vincendum omni ex parte peccatum.* (De nat. et grat., c. 36).

Cuando la serpiente infernal, que había, con su venenoso hálito, emponzoñado a todo el linaje de Adán, se acercó a María para hacer en ella presa, la omnipotencia de Dios la cubrió con el escudo de su protección, y no permitió que incurriese en el pecado de origen. Este triunfo de María es el que se representa a nuestra vista, por aquella simbólica imagen de la privile-

giada mujer que aplasta con su virginal planta la cabeza del infernal dragón: símbolo que es la expresión sensible de aquel divino oráculo que se pronunció a raíz de la primera caída: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza.*

Puede decirse que María está tan ajena de todo pecado, como de las tinieblas lo está el Sol; porque así como las tinieblas jamás pudieron acercarse a este radiante astro, así jamás la sombra del pecado, ni original ni actual, pudo ofuscar el alma purísima de María. Por esto la Iglesia, extasiada ante la celestial belleza de la Virgen Inmaculada, ve su luminosa figura en aquella mujer vestida del Sol, de que habla san Juan (Apoc. XII, 1), y exclama: Toda eres hermosa y en ti no hay mancha alguna. *Tota pulchra es, et macula non est in te.* (Cant. IV, 7). *Facies tua sicut Sol;* tu rostro resplandece como un Sol.

c) *Es un vestido de Justicia.* A la Virgen aplica también la Iglesia aquellas palabras de san Mateo: *Vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix* (Matth. XVII, 2). Blanca como la nieve es tu vestidura. La gracia santificante, que la Virgen recibió en su Concepción, es esa vestidura que la hermosea, y por la cual la llamamos, como el Angel: *Llena de gracia.*

La gracia santificante que recibieron nuestros primeros padres en el Paraíso, llamada también justicia original, constituiría todavía el patrimonio de toda su descendencia, si la malicia del pecado no hubiese roto aquella blanquísimas vestidura, ni extinguido, con soplo pestífero, aquella resplandeciente luz. Pero la Madre del Redentor, María Santísima, aunque descendiente

de Adán, no contrajo la culpa de Adán, por especial excepción que de ella hizo el Omnipotente; por lo cual su alma, en el primer instante de su sér, recibió tanta plenitud de gracia cuanta correspondía a la elegida para Madre del Hijo de Dios: esta predilecta criatura salió de las manos del Criador, llena de embelosos, ataviada con la justicia original, y resplandeciente más que el Sol, con la luz de la gracia.

Desconocida es a los mortales la naturaleza de la gracia santificante, pero es cierto que por ella el alma que la posee es grata a los ojos de Dios, es amiga de Dios, y da derecho a la posesión de la gloria eterna: en una palabra, la gracia santificante es el más precioso don de los tesoros de Dios; es un don sobre todos los dones, es un bien que encierra todos los bienes. Es, a la vez, la vida del alma, y su luz, y su riqueza, y su fuerza, y su fecundidad y su hermosura: el que la posee puede decir con toda verdad aquellas palabras que el Sabio dice de la Sabiduría Divina: *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa.* (Sap. VII, 11). *Con ella me vinieron todos los bienes.*

Pasando en silencio los demás bienes que la gracia trae al alma, diremos que la celestial hermosura que le comunica es tal y tan grande, que todo cuanto la naturaleza puede ofrecer a la vista de más bello y encantador dista más de aquella que una imperfecta sombra dista de la realidad. Como la luz del Sol presta a las flores sus encantos, así la gracia viste al alma del justo de tan admirables atavíos, que son como una incomprendible participación de la misma hermosura de Dios. (2 Petri I, 4). Pero si todas las almas hermoseadas por la divina gracia son objeto de las complacencias de Dios,

¿qué hemos de decir del alma de María Inmaculada, que recibió la gracia, no como quiera, sino en toda su plenitud?

Con mucha razón la Iglesia pone en labios de la misma soberana Virgen, estas palabras del profeta Isaías (LXI, 10). *Me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y el alma mía se llenará de placer en mi Dios; pues él me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposo adornado con guirnalda, y como a esposa ataviada con sus joyas.* De María entiende también la Iglesia *aquel gran prodigo que apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.* (Apoc. XII, 1). Y aquello de los cantares: (VI, 9). *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como ejército formado en batalla?*

En su concepción sin mancilla se comunicó a María la gracia santificante que ha comunicado a su inocentísima alma todos sus encantos y extremada hermosura a los ojos de Dios. Esa gracia, que en María es verdaderamente justicia original, después del primer pecado a ninguna otra pura criatura concedida, fué el principio de su santidad y de su gloria, tan grande y excelente que después de Dios no hay ni gloria mayor, ni santidad que la aventaje. Nada, pues, tiene de extraño que este privilegio sea tan querido a su corazón: nada que se manifieste tan complacida en que sus devotos hijos la glorifiquen y honren en este misterio, principio de todas sus grandezas.

II. LA INMACULADA CONCEPCIÓN CON RESPECTO A NOSOTROS. Si la santísima Virgen se complace tanto en ver a sus hijos regocijarse en el misterio de su Inmaculada Concepción, no es solamente por la estima grande que tiene de ese singular privilegio, sino también porque ese gozo contribuye a la eterna salvación de nuestras almas, conforme a los designios de la Divina Providencia, y es para nosotros una fuente de santidad; pues, según los designios de Dios misericordioso, su Inmaculada Madre debe ayudarnos a vencer el pecado, y a hermosear nuestras almas con la belleza de las virtudes.

a) *Vencer el pecado* es la tarea que incumbe a todos los cristianos. Elevados por el Criador a un fin sobrenatural, el último destino de nuestras almas es la felicidad eterna en compañía de los santos ángeles; y como nada manchado puede entrar en aquella Jerusalén celestial, es necesario que seamos puros e inmaculados, como puros y sin mancha son los espíritus bienaventurados que han de ser los compañeros de nuestra eterna dicha. Esta condición no puede realizarse sino es triunfando del pecado, así del ya, por desgracia, cometido, como del que se puede aun cometer.

Del pecado ya cometido se triunfa por medio de la sincera penitencia. La vida cristiana es toda ella una vida de expiación, y debemos repetir frecuentemente las palabras del Real Profeta (Salmo L, 4): *Lávame todavía más de mi iniquidad, y limpiame de mi pecado.* Del pecado no cometido aún, pero que llama a las puertas de nuestro corazón para que le demos entrada en él, se triunfa oponiéndole una tenaz y victoriosa resistencia. A este fin debemos nosotros, a imi-

tación de la Inmaculada Virgen, quebrantar también, con planta firme, la cabeza de la infernal serpiente. ¿Qué se entiende por esto?

Quebrantar la cabeza de la serpiente, es, en primer lugar, vencer la soberbia y orgullo de nuestro corazón, porque escrito está que *la soberbia es el principio de todo pecado*. (Eccli. X, 15).

Quebrantar la cabeza de la serpiente, es vencer el vicio dominante en nosotros, aquella pasión o defecto que más frecuentemente nos lleva tras sí, haciéndonos caer en el pecado. Vencido este Goliat, fácilmente se dará de vencida todo el ejército de malas inclinaciones y pasiones que combaten nuestro corazón.

Quebrantar la cabeza de la serpiente, es extirpar de raíz los vicios que nos mueven continua guerra, no contentándonos con acallar sus gritos con una represión imperfecta y pasajera; esto es, aplicar la regla de san Ignacio de Loyola: *Omnino et non ex parte*; vencer enteramente y no solamente en parte al enemigo de nuestras almas. Es lo mismo que dijo David: *Dios me ha revestido de fortaleza, y adiestra mis manos para la pelea; fortaleció mis brazos como arcos de bronce. ¡Oh Dios! dilataste mis pasos y mis pies no flaquearon. Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, y no descansaré hasta que los vea enteramente deshechos; los quebrantare y no desistiré hasta que destrozados caigan a mis pies*. (Del salmo 17).

Quebrantar la cabeza de la serpiente, es resistir valerosamente a la tentación desde el primer momento en que se advierte su presencia. Donde quiera que logre la infernal serpiente introducir la cabeza, bien

pronto entrará toda ella entera. Fácilmente se rechaza al enemigo, si, al momento en que llama a las puertas del corazón, se le cierra la entrada. Conviene no perder de vista este sabio consejo: El mal ha de ser atajado en sus comienzos; si se le deja inveterar, tarde llegará el remedio.

Pues, ¿quién nos ayudará a vencer al pecado con esta entereza de ánimo y firmeza de voluntad? ¿No es la victoriosa Virgen María, la primera que aplastó la cabeza de la serpiente tentadora, la que nos ha de comunicar fortaleza para vencer al enemigo de nuestras almas? Ayudados por ella y amparados con el escudo de su protección, con ella compartiremos la gloria del triunfo. Concibamos, pues, para conseguirlo, un vivo deseo de imitar su inmaculada pureza; invoquemos confiadamente su socorro, y resistamos denodadamente al enemigo.

b) *Hermosear nuestras almas.* A imitación de nuestra Inmaculada Madre María, nosotros debemos añadir a la pureza del corazón, la hermosura de las virtudes. Entre éstas, dos hay que se destacan de las demás por la viveza de su brillo, y son singularmente amadas de su corazón, y por lo tanto debemos esforzarnos en adquirirlas: tales son la humildad y la caridad. La humildad es la base de todas las virtudes, y la caridad es su coronamiento: sin humildad no puede existir ninguna sólida y verdadera virtud; sin caridad ninguna virtud es de provecho al alma (1 Cor. XIII).

Humildad. Fué esta la virtud favorita de la santísima Virgen María: en medio de sus grandes, no ve sino su humildad y bajeza. *El Señor, poderoso y santo*, dijo ella en su cántico (Luc. I), *ha hecho en mí co-*

sas grandes; pero esto es por pura misericordia suya, porque puso los ojos en la bajeza de su esclava; despreció a los soberbios; derribó del solio a los poderosos, y ensalzó a los humildes.

Enseñados con estas lecciones, debemos imitar la humildad de la Virgen Inmaculada, considerando, como ella, la bajeza y la nada de nuestro ser. Mas ¡ay dolor! que nos vemos precisados a descender más abajo aún que María ¡Ella veía, en el fondo de su ser, que todos los dones los había recibido de la generosidad de Dios, que para Madre de su Unigénito la había elegido; de sí misma nada tenía. Nosotros, a la nada de nuestro ser, a que nada tenemos de nosotros mismos, hemos añadido el pecado, las malas obras con que hemos ofendido a Dios, y que nos hacen dignos de eterno desprecio y de castigo eterno. ¡Ojalá que podamos llegar a poseer este conocimiento de nosotros mismos, que es la base y el fundamento de la verdadera humildad!

Caridad. María, a semejanza de su divino Hijo, fué toda amor, toda caridad. Para semejarnos a nuestra divina Madre, debemos, como ella, arder en el fuego del divino amor. Mas, para que este sagrado fuego prenda en nuestros corazones, es necesario que seamos humildes; y si somos humildes, poseeremos también la caridad, porque Dios eleva a los tales a la cumbre de la perfección cristiana, que es la caridad en eminente grado:

Además, la humildad destruye el gran obstáculo a la caridad que es el amor propio, el odioso egoísmo: porque, como se funda en el conocimiento de sí mismo, nos desnuda de la falsa grandeza que indebidamente nos arrogamos; de todas las preeminencias, verdaderas

o falsas, cuya gloria nos atribuimos; de todos los sentimientos que halagan nuestro orgullo; y solamente nos deja la nada de nuestro ser y nuestros pecados, que son el único caudal que tenemos de nosotros mismos. Este propio conocimiento de nuestra nada y de nuestra miseria, destierra de nuestro corazón el egoísmo, el amor desordenado de nosotros mismos, y lo abre al amor de Dios, a la divina caridad; por esto san Agustín solía repetir: *Señor, conózcame a mí, y conózcate a Tí; para que menospreciéndome a mí, solamente a Ti te ame.*

Abrasados nuestros corazones con la pura llama de la caridad, consagraremos todos nuestros deseos a la gloria de Dios, y al bien de nuestros prójimos; no conoceremos otro temor sino el temor de Dios, ni otro odio sino el odio al pecado. No se ocultará en nuestro pecho otro amor, sino es aquel en cuyas llamas arden los corazones de Jesús y de María: el amor de todo lo que a Dios agrada; el amor de la virtud y de la santidad; el amor de todo aquello que contribuye al bien del prójimo, así temporal como espiritual, y éste antes que aquél; el amor del deber, de las humillaciones, de los sufrimientos, de la cruz, porque son estas cosas las que Jesús y María amaron y abrazaron.

Copiando en sí misma este espíritu de humildad, y procurando que en su corazón arraigue un sincero afecto a esta sólida virtud, la sierva fiel de María se hará semejante a su reina y señora, la Inmaculada Virgen, cuya santidad se manifiesta por el resplandor de una humildad profunda y una ardentísima caridad.

Para conseguir el espíritu de estas dos virtudes, me arrojaré a los pies de la celestial Señora, e implorando

su maternal socorro, le diré con todo el afecto de mi corazón: Oh Virgen inmaculada, Madre llena de gracia, ayudadme a quebrantar, en mi corazón, la cabeza de la infernal serpiente, a purificar mi alma de todo pecado, a adquirir una gran pureza de conciencia; y, para imitaros con mayor perfección, concededme la gracia de hermosear la blanca estola de la pureza con la hermosura de todas las demás virtudes, singularmente aquellas en que vos más os señalastéis, la humildad y la caridad.



CAPÍTULO IX

El santo Rosario

NUESTRA Santa Madre la Iglesia que ha instituído un gran número de fiestas en honor de la dignísima Madre de Dios, ha adoptado también, entre otras, dos devociones, las cuales de una manera especial propone y recomienda a los fieles como dos excelentes medios de glorificar dignamente a la santísima Virgen: estas dos devociones son *el santo Rosario, y el Escapulario del Carmen*. Hablemos primero del santo Rosario, acerca del cual diremos tres cosas: *En qué consiste; cuál es su excelencia, y cómo debe rezarse.*

I. EN QUÉ CONSISTE. El santo Rosario, tan conocido en la Iglesia a contar desde el siglo XIII, es una fórmula de oración unida a la meditación de los principales misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre. En poco tiempo se propagó por toda la cristiandad la devoción del santo Rosario, merced al celo de santo Domingo de Guzmán y de sus celosos hijos; y sin temor de errar puede afirmarse que

apenas hay persona, que sea prácticamente cristiana, que no recite con frecuencia el Rosario. Según una piadosa tradición, el santo Fundador lo recibió de la Santísima Virgen, como un arma victoriosa contra la herejía de los albigenses, quienes, con pretexto de religión, asolaban los pueblos, templos y monasterios de la Francia meridional. Como quiera que ello sea, varias bulas pontificias, entre las cuales la de Gregorio XIII, fecha 1 de Abril de 1573, dan a santo Domingo por fundador de esta devoción; lo cual no es decir que antes no fuese muy usado en la Iglesia el intercalar el rezo de la oración dominical con la repetición de la salutación angélica (1), pero el Santo es quien dió a esta devoción su forma actual.

Para mejor comprender la economía y el sistema de estas preces, es necesario distinguir el *Rosario completo o entero*, y la tercera parte de él.

a) El Rosario entero de santo Domingo, llamóse también Salterio de la Virgen, porque en él se repite ciento cincuenta veces el Ave María, que es el número de salmos que contiene el salterio de David; número de Avemarías fijado por el Santo, a fin de que los fieles incapacitados de rezar el salterio lo supliesen con el Rosario.

Estas ciento cincuenta Avemarías se dividen en quince decenas, las cuales se rezan en honor de los quince principales misterios de la vida de Jesucristo y de su Santísima Madre. Cada decena comienza por la oración dominical y termina con la doxología o Gloria

(1) Véase el Diccionario de Ciencias Eclesiásticas de PERUJO, en la voz *Rosario*. (Nota del traductor).

Patri. Los quince misterios se dividen en tres series de cinco misterios, llamados misterios gozosos, misterios dolorosos y misterios gloriosos, en el orden siguiente:

Misterios gozosos: la Anunciación, la Visitación de la Virgen a su prima santa Isabel, el Nacimiento del Señor, su Presentación en el Templo, y el Encuentro del Niño Jesús perdido.

Misterios dolorosos: la Oración del Huerto, los Azotes, la Coronación de espinas, el Encuentro de la Virgen y del Señor cargado con la Cruz, y la Crucifixión.

Misterios gloriosos: la Resurrección, la Ascensión, la Venida del Espíritu Santo, la Asunción de María, y su Coronación en los Cielos.

Los misterios del Rosario están dispuestos en el mismo orden del año litúrgico. Este se compone de tres períodos distintos, que recuerdan el misterio de la santísima Trinidad; los que se podrían llamar, período gozoso, período doloroso y período glorioso, conforme al carácter de las fiestas y de los misterios que en ellos se celebran. Desde el primer Domingo de Adviento hasta el de Septuagésima, es el tiempo de los misterios gozosos; desde Septuagésima hasta Pascua, tiempo de los misterios dolorosos; y desde Pascua hasta el Adviento, tiempo de los misterios gloriosos. Además de esto, fácilmente se advierte que los misterios que se median en el Rosario, están en el mismo orden cronológico de los sucesos en la vida de Jesucristo.

b) (1) La tercera parte del Rosario, como su mismo

(1) El traductor ha juzgado conveniente, para acomodar la materia de este párrafo a nuestros usos, separarse de lo que dice el autor, bien que conservando su idea principal.

nombre lo indica, no es más que un tercio del Rosario entero. Consta de cinco decenas, meditando una de las tres series de misterios en que se dividen los del Rosario entero. En reverencia de cada uno de estos misterios se reza un Padre nuestro, diez Avemariás y el Gloria Patri. Para llevar la cuenta de las Avemariás que se rezan, se usa de una sarta de granos dispuestos en orden convenientemente: entre cada diez granos menudos se intercala uno algo más grueso, separado de los menores un poco más de lo que éstos lo están entre sí. La sarta se une por sus extremos, formando un collar, al cual se añade, como remate, un grano grueso seguido de otros tres granos menores, con una crucecita o una medalla. Antiguamente, a la sarta de cuentas así dispuestas, llamaban *cuentas benditas*; ahora llamamos simplemente *Rosario*. Los granos deben ser suficientemente sólidos, para que el Rosario pueda ser bendecido e indulgenciados; advirtiendo que las indulgencias se aplican a los granos y no a la cadena que los une o ensarta.

Esta tercera parte del Rosario es la que comúnmente rezan los fieles, y a la que se refieren, no sólo los devocionarios que enseñan la práctica de esta devoción, sino también los demás autores que hablan de esta materia, y aun los Romanos Pontífices, cuando nos exhortan al ejercicio de esta práctica piadosa o conceden indulgencias a los fieles que rezan el santo Rosario. Se le ha dado este nombre metafórico, derivado de rosa, como si el repetido rezo de la salutación angélica fuese una corona mística de rosas enlazadas por la oración dominical y la consideración de los divinos misterios.

II. CUÁL ES SU EXCELENCIA. Lo que desde luego nos ha de hacer comprender cuál sea la excelencia de esta devoción, es la autoridad de la Iglesia que la llama *santísimo Rosario*, y ha establecido una fiesta en honor de la santísima Virgen María con el título de *Nuestra Señora del santísimo Rosario*. Este título nos hace sospechar, y así es, que el Rosario nos viene de la augusta Madre de Dios, María Santísima, y que esta fiesta es como la glorificación de esta santa plegaria, y la mayor de sus recomendaciones para el mundo cristiano.

Más antigua que la fiesta es la *Cofradía del santísimo Rosario* (1), una de las más numerosas, y esparsa por todos los pueblos católicos del orbe. La Iglesia, dando una manifiesta prueba del aprecio grande en que tiene la devoción del santo Rosario, ha confirmado con su autoridad estas cofradías y las ha enriquecido con multitud de indulgencias (2). Para comprender a fondo todo el valor de esta devoción, es necesario que consideremos que es agradable a Dios y santa en sí misma, es instructiva para los fieles, fácil de practicar, consoladora para todos, y poderosa y fecunda en sus efectos.

a) Es agradable a Dios. El santo Rosario es infinitamente agradable a Dios y a la santísima Virgen María, porque se compone de las plegarias más santas y más perfectas que pueden pronunciar nuestros labios;

(1) La primera cofradía del santísimo Rosario se instituyó en Valencia, poco tiempo después de la muerte (1221) de santo Domingo.

(2) Pueden verse las indulgencias concedidas a los cofrades, en la obra del P. López de Rego, S. J. *Indulgencias Auténticas*. (Nota del traductor).

a saber: la Oración dominical, la Salutación angélica y el Gloria Patri. La repetición de estas preces, lejos de disminuir su valor lo aumentan en gran manera; pues, al mismo tiempo que es la expresión de un intenso fervor, sirve para aumentar la devoción de los fieles; además, el insistir en la repetición de una misma oración está en conformidad con los ejemplos y las enseñanzas de Cristo.

Lo que aumenta la excelencia del Rosario a los ojos de Dios es el recuerdo de los más santos y más tiernos misterios de nuestra fe; los cuales deberían ser el continuo asunto de las meditaciones de todo cristiano. Dios mismo se ha dignado manifestarnos, con multitud de favores y prodigios, cuán grato le es vernos ocupados en la práctica de esta devoción. El más insigne de estos prodigios es, sin duda alguna, la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, cuyos resplandores han atraído y están todavía atrayendo las miradas del mundo entero. La Reina de los cielos se apareció, en la milagrosa gruta, con el santo Rosario entre sus benditas manos. ¿Para qué pensamos que la hermosa Virgen de Lourdes trae del cielo el Rosario, sino para manifestarnos claramente cuán grata le es esta devoción? ¿Quiérese exhortación más eficaz a su práctica, ni mejor panegírico del santo Rosario, que presentarse la Santísima Virgen en actitud de rezarlo?

b) *Es una devoción instructiva.* Rezando el santo Rosario, los fieles recuerdan con gran facilidad quince misterios de la fe, que son como un compendio de nuestra religión: entran en una hermosa galería y van examinando uno por uno, y contemplando detenidamente, quince cuadros que ponen ante su vista otras tantas

verdades consoladoras, y sobre todo ejemplos de esclarecidas virtudes. No es esto todo; estos quince misterios que el cristiano va contemplando, mientras reza el santo Rosario, ponen su espíritu en contacto con el espíritu de la Iglesia, recorriendo de una mirada las principales fiestas del año religioso, cuyo objeto se le hace familiar, y al mismo tiempo que le instruye le baña con el aroma de sus virtudes y le dispone para celebrar esas fiestas con mayor devoción.

c) *El santo Rosario es una plegaria fácil.* Para rezarlo no hace falta el saber leer ni escribir, pues no se necesita libro, ni luz, ni siquiera dejar ciertas ocupaciones manuales que no impiden la atención de la mente. Es, pues, el Rosario la plegaria de todo tiempo, de todo lugar, de todas las personas: sabios e ignorantes, viajeros y enfermos, sordos y ciegos, justos y pecadores, hallan en el santo Rosario una plegaria acomodada a todas sus necesidades, que, aun en las horas de soledad y de aburrimiento, nos puede servir a todos de excelente compañía, y de un medio seguro para vencer muchas tentaciones del enemigo de nuestras almas. Añadamos que este modo de orar, es a la vez que plegaria, una especie de meditación al alcance de todas las inteligencias.

d) *Es una plegaria consoladora.* El santo Rosario encierra dulzuras espirituales y tesoros de consolación para todas las almas. ¡Cuán grato es hablar a la Santísima Virgen María, que es vida, dulzura y esperanza nuestra! ¡Oh, qué dicha poder hablar a la purísima Madre de Dios, que lo es también nuestra, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos, refugio seguro de los pecadores, y espe-

ranza cierta de los pobres desterrados hijos de Eva! Indecibles son las dulzuras, y gratísimas las impresiones que el corazón recibe cuando, animado de la fe, reza con devoción y piedad el santo Rosario: parece que entonces se mitigan todos los pesares, se calman todos los dolores, las dudas se esclarecen, se endulzan las tribulaciones, el corazón abatido se reanima y el espíritu cristiano se vigoriza. En el Rosario, enseñados por Jesucristo, llamamos Padre nuestro a Dios que mora en los cielos e imploramos en nuestro favor el ruego de la que es llena de gracia y Madre del Redentor: ahí está el secreto.

e) *Eficacia del santo Rosario.* Por el Rosario triunfó santo Domingo de la herejía de los albigenses, y convirtió una infinidad de pecadores: por el santo Rosario los ejércitos cristianos lograron abatir el formidable poder de los musulmanes (1): en todo tiempo los católicos han conservado intacta su fe merced al Rosario, y lo han tomado como inequívoca divisa que los distingue de los sectarios. Por el santo Rosario los fieles se conservan en el fervor, vénse libres de muchos peligros del alma y de cuerpo, y consiguen llegar salvos al puerto de la eterna vida.

Andando san Francisco Javier por las costas de la Pesquería, convirtiendo los infieles a nuestra santa fe, por su medio obraba el Todopoderoso muchas maravillas; y no pudiendo ir el Santo en persona a los muchos enfermos que le llamaban, por algunos niños cristianos enviábales su rosario, al contacto del cual fueron mu-

(1) Entre otras victorias ganadas a los turcos, con el favor divino implorado con el rezo del santo Rosario, es muy señalada la que en aguas de Lepanto ganó D. Juan de Austria. (N. del T.).

chos los enfermos que cobraron repentinamente la salud.

Quería partirse un mercader desde Meliapor a Malaca; fué antes a despedirse del santo Padre, a quien rogó que le diese alguna prenda suya, para testimonio de su buena voluntad; aunque, a la verdad, la pedía por reliquia de un gran Santo para seguridad de su persona en aquel peligroso viaje. No teniendo otra cosa que darle, se quitó del cuello el rosario de Nuestra Señora, y se lo entregó diciéndole que mientras conservase aquel rosario no perecería en el mar. Salió el mercader más contento con aquella prenda que si llevara un tesoro, por llevar en ella una cédula de vida. Dióse a la velá, y en una ensenada que hay entre Meliapor y Malaca de las más peligrosas de toda la India, unos vientos furiosos arrebataron la nave la estrellaron contra una roca y la hicieron pedazos. Perdióse la hacienda, anegáronse muchos, y algunos pocos escaparon con la vida en el escollío de su naufragio, entre los cuales estaba el mercader que tenía el Rosario del santo Padre Francisco.

Viendo que habían de perecer de hambre y sed en aquella roca, buscaron la esperanza en la misma desesperación; y de las tablas, reliquias de la tempestad, compusieron una mala barquilla, y se volvieron a fiar de las olas, que habían experimentado tan infieles, con más deseo que esperanza de que alguna corriente les serviría de viento, velas y piloto, y conduciría a algún puerto el bajel que navegaba sin árbol, sin timón y sin jarcias.

Apenas entregaron al mar la pequeña barquilla, cuando ésta empezó a vacilar por todas partes; entonces el mercader que llevaba el rosario del Santo, sin advertir

el riesgo, ni ver por donde navegaba, quedó enajenado de los sentidos, y le pareció que estaba en Meliapor conversando con el Padre san Francisco. Pasó en este sueño cinco días, y al fin de ellos, volviendo en sí, no halló a ninguno de sus compañeros, porque a todos los habían tragado las olas, y hallóse en una playa no conocida. Saltó en tierra; y preguntando a los moradores qué tierra era aquella, le respondieron que era de Nagapatán, cerca de la ciudad de Santo Tomé, de donde él había salido (1). Como escapó este mercader de los peligros del naufragio, por medio del rosario que le entregó el santo Apóstol de las Indias, también nosotros nos podemos ver libres de los peligros y escollos del mar tempestuoso de este mundo, por la devoción del Rosario.

El santo Rosario es también de grandísima eficacia para el alivio de las penas que sufren las almas del Purgatorio. Si nosotros deseamos, dice san Alfonso María de Ligorio, socorrer a aquellas pobrecitas almas que tanto sufren en aquel lugar de expiación, procuremos con incessantes ruegos interesar en su favor a la Santísima Virgen, sobre todo rezando en sufragio de ellas el santo Rosario.

f) El aprecio que del Rosario han hecho los Santos. Lo que, más que ninguna otra cosa, manifiesta el valor y las excelencias del santo Rosario, es el gran aprecio que de él han hecho los más santos e ilustres personajes. La reina Blanca de Castilla, madre de san

(1) Este relato lo ha tomado el autor de la vida de san Francisco Javier, por el P. García; y nosotros, en vez de traducirlo, hemos preferido copiarlo de su primitivo autor. El hecho consta en los procesos jurídicos que se hicieron en la India, poco después de la muerte del Santo. (N. del T.).

Luis, se hacía escrupulo de pasar un solo dia sin rezarlo; el rey Luis XI de Francia a las insignias reales añadía un rosario pendiente de su cuello; el condestable Montmorency rezaba el Rosario marchando a la cabeza de su ejército. San Pío V, san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, en una palabra, todos los Santos posteriores a santo Domingo, han acostumbrado rezar el santo Rosario todos los días, hallando en esta santa práctica tan suaves consolaciones en sus almas, que les parecía gozar las delicias de un cielo anticipado. San Estanislao de Kostka y san Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, jóvenes de 19 y 22 años, respectivamente, quisieron morir teniendo en las manos el rosario que toda su vida habían rezado con grandísima devoción; y san Pedro Claver, también de la Compañía de Jesús, Apóstol de los Negros, distribuía anualmente de ocho a nueve mil rosarios entre los pobres esclavos, a quienes tenía consagradas todas las fatigas de su penoso apostolado.

III. PRÁCTICA. Despues de todo lo que acabamos de decir, ¿qué es lo que habemos de hacer? ¿De qué manera los fieles en general y particularmente las jóvenes que se precian de Hijas de María deben practicar la devoción del santo Rosario?

a) En primer lugar, es necesario que entre todas las devociones a la santísima Virgen, sea el Rosario su devoción favorita y predilecta. Todo cristiano que tome a pechos los intereses de su alma, no dejará pasar día alguno sin rezar el santo Rosario. Esta práctica, tan sencilla como grata a la Madre de Dios Nuestra Señora, ha venido a ser como el distintivo de los buenos cris-

tianos. ¡Dichosos aquellos que están inscritos en la cofradía del santísimo Rosario, y cumplen con los deberes de cofrades! ¡Felices mil veces las familias que acostumbran rezar diariamente el santo Rosario! En muchas casas se reza el Rosario en común, dividida la familia en dos coros imitando el canto de los religiosos, o más bien el de los ángeles que en el cielo cantan alternando las alabanzas del Señor. Bienaventuradas estas casas y sus moradores, que con semejante práctica se ganan la poderosa protección de la santísima Virgen y se atraen las bendiciones del cielo.

b) *Modo práctico de rezar el Rosario.* Al rezar la tercera parte del Rosario es indiferente tomar una u otra serie de las tres en que se dividen los quince misterios del Rosario, pero la costumbre laudable es que Lunes y Jueves se mediten los misterios gozosos, Martes y Viernes los dolorosos, Miércoles, Sábados y Domingos los gloriosos. (Decr. Aut. n. 273). Se ha de rezar teniendo en la mano el rosario; pero si lo rezan varios juntos, para ganar las indulgencias, basta que tenga el rosario en la mano el que dirige el rezo. Si el rosario está bendecido, por quien tenga facultad, las indulgencias son más; pero en todo caso para lucrarlas se requiere que durante el rezo no se ocupen en cosas que impidan la atención al rezo, sin ser obstáculo alguna que otra distracción involuntaria; y que en cada decena se medite el misterio correspondiente: mas los que no saben meditar (mientras no se instruyan), ganan las indulgencias rezando devotamente. Al objeto de la meditación de los misterios, al principio de cada decena se anuncia el que le corresponde, rezando enseguida el *Padre nuestro, diez Avenarias y Gloria Patri.*

Además debe rezarse sin notable interrupción, a no ser que el recitante pertenezca a la cofradía del santo Rosario (1).

Los fieles devotos de la Santísima Virgen no deben contentarse con rezar diariamente y con piedad el Rosario, sino que deben también afanarse en propagar esta saludable devoción en todas aquellas personas sobre las cuales tengan alguna influencia. Con esto tengan por seguro que merecerán las complacencias de la Madre de Dios, y atraerán hacia sí sus favores y sus bendiciones; y como es notorio el influjo que la práctica del santo Rosario tiene en la adquisición de las buenas costumbres, tenga por cierto el devoto de María que habrá influido en la salvación de tantas almas cuantas fueren las personas que hubiere atraído a esta devoción; y le alcanzará aquella promesa del libro del Eclesiástico (XXIV, 31): *Los que me dieren a conocer a los demás, alcanzarán la vida eterna.*

NOTA DEL TRADUCTOR: Al terminar este capítulo, no podemos resistir al vehemente deseo de copiar estas preciosas palabras del Papa León XIII: «Prosigan los cristianos aficionándose más y más a la costumbre de rezar el Rosario, que nuestros antepasados miraban

(1) Lo escrito en este párrafo está tomado de la obra *Indulgencias Auténticas*, del P. Santiago López de Rego, S. J., en sustitución de lo que dice el autor; pero hemos de añadir que posteriormente, S. S. Pío X, por decreto del 8 de Julio de 1908, concede también a los no cofrades el que ganen las indulgencias, aunque interrumpan el rezo después de cada decena; y ya un año antes (12 de Junio de 1907) había concedido que, rezando con un rosario bendecido con la bendición de los Dominicos y de los Crucíferos, se puedan ganar simultáneamente las indulgencias anexas a ambas bendiciones. ¡Tanto era el deseo de Pío X de que los fieles practiquen la hermosa devoción del santo Rosario! (N. del T.).

como socorro eficaz para sus males y como noble contraseña de la piedad cristiana». (Encíclica *Supremi Apostilatus*). Y estas otras: «Hemos demostrado que esta admirable corona, formada con la salutación angélica y la oración dominical y unida a la práctica de la meditación, es un género de plegaria excelentísimo en gran manera para conseguir, ante todo, la vida inmortal; pues ofrece, además de los frutos excelentes de las preces, un subsidio idóneo a la fe y un modelo insigne de virtud por medio de los misterios propuestos a la consideración. (Letras Apostólicas del 5 de Septiembre de 1898).



CAPÍTULO X

El santo Escapulario

LA segunda devoción que debemos dar a conocer es la del santo Escapulario del Carmen; la cual, aunque de otro género, es tan venerable y digna de aprecio como la del Rosario. Esta consiste en la plegaria, aquélla en vestir un pequeño escapulario, que es como la librea de la Reina de los cielos.

La devoción del Escapulario es de tanto valor a los ojos de la Iglesia, que ha querido enaltecerla con una solemne fiesta, la cual se celebra el día 16 de Julio, con el título de *Nuestra Señora del Carmen*. Esta fiesta no ha sido instituida solamente para conmemorar la dedicación del primer templo levantado en honor de la Santísima Virgen en la cumbre del célebre *monte Carmelo*, sino también para darle gracias por los insignes favores dispensados a la orden del Carmelo, y hacerlos conocer de los fieles: entre estos insignes favores el Escapulario ocupa el primer lugar. Se comprende, pues, que las almas devotas de María Santísima deben conocer, amar y propagar la devoción del santo Escapulario.

Para aficionarnos a esta devoción, diremos brevemente en qué consiste, cuales son sus ventajas y cómo la debemos practicar.

I. ¿QUÉ ES EL ESCAPULARIO? ¿CUÁL SU ORIGEN?
El Escapulario, como vestido que forma parte del hábito de algunas órdenes religiosas, es una tela larga y estrecha con un agujero en su centro, por donde se mete la cabeza; parte de la tela cae delante y parte detrás cubriendo las espaldas, de donde recibió el nombre de escapulario. El que usan la generalidad de los fieles, así seglares, como clérigos y religiosos no carmelitas, consiste en dos pedacitos rectangulares de tela tejida en lana, y unidos con doble cordón o cinta, de modo que al ponérselo los cordones queden uno sobre cada hombro, y los pedacitos de tela el uno sobre el pecho y el otro sobre la espalda.

Son varios los escapularios cuyo uso, como distintivo de piedad, está autorizado por la santa Iglesia; pero el llamado Escapulario por antonomasia es el de Nuestra Señora del Carmen, el cual todos los devotos de la santísima Virgen deben conocer, usar y propagarlo. Su origen data del siglo XIII, y va unido al nombre del bienaventurado Simón Stock, quinto General del Orden carmelitano.

Este célebre devoto de la Madre de Dios, nació en el condado de Kent, en Inglaterra, el año 1180; y siendo todavía joven se retiró a una solitaria selva, para entregarse a la oración y a la penitencia. Su morada era el hueco de un tronco corpulento; sus alhajas, un crucifijo y una imagen de la santísima Virgen, a la que no cesaba de invocar con el más tierno y ferviente amor.

Frecuentemente suplicaba a la soberana señora que se dignase manifestarle en qué cosa podría ocuparse que fuese de su agrado y del de su Divino Hijo. Doce años llevaba de vida solitaria cuando la Reina de los cielos se dignó aparecerse y le significó su voluntad de que entrase en la sagrada Orden del Carmelo, dedicada de un modo especial a su culto. Obedeció prontamente Simón, y bajo la protección de la Virgen vino a ser un religioso muy ejemplar y el ornamento de su Orden, de la que fué elegido Superior General en 1245.

Hallábase en Cambridge, en Inglaterra, el santo General de los carmelitas, cuando el día 16 de Julio de 1251, se le apareció la Santísima Virgen, acompañada de los espíritus celestiales, y entregándole un escapulario, le dijo con alegre y resplandeciente rostro: *Recibe, mi querido hijo, este Escapulario de tu Orden, como la librea de mi cofradía. Esta es la señal del privilegio que yo he obtenido para tí y para todos los hijos del Carmelo. Aquel que muera con este Escapulario puesto, será preservado de los fuegos eternos. Esta es una señal de salvación, una salvaguardia en los peligros, y una prenda de paz y alianza eterna.*

El anciano General, rebosando de gozo su corazón, publicó la gracia que acababa de obtener, mostraba el santo Escapulario, y en testimonio de la verdad de su revelación dió repentina salud a los enfermos, y obró Dios, por su medio, otras maravillas. Muy pronto el santo Escapulario fué de todas partes solicitado, hasta de los reyes, como Eduardo I de Inglaterra y san Luis rey de Francia. Entonces comenzó la célebre *Cofradía del Carmen*, confirmada, poco después, canónicamente por la Iglesia.

La Santísima Virgen añadió otro privilegio al anterior. Sesenta años después de la revelación a san Simón Stock, se apareció al Papa Juan xxii recomendándole su Orden del Carmelo, y prometiéndole consolar en el purgatorio las almas de los cofrades, y sacarlas de allí cuanto antes, sobre todo el sábado después de su muerte. Juan xxii promulgó este favor en una Bula expedida el 3 de Marzo del año 1322, llamada por esta razón *Bula Sabatina*. En esta bula se citan las siguientes palabras pronunciadas por la soberana Reina de los cielos: *Si entre los religiosos o cofrades del Carmen, hubiese algunos a quienes sus faltas llevasen al purgatorio, yo, como la más tierna y solicita de las madres, bajaré a consolarlos el sábado inmediato a su muerte, los librare de aquellas penas, y los conduciré a la montaña santa de la vida eterna.* Esta magnífica promesa está naturalmente subordinada a ciertas condiciones de las cuales después hablaremos. El Papa Juan xxii termina la Bula Sabatina con estas palabras: *Nos aceptamos esta santa indulgencia, la confirmamos y ratificamos en la tierra como Jesucristo se ha dignado misericordiosamente concederla en los cielos por los méritos de la Santísima Virgen María.*

Tales son los fundamentos en que estriba la devoción del santo Escapulario del Carmen; devoción sancionada por la práctica secular de toda la cristiandad, por la aprobación de 22 Sumos Pontífices (1), y por una serie de prodigios que en su abono ha obrado el cielo en el largo tiempo de más de 600 años. ¿Se quiere toda-

(1) Después que el autor escribió esta obra, otros dos Papas han aprobado el uso del Escapulario y su cofradía. (N. del T.).

vía más para ver aquí un insigne beneficio del cielo? El sabio Pontífice Benedicto XIV, dice: *Si alguien pusiese en duda la devoción del Escapulario, o negase sus privilegios, sería un despreciador orgulloso de la religión.*

II. CUALES SON SUS VENTAJAS. A tres pueden reducirse las inestimables ventajas que siguen al uso del santo Escapulario del Carmen. Los privilegios que la Santísima Virgen le ha otorgado; la saludable influencia que ejerce sobre el que lo usa; y las gracias que la Santa Sede le ha concedido.

a) *Los privilegios.* Tres son los privilegios que la Santísima Virgen tiene otorgados a sus devotos que usen debidamente el santo Escapulario. Primeramente, los que visten el santo Escapulario son reconocidos por la Madre de Dios como servidores escogidos suyos, que llevan su librea, como hijos privilegiados a quienes dispensa su especial protección, tanto en lo referente al alma, como en lo que al cuerpo respecta; así durante la vida, como principalmente en la hora de la muerte. Estas son las palabras de la Virgen a su fiel devoto san Simón Stock: *Este (el Escapulario) es una señal de salvación, una salvaguardia en los peligros, y una prenda de paz y alianza eterna.*

Durante la vida, el Escapulario es una salvaguardia contra los males y peligros corporales, como enfermedades, reveses de fortuna, accidentes de viajes, incendios, inundaciones, tormentas, peligros de la guerra y trabajos difíciles, etc. La historia tiene consignados innumerables hechos que atestiguan la maravillosa protección que la soberana Reina de los cielos dispensa a

los devotos de su Escapulario. Por medio del Escapulario, y de una manera portentosa, se han visto incendios apagados, tempestades calmadas, espadas embotadas o rotas en vez de causar la muerte, balas aplastadas, enfermos incurables que han sanado. Pueden leerse muchos de esta clase de hechos prodigiosos en varias colecciones que andan impresas: nos contentaremos con anotar dos solamente.

Cuando en 1622 Luis XIII tenía puesto sitio a la ciudad de Montpellier, el Sr. de Beauregard, que estaba cerca del Rey, recibió dos balazos de mosquete en el pecho: bamboleó un momento, pero no cayó. El golpe de las balas lo sintió a manera de una sacudida que le hubiesen dado, y nada más. Las balas se hallaron aplastadas sobre el escapulario del Carmen que llevaba puesto. El Rey al ver el prodigo pidió que se le impusiese el santo Escapulario.

En el año 1842 prendióse fuego a los coches de un tren que iba de París a Versalles. La confusión, los alaridos y la desesperación de los pasajeros fué indescriptible; no menos de trescientas fueron las víctimas que perecieron abrasadas por las llamas en aquella espantosa catástrofe. Entre los pocos viajeros que salieron incólumes de los coches incendiados, contábase un grupo de jóvenes suizos que hacía poco habían terminado sus estudios en el colegio que la Compañía de Jesús tiene en Friburgo, donde habían sido inscritos en la cofradía de Nuestra Señora del Carmen. Felizmente, en medio de los peligros del mundo, no habían abandonado la devoción a la Santísima Virgen, que en el colegio habían aprendido y conservaban con piedad el santo Escapulario: su salvación fué milagrosa; ellos

mismos no atinaban a darse cuenta de la manera como se hallaban libres del pavoroso incendio; y en una carta que escribieron a su querido colegio de Friburgo, contando el suceso, reconocían que solamente la Santísima Virgen pudo sacarlos ilesos de aquellas llamas, que por todas partes los rodeaban, librándolos de una muerte segura.

El socorro que la Santísima Virgen dispensa a sus protegidos en los peligros y males del cuerpo, solamente es un pálido reflejo de la protección que les otorga en las necesidades del alma. El Escapulario les sirve de impenetrable escudo en los combates que el infierno les presenta y los protege de los emponzoñados dardos del enemigo. Especialmente en la hora de la muerte, cuando el demonio redobla sus esfuerzos, los buenos cofrades del Carmen pueden contar con el auxilio seguro y eficaz de la Santísima Virgen. Habiendo prometido esta misericordiosa Madre que su Escapulario sería una salvaguardia en los peligros, ¿cuándo sino en el supremo peligro de la última hora, y en las angustias de la agonía, ha de tener esta promesa su principal efecto?

El segundo privilegio otorgado por la Santísima Virgen a sus devotos está contenido en estas palabras: *Aquel que muera con este Escapulario puesto, será preservado de los fuegos eternos.* Para alcanzar los efectos de esta gran promesa, es necesario pertenecer a la cofradía del Carmen, llevar puesto legítimamente el Escapulario, y tenerlo puesto piadosamente a la hora de la muerte.

¿Acaso ésta tan señalada promesa, quiere decir que uno que se haga cofrade del Carmen se salvará irremisiblemente por desastrosa que sea su vida y su muerte?

Nada de eso: evidentemente no es ese el sentido de la promesa de la Virgen; sino que todo cofrade que cumpla con las condiciones prescritas no morirá en estado de pecado mortal, y por consiguiente, será salvo porque morirá en estado de gracia. La Madre de misericordia obtendrá para sus devotos el don de la perseverancia, o la gracia de la conversión, si alguno cayere en pecado. Si algún pecador obstinado, no obstante llevar puesto el escapulario, rehusare la gracia de su conversión, no permitirá Dios que muera llevando puesto al cuello el santo Escapulario: el mismo lo arrojará violentamente de sí, o los que le asistan se lo quitarán, tal vez fortuitamente y sin pensar en ello, pero de seguro vendrá a morir sin esa prenda de salvación, como muchas veces ha sucedido, permitiéndolo así el Señor para que los cofrades no se aseguren demasiado y vengan a emperezar en el servicio de Dios.

El tercer privilegio es el llamado Sabatino; es la promesa hecha por la Santísima Virgen al Papa Juan XXII de librarr pronto, y especialmente el Sábado inmediato a su muerte, a los religiosos y cofrades del Carmen de las penas del purgatorio. Para apreciar debidamente este privilegio sería necesario conocer la intensidad de las penas de aquel fuego purificador, del cual poquísimos son los que del todo se libran.

b) *Infuencia moral del Escapulario.* La devoción de llevar el Escapulario, dice Bergier (Diccionario teológico), «es útil y saludable porque mueve a los fieles a honrar a la Madre de Dios, a imitar sus virtudes, rezar sus oraciones, frecuentar los sacramentos y fraternizar para hacer buenas obras». Esta librea de María Santísima es una continua profesión de fe y un estí-

mulo para el bien. El santo Escapulario nos habla; nos advierte que estamos consagrados al servicio de la Madre de Dios, y que debemos llevar dignamente su librea y honrar con nuestra conducta a la soberana Señora de cielos y tierra. Nos hace comprender, además, que este vestido exterior es un símbolo del vestido espiritual de la gracia, que debemos procurar conservar siempre limpio de todo pecado, y del vestido de gloria que esperamos alcanzar después de la muerte, por la poderosa intercesión de nuestra Madre y Señora.

c) *Gracias de la Santa Sede.* Largo sería enumerar todas las indulgencias, así plenarias como parciales, con que los Romanos Pontífices han enriquecido la cofradía del santo Escapulario del Carmen. Contémonos con indicar aquí la indulgencia plenaria concedida para el día en que se ingresa en la cofradía, la cual se gana con las condiciones de costumbre de confesión, comunión y rogar por las intenciones del Papa; otra también plenaria para la hora de la muerte, confesando y comulgando, y pronunciando con el corazón, si no se puede con la boca, el dulce nombre de Jesús; y finalmente, la bendición apostólica *in articulo mortis* (1). Por concesión de Clemente VII (1530) los cofrades participan de todas las oraciones, misas y buenas obras de la Orden entera del Carmen.

Concluyamos cuanto llevamos dicho sobre las ventajas de la devoción del Escapulario del Carmen, con estas palabras de san Alfonso María de Ligorio: Yo sé, oh María, dice este ilustre y piadoso doctor, que los

(1) Véase la obra *Indulgencias auténticas*, del P. López de Rego, de la Compañía de Jesús. El autor remite al *Petit trésor spirituel*, del P. Jacques, religioso redentorista. (N. del T.).

que llevan vuestro santo Escapulario, son mirados por el Señor con mirada favorable y misericordiosa; y que nada hay que no puedan prometerse de tu protección: especialmente el perdón de sus pecados, la perseverancia en la virtud, vuestra asistencia en la hora de su muerte, y finalmente, la exención de las penas del purgatorio, o a lo menos el que se abrevie su permanencia en él.

Después de lo dicho, ¿no hemos de tener por cosa en sí misma muy justa, y para nuestras almas utilísima, el aprovecharnos de tan singulares gracias como nos ofrece la Santísima Virgen Nuestra Señora? ¿Y habrá quien, sabiendo esto, no reciba el santo Escapulario, o si ya lo tiene recibido, no lo lleve todos los días con piedad y devoción, y no se esfuerce haciendo cuanto pueda por propagar una práctica tan saludable y provechosa?

Mas veamos ya cuales son las condiciones requeridas para participar de las gracias y privilegios que el Escapulario nos ofrece.

III. PRÁCTICA DE ESTA DEVOCIÓN. Primeramente el escapulario debe ser de tela de lana, tejida y no hecha de punto, de color de castaño, aunque se permite el color negro; los cordones, que unen los dos pedacitos de tela, pueden ser de cualquier clase y color: debe ser bendecido e impuesto por un sacerdote legítimamente facultado (1). Impuesto el primer escapulario con

(1) Los militares no están sujetos a esta última condición: pueden por sí mismos imponerse el santo escapulario previamente bendecido por algún sacerdote que goce de esta facultad. (Gury-Ferres, Theol. Mor., t. II. p. 751, ed. 1913). (N. del T.).

las formalidades indicadas, si se deteriora no es necesaria otra bendición; basta ponerse otro, aunque no esté bendito.

También se requiere la inscripción en la cofradía; llevar constantemente el escapulario, así de noche como de día, sin quitárselo, sino es por breve rato cuando hay causa suficiente, como sería para componerlo. Se ha de llevar como escapulario; esto es, que los cordones se apoyen uno sobre cada hombro, y una parte del escapulario caiga sobre las espaldas y la otra sobre el pecho; pero es indiferente llevarlo encima o debajo de las prendas de vestir (1). Además de lo dicho, se requiere:

a) Para ganar las indulgencias se han de poner en práctica las obras prescritas, que generalmente son la confesión, comunión, y orar en algún templo o capilla por las intenciones del Sumo Pontífice. Pero tienen los cofrades concedidas algunas indulgencias parciales por algunas obras buenas determinadas, como por socorrer a los pobres, o enseñar la doctrina a los que la ignoran.

b) Para no morir en estado de pecado mortal, o lo

(1) Su Santidad Pío X con fecha 16 de Diciembre de 1910, concedió facultad para bendecir medallas que suplan por el uso de cualquier escapulario que se hayan debidamente recibido, exceptuando los que son propios de las Terceras Ordenes. Todo sacerdote que esté facultado para imponer algún escapulario, lo está también para bendecir medallas que suplan por el uso de aquel mismo escapulario. Una misma medalla puede suplir por varios escapularios; pero es necesario que estos le hayan sido previamente impuestos al que quiera hacer uso de la medalla, y que lleve ésta sobre su persona.

Las medallas habilitadas para este efecto, deben llevar en el anverso la imagen del Salvador manifestando su sagrado Corazón, y en el reverso la imagen de la Santísima Virgen. Han de recibir de sacerdote debidamente facultado, tantas bendiciones cuantos son los escapularios por que suplen. (Gury-Ferreres, Theol. Mor., t. II, p. 749, ed. 1913). (N. del T.).

que es lo mismo, para alcanzar la promesa de verse libre del infierno, es preciso morir con el escapulario debidamente puesto.

c) Para gozar del privilegio sabatino deben guardar castidad según el estado de cada uno; si saben leer, rezar todos los días el Oficio Parvo de la Santísima Virgen; y si no saben leer, guardar la abstinencia de carne todos los Miércoles y Sábados del año, exceptuando el día de Navidad, si cae en esos días. Los que por obligación rezan el Breviario o el Oficio Parvo, no tienen necesidad de añadir más. Estas obras pueden ser commutadas por otras, con justo motivo y por sacerdotes especialmente facultados (1).

Ved aquí todo lo requerido para participar de los grandes privilegios del santo Escapulario; y por cierto que la Santísima Virgen exige bien poca cosa. Si para concedernos tan grandes bienes como nos tiene prometidos, nos obligase a vestir, sobre las desnudas carnes, un áspero hábito de penitencia, o practicar actos más penosos y molestos, todavía deberíamos arrostrarlos, y mostrarnos agradecidos a estos beneficios tan preciosos para nuestra eterna salvación, y por consiguiente cumplir las duras condiciones impuestas con alegría de corazón. ¡Con qué amor, pues, y con qué señales de gratitud debemos recibir el santo Escapulario, esta librea de María Santísima, ahora que por tan leves sacrificios nos ofrece bienes que durarán por toda la eternidad!

(1) Véase la obra *Indulgencias Auténticas y su Calendario*, del P. López de Rego, t. II, pág. 211 y siguientes, la que hemos consultado en lo que aquí llevamos dicho, separándonos algo del autor, con el objeto de concordar esta traducción con las últimas decisiones de la Santa Sede. (N. del T.).



CAPÍTULO XI

Devoción a san José (1)

ENTRE los santos de nuestra singular devoción, ya los consideremos como especiales abogados, ya como modelos de virtud, debe ocupar un lugar preferente el Patriarca san José, cuyo culto se ha hecho tan universal como popular; de tal modo que en las manifestaciones externas, así en esplendidez como en la frecuencia de los actos, el culto a san José sigue inmediatamente al de su santísima esposa la Virgen María. Movidos de esta universal devoción del pueblo cristiano a san José, no menos que de la dignidad misma del santo Patriarca, 38 Cardenales de la santa Iglesia y 220 entre Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos, asistentes al Concilio Vaticano, tenían firmada una petición al sacrosanto Concilio, para elevar de categoría la liturgia del culto a san José. El número de firmantes hubiera aumentado y la petición se hubiera presentado, en

(1) Juzgando que en una obra de este género no debe faltar un capítulo sobre la devoción a san José, el traductor se ha permitido añadir el presente, de que carece el original francés.

tiempo conveniente, a la consideración del Concilio, si éste no hubiera suspendido sus sesiones antes de terminarse, por temor a la sacrílega invasión de Roma, fraguada en tenebrosos antros por los enemigos del papado.

Al elocuente testimonio de tantos prelados, añadamos el no menos elocuente del Sumo Pontífice León XIII, el cual, el 15 de Agosto de 1889, publicó una Encíclica exhortando a todos los fieles a la devoción a san José. Citemos algunas de sus palabras: «Juzgamos que conviene mucho que se acostumbre el pueblo cristiano a invocar con especial piedad y ánimo confiado, juntamente con la Madre de Dios, a su castísimo Esposo el bienaventurado san José... Sin embargo, porque importa tanto que su culto (el de san José) se arraigue profundamente en las costumbres e instituciones católicas, por esto queremos que el pueblo cristiano se mueva principalmente por nuestra autoridad».

Bastantes han de ser las palabras transcritas para que todos los fieles hijos de la Iglesia católica abracen con ardor la devoción a san José; con todo, para que más nos aficionemos a una devoción que tan buenos resultados proporciona a las almas, consideraremos al santo Patriarca como Intercesor y como Modelo: como intercesor, veamos cuál es su dignidad y sus méritos; como modelo, veamos cuáles son sus virtudes; y finalmente veremos la práctica de su devoción.

I. DIGNIDAD Y MÉRITOS DE SAN JOSÉ. Al parecer de los hombres nada de extraordinario se observaba en el humilde artesano de Nazaret: cumplidor exacto

de la ley, era un verdadero israelita en el cual no había dolo: su honradez a toda prueba no daba lugar a que nadie se malquistase con él; y por su amor al trabajo, y por su profunda humildad, llevaba una vida retirada y silenciosa. Aunque vástago de la real estirpe de David, se veía obligado, por la condición de su pobreza, a ganarse el cuotidiano sustento con el trabajo de sus manos, sujeto a la común maldición, que desde el primer pecado pesa sobre la humanidad, *comerás el pan con el sudor de tu rostro.*

Sin embargo, ¡qué altísima dignidad no se oculta debajo de la apariencia de un humilde artesano! *Este es*, dice el melífluo san Bernardo, *el siervo bueno y fiel a quien ha constituido el Señor fidelísimo cooperador en la ejecución de sus secretísimos consejos, solaz y consuelo de su Madre santísima, y nutricio de su sacratísima Humanidad* (1). Es san José ministro de Dios en el más sublime de los misterios de nuestra redención, esposo de la más santa de las vírgenes, y padre putativo y nutricio del divino Redentor. Dignidad más elevada, después de la Maternidad divina, no puede concebirse sobre la tierra. Después de María Inmaculada, Madre del Verbo Humanado, es el castísimo José quien vive más íntimamente unido a Jesús; por esto es él, después de María, a quien la Santa Iglesia da mayores muestras de veneración.

a) *El ministro de Dios en la introducción del Redentor en el mundo.* Aun cuando estaba anunciado por los Profetas, en claras y terminantes frases, que el prometido Mesías había de nacer de una Virgen de la

(1) Homilia 2.^a super Missus.

descendencia de David; quedaba, sin embargo, por aclarar un punto difícilísimo y arriesgado, cual era el determinar individualmente quién era esa afortunada y Santísima Virgen que había de ser la Madre del Redentor. Anunciar desde el primer momento la virginidad de una madre, por ser cosa inaudita y enteramente sobrenatural, era poner en peligro el honor de esa Virgen y el buen nombre del Hijo que, milagrosamente, de ella había de nacer. La credulidad de unos pocos ofendería, de seguro, la humildad de la predilecta del Eterno; mientras que la incertidumbre de algunos y la incredulidad de los más, sonrojaría su tímida modestia y virginal pudor. Por esto, dice san Ambrosio, eligió Jesucristo antes ocultar lo milagroso y divino de su nacimiento, que consentir ni la más leve duda en el honor de su Santísima Madre (1).

Por disposición divina había, pues, de permanecer oculto debajo del sagrado velo del matrimonio, el inefable misterio de la Encarnación del Verbo. José fué elegido para llevar a cabo este sapientísimo consejo de Dios, e introducir honesta y ordenadamente en el mundo al Hombre-Dios que lo había de redimir, como dice san Bernardino de Sena (Sermón II de san José). Fué José como la misteriosa nube que cubría el tabernáculo, sin la cual la gloria de Dios no hubiera descendido hasta el seno virginal de María Inmaculada. Fué como el velo que ocultaba el *Sancta Sanctorum* a las profanas miradas de los hombres. Fué el árbol siempre verde y frondoso, a cuya benéfica sombra se desarrollase con segura paz la infancia del Redentor. Era necesaria la

(1) *Maluit Dominus de suo ortu, quam de matris pudore dubitari.*

presencia de José, dice hermosamente un autor desconocido, no para consagrar un tálamo *del cual* el Redentor naciese, sino *en el cual* ya nacido descansase (1).

José es elegido por la sapientísima Providencia de Dios, para que directamente intervenga en el inefable misterio de la Encarnación, del cual depende la salud del mundo, manteniéndolo oculto hasta que llegado el tiempo conveniente, el mismo Señor hiciese manifestación pública de su divinidad. Si, pues, debemos juzgar de la dignidad y de los méritos de los hombres sobre la tierra, por la importancia de los empleos que el cielo les confía, hemos de convenir que nunca hubo, ni habrá jamás en la tierra, grandeza de hombre alguno comparable con la grandeza de san José. El Omnipotente entrega a los solícitos cuidados de este varón justo los más preciados tesoros que posee en el cielo y en la tierra; tales son, el Verbo Humanado y su Madre santísima, para que, como verdadero esposo de María Inmaculada, y padre de Jesús, en opinión de los hombres, guarde con el más inviolable secreto aquel misterio, por el cual habían suspirado tantos Patriarcas, anunciado tantos Profetas y esperado con ansiedad todas las generaciones.

b) *José, esposo de María.* El cumplimiento de los eternos designios de Dios en el misterio de la Encarnación del Verbo, ya para conservar intacta, a los ojos de los judíos, la reputación de la Virgen Madre, ya para introducir, sin deshonor, a su Hijo en el mundo, requería la cooperación de un varón justo, que siendo

(1) De cultu Sancti Josephi, Thesis 11, 3.^o Auctore C. M. S. Theologiae lectore.—Parisiis, Gabalda et soc. 1908.

verdadero esposo de la Santísima Madre de Dios, fuese, al mismo tiempo, el tutor y el testigo de su pureza virginal. Para el desempeño de este tan delicado, como santo y noble cometido, fué designado por la inefable Providencia de Dios (1) el castísimo y purísimo san José. De esta amorosa y providencial designación dimana toda su dignidad, gracia, santidad y gloria. «Ciertamente la dignidad de la Madre de Dios es tan alta, que nada puede hacerse que la sobrepuje. Sin embargo, como entre san José y la beatísima Virgen medió el vínculo conyugal, no hay duda de que aquella excelentísima dignidad, con que la Madre de Dios aventaja muchísimo a todas las naturalezas criadas, se acercó san José más que ninguno. Porque es el matrimonio una sociedad y parentesco el mayor de todos, que por su naturaleza lleva unida a sí la comunicación de los bienes de uno de los cónyuges al otro. Por lo cual, si Dios dió a la Virgen por esposo a san José, diósello también, no sólo por compañero de su vida, testigo de su virginidad, protector de su honra, sino además para que, en virtud de la alianza conyugal, fuese participero de su excelsa dignidad» (2).

Disponiendo Dios que esas dos hermosísimas y purísimas almas, de María y de José, viviesen estrechamente unidas, con la más estrecha unión que existe en la tierra, no cabe duda que embelleció el corazón de José con tal abundancia de divinos carismas, que se asemejase en gracia y santidad lo más que pudiese al de la Madre del Redentor.

Es María Inmaculada la obra maestra de la creación:

(1) Oración de la Iglesia en la solemnidad de san José.

(2) León XIII en sus letras encíclicas del 15 de Agosto de 1880.

en el embellecimiento de su alma candorosa puso el Criador tanto esmero que la eximió de todo pecado y del poder del enemigo, antes de pronunciar la sentencia condenatoria contra la humanidad prevaricadora, en el paraíso terrenal: dióle las estrellas por corona, por vestidos los resplandores del sol y puso la luna por escabel de sus pies. Fué enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo, para ser su Templo; dotada de todas las inspiraciones de la eterna Sabiduría, para ser su Madre; alumbrada con todos los resplandores de lo alto por el Padre de las luces, para ser su Hija. Los bienaventurados espíritus se llenan de admiración en presencia de tanta hermosura y de tal cúmulo de perfecciones, y, reverentes, se postran a sus plantas y mezclan sus alabanzas con las alabanzas del Eterno tres veces Santo.

Criatura tan perfecta y sublime, y de tan elevados destinos, no parece que debiera tener otra morada que la celeste patria en medio de los coros de los ángeles, de los cuales es la Reina. Sin embargo, hubo un varón justo, en la oscura ciudad de Nazaret, de la casi olvidada provincia de Galilea, tan amado de Dios, tan favorecido de Dios, tan estimado de Dios, que sobre todos los santos quiso Dios que fuese el purísimo, virginal y verdadero Esposo de esa Inmaculada Virgen (1), y que participase de su excelsa dignidad y fuese compañero de su vida, testigo de su virginidad, protector de su honra y amparo en los vaivenes de la vida. ¡Oh feliz matrimonio, exclama Augusto Nicolás (2), cuyo vínculo

(1) Pío IX, Breve 7 de Julio de 1871.

(2) La Virgen María según el Evangelio, cap. VII, fin del párrafo III.

fué la virginal pureza y cuyo velo la gracia del Espíritu Santo, que cubrió con su sombra a uno y otro esposo; que tuvo por fin la tutela de Cristo y el honor de María; por regalo de boda las virtudes, y las gracias espirituales por ajuar; cuyo nudo fué el casto amor en que arden los ángeles en el cielo! «Con el corazón y no con la carne se juntan estos santos esposos, dice santo Tomás; así se juntan los astros, no con el cuerpo, sino con la luz; así se enlazan las palmeras, no por las raíces, sino por sus palmas».

c) *José, padre putativo de Jesús.* En calidad de esposo de María participa José, más que otro alguno, de la excelentísima dignidad de la Madre de Dios, en el cual concepto se aventaja a todas las naturalezas criadas (1): pero no se encierra en esto toda la grandeza de san José. Su mérito y su gloria crecen y se dilatan con el título que le da el Evangelio de *Padre de Jesús*: paternidad no dimanada de las leyes de la naturaleza, sino otorgada por la Providencia divina; paternidad singular y sin ejemplo, como singular y sin ejemplo es la Encarnación del Verbo de Dios; como singular y sin ejemplo es la virginal maternidad de María. Así como toda la gloria y dignidad de la Virgen Inmaculada se encierra en estas pocas palabras: *De quo natus est Jesus,—De la cual nació Jesús;* así también la mayor dignidad y gloria de su castísimo esposo san José está contenida en estas otras palabras del Evangelio: *Ut putabatur filius Joseph—Era reputado (Jesús) por hijo de José:* porque ellas significan que José hizo

(1) Consecuencia palpable contenida en las palabras de León XIII, antes citadas.

con Jesús las veces de padre, y que Jesús se condujo como buen hijo con san José.

El Padre Eterno comunica a José no solamente la paterna autoridad, sino también los tiernos sentimientos y la abnegación inherentes a tan augusto nombre. José, revestido de esa autoridad, se atreve a mandar al Hijo de Dios; y Jesús, reconociendo y respetando en José la autoridad de su Eterno Padre, le obedece como el más sumiso y obediente hijo. ¡Qué Dios eterno se abaje hasta obedecer a un simple mortal, es ciertamente grandísima dignación! ¡pero que un simple mortal tenga autoridad para mandar a un Hombre-Dios, es una grandeza superior a todas las humanas grandeszas, es una gloria más elevada que toda humana gloria, es una dignidad tan encumbrada que a ella no llegan ni los humanos deseos, con ser tan vastos y tan sin medida los deseos y las ambiciones de los hombres!

¡Oh! ¡cuántas veces al humilde san José, oyendo balbucear en los labios de Jesús-Niño el regalado nombre de padre, se le vendrían las lágrimas a los ojos, salidas de lo más íntimo del Corazón, donde luchaban la autoridad de padre con la reverencia de siervo del Dios humanado! ¡Qué escenas de indecible ternura se desarrollarían entre el Divino Infante, encanto de los cielos, y aquel santo artesano a quien llamaba padre! ¡Tomábale José entre sus brazos, y estrechábale contra su pecho hinchido de encontradas emociones, y quedábase extático, levantados al cielo los ojos bañados en dulces lágrimas, y daba gracias al Eterno por haberle concedido dicha tan inefable; y bajando luego la mirada, encontrábbase con el divino semblante de Jesús que sonriente lo acariciaba; pero José, dominado por los senti-

mientos de su profunda humildad, imprimia reverente beso en las manos del Niño, en aquellas manos que habían de entregar el precio de nuestra redención!

De la dignidad de padre, que Dios, respecto de su Eterno Hijo, confirió a san José, nacían, naturalmente, los deberes que impone el ser guarda, tutor, defensor y nutricio de la preciosa vida de Jesús; deberes que con amor sumo y asiduidad continua cumplió el santo Patriarca. Con el trabajo de sus manos, y con el sudor de su frente, ganaba el sustento necesario para mantenerse aquella sagrada Familia; porque el Hijo de Dios pudiendo venir a este mundo rodeado de riquezas y de honores, eligió más bien una vida pobre y oscura; y a san José cupo la gloria de alimentar y de vestir a aquel que, siendo Dios, alimenta la ave del aire y viste los lirios del campo.

¿Quién podrá comprender los inefables consuelos que experimentaría el humilde artesano de Nazaret, afanado en su taller, teniendo a la vista al Verbo hecho carne, por cuya vida trabajaba? ¡Cuán descansadas las fatigas, cuán suaves los sudores, cuán deleitosos los trabajos debieron parecerle, considerando que sus trabajos, sus sudores y sus fatigas se dirigían a enchar las venas del Divino Niño, de aquella sangre que había de rescatar al mundo de la esclavitud del pecado! ¡Porque, en realidad, al adorable seno del Eterno Padre, a las entrañas purísimas de María y a las callosas manos de san José somos deudores del precio de nuestra redención!

II. VIRTUDES DE SAN JOSÉ. Como entre María y José mediase un verdadero matrimonio, por divina dis-

posición contraído, y en el matrimonio ha de ser tanto mayor la unión de los ánimos que la de los cuerpos, cuanto que ambos cónyuges vienen a formar una sola persona; no se puede creer sino que el Espíritu Santo formó el alma de san José, en virtudes y en gracia, lo más semejante posible al alma de la Santísima Virgen su castísima esposa. De donde deduce san Bernardino de Sena (Serm. I de san José), que este santo varón fué purísimo en la virginidad, profundísimo en la humildad, ardentísimo en la caridad y altísimo en la contemplación de las cosas divinas. En ésto no cabe duda alguna, porque un varón preparado por Dios para esposo de la Madre de Dios, necesariamente debería estar enriquecido de todas las virtudes en el más eminente grado posible. El Evangelio llama a san José, *varón justo*; esto es, varón santo, con la santidad más completa y cabal.

Para nuestra propia edificación, elijamos algunas virtudes con cuya práctica, tomando al Patriarca san José por modelo, podamos llegar, en poco tiempo, a la perfección cristiana, que consiste en la íntima unión con Dios por medio de la caridad, reina de todas ellas.

a) *El silencio.* San José es el santo del silencio: ni una palabra suya nos ha conservado el Evangelio, y es poquísimo lo que de él los evangelistas nos refieren. No solamente guarda él el silencio más absoluto, sino que el silencio reina alrededor de él: diríamos que vivió del silencio y en el silencio.

Cosa digna de ser notada: el siglo XIX fué, y sigue siéndolo el XX, el siglo del ruido, del alboroto, de la verbosidad, de la trasmisión de la palabra. El telégrafo, con hilos o sin ellos, el teléfono, el gramófono, el per-

feccionamiento de la imprenta, no indican otra cosa sino la inteligencia del hombre puesta al servicio del afán de hablar, de comunicar el pensamiento, de difundir la palabra. El colosal desarrollo del periodismo, la inundación de novelas de todo género, que de algunos años a esta parte venimos sufriendo, la multiplicación de los públicos espectáculos que padece la sociedad, la oratoria de clubs y de mitines, son síntomas de la fiebre de hablar, de gritar, de vociferar que devora a las actuales generaciones.

Pues bien; en el siglo del ruído y de la vocinglería, es cuando mayor incremento ha tomado la devoción al Santo del Silencio, como podríamos llamar a san José. Pío IX lo declaró Patrón de toda la Iglesia, y León XIII dirige una carta encíclica a todos los fieles del orbe exhortándolos a implorar su patrocinio. Con autoridad apostólica, estos dos grandes Pontífices, parece que quisieran contraponer a la pasión de la verbosidad, que todo lo invade, el más acabado modelo del silencio.

La simpática figura del castísimo esposo de una Virgen Inmaculada, contemplando el divino rostro de Jesús a quien sostiene en sus brazos, parece que nos está diciendo que no hablemos hacia fuera, ni escuchemos la tumultuaria verbosidad que de fuera viene a herir nuestros oídos; sino que nuestras palabras se dirijan al interior de nuestro espíritu, y escuchemos, atentamente y con respeto sumo, las voces que Dios nos habla al interior de nuestro corazón.

Dejémonos de lecturas novelescas y frívolas, las cuales el menor daño que pueden causarnos es la perdida del tiempo; abandonemos el feo vicio de la murmuración y de la maledicencia, que tan grandes perju-

cios causan en las familias y en la sociedad; y más bien tengamos presente aquella sentencia de Jeremías (XII, 11): *La tierra está muy desolada porque no hay quien recapacite en su corazón.* En el recogimiento del espíritu y en el silencio, lejos del mundanal ruido, el pecador hallará el dolor del arrepentimiento, que vuelve a Dios propicio; en el silencio y en el retiro se ahogan las pasiones, la mente se esclarece, se adquiere la prudencia, y Dios mismo se comunica al alma, con esa íntima comunicación que la lengua no acierta a explicar, pero que evidentemente la siente el corazón.

b) *La paciencia en los trabajos de esta vida.* Otra de las características de nuestro siglo es el ansia del placer mundial, material. Para esto se multiplican los espectáculos de sensación, las casas de juego, de frívolos entretenimientos, de bebidas, sitios todos del goce de los sentidos no exento de vicios. Para satisfacer una de las más justas aspiraciones de nuestro espíritu, cual es el deseo de la felicidad, es inútil que se busque ésta en los placeres mundanales; pues éstos no proporcionan sino una felicidad mezquina, ya que por su misma naturaleza terminan en los sentidos, y no pudiendo llegar hasta dejar satisfecha el alma, no hacen la felicidad del hombre completa. De ahí esa sed insaciable de placeres que, por más que se disfruten, siempre dejan un vacío inmenso; y pasado un goce, se desea, se busca, se ansía otro, como si nada se hubiese disfrutado; y lo más significativo todavía, es la necesidad apremiante que se siente de cambiar de placer, para que uno mismo continuado, con su duración, no se convierta en tormento insoportable.

Es éste el mal, más expresivamente diríamos la

calamidad, de nuestra época; de la presión que en los ánimos ejerce esta calamidad, o si parece mejor, del estado de morbosidad general que produce este contagio, nace ese criterio, manifiesto en unos hasta proclamarlo y defenderlo como a un derecho, como a una aspiración justa, cuya realización debe conquistarse hasta con la violencia; latente en otros, pero que existe como que llega a inficionar la norma general de vida; es a saber, que es necesario propender al aumento de la ganancia con la disminución del trabajo; lo que puede traducirse en esta otra fórmula: «con la menor cantidad de sudor, comer la mayor cantidad de pan», habiendo dicho el Señor: *Con el sudor de tu frente comerás el pan.* En la práctica, lo que se pretende, es disponer de la mayor cantidad de dinero, para procurarse los goces de una vida puramente material y tener mucho tiempo disponible para disfrutarlos.

Prescindiendo ahora de los grandes males que a las familias, y por ende a la sociedad, acarrea el desmedido goce de los placeres de los sentidos (bastaría examinar los procesos de la mayoría de los penados); no temo afirmar que la realidad de esa aspiración, con que se engaña al pobre trabajador (y con la que a sí mismo se engañan muchos que no se tienen por pobres trabajadores) es imposible; es una verdadera utopía. Porque, en primer lugar, está en pugna con la economía social; pues es evidente que cuánto más esa aspiración se reduzca a la práctica tanto más se encarece la vida; de donde resulta que las mismas vías de su realización son su insuperable escollo. En segundo lugar, lo que con la realidad de esa aspiración se pretende conseguir (que es apagar esa sed de felicidad que todos sentimos allá

en el fondo del corazón, como cosa que radica en nuestra misma naturaleza) es imposible obtenerlo con los placeres mundanales y goces sensibles, por más que estos se multipliquen. Imposible porque el hombre no consta de solo cuerpo, antes el espíritu es su parte principal; y el espíritu no puede quedar satisfecho con los placeres sensibles; necesita otros acomodados a su naturaleza.

Finalmente es imposible, porque siendo el hombre impotente para mudar las leyes que le ha impuesto su Criador, no tiene más remedio que sufrir tribulaciones y contrariedades varias en esta vida de destierro y de prueba, quiera o no quiera, pues el Señor que ha formado nuestro corazón con ese deseo innato de felicidad, nos dá, en esta breve vida, los padecimientos en pena del pecado, y para la otra vida que ha de durar para siempre, nos reserva la felicidad y la dicha en premio de las virtudes. Y para que se comprenda que Dios es bueno, y cuánto ama a los que le aman, aun en esta vida de destierro y de prueba, sabe endulzar los padecimientos del cuerpo y convertirlos en deleites del espíritu, como muchas almas buenas lo han experimentado, y lo experimentan a diario.

c) *Confirmase lo dicho con el ejemplo de san José.* Después de la sacratísima Humanidad del Redentor y de su Madre santísima, es san José la criatura más amada de Dios, y en quien depositó mayor confianza. Sin embargo, ¿cuánto no fué lo que padeció? y ¡con qué admirable resignación lo padeció! En Belén, al verle pobre, nadie quiso darle albergue; ¡ni en los mesones públicos lo quisieron recibir, y tuvo que refugiarse, con su santísima esposa la Virgen María, a una

cueva abierta a la intemperie y que servía de establo de bestias! ¿Quién podrá decir lo que sintió el santo el descomedimiento que con él se había usado?; y con todo y sentirlo tanto, adoró los incomprensibles designios de Dios, y no se quejó ni siquiera de la conducta de los hombres.

Por largos años tuvo que comer el pan del destierro, y toda su vida se empleó en rudos trabajos, para ganar un escaso sustento para sí y para aquellos dos seres queridísimos que el cielo había puesto en sus manos. Ni siquiera le fué permitido tomarse la satisfacción, natural al corazón humano, tan inclinado a la gloria y a ser apreciado, de manifestar a las personas de su intimidad y confianza, que tenía en su casa, y confiado a sus cuidados, al Cristo del Señor y gloria de Israel. Su misión era ocultar a los hombres aquel misterio de las misericordias de Dios, y supo ocultarlo fidelísimamente con el más impenetrable silencio; y, lo que es más de maravillar, con el constante trabajo de sus manos y con el sudor de su frente lo ocultó; pues, ni siquiera para el alivio de sus fatigas exigió la más leve manifestación de la divinidad, escondida en aquel cuerpo de Niño, para cuyo sustento trabajaba. ¡Insondables misterios de Dios! ¡Resignación admirable de san José! Aprendamos del humilde artesano de Nazaret esta elevada filosofía, porque ella trocará las penas de esta breve vida en coronas de inmarcesible gloria.

III. PRÁCTICA DE LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ. Son muy variadas las devociones que los fieles practican en honor del santo Patriarca; pero antes de mencionar algunas en particular, vamos a trasladar aquí lo que la

inclita santa Teresa de Jesús dice acerca de la devoción a este gran Santo. Son estas sus palabras, tomadas del capítulo VI de su vida.

Quedé, destos cuatro días de parasismo, de manera que solo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentia en mí... Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen... y tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encendéme mucho a él: vi claro que así desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer una necesidad, a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, a quien yo decía se encomendasen a él... Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios... Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es

encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción.

a) Sea la primera devoción en honor de san José la que cuenta san Vicente Ferrer de un comerciante de Valencia, el cual todos los años el día de Navidad daba de comer a tres pobres: a un anciano, a una mujer y a un niño, en honor de Jesús, María y José. D. Tomás de Artiaga practicaba esta misma devoción en la ciudad de Lima, en el Perú; y en la misma ciudad hacía lo propio D.^a Lucía de Alarcón, pero no el día de Navidad, sino el de la fiesta de san José. Otros que no pueden tanto, se contentan con dar limosna a tres pobres, o dar de comer a un pobre anciano. Cuán agradable fuese a la Sagrada Familia la devoción del mercader valenciano, lo prueba el favor que recibió a la hora de su muerte; pues se le aparecieron Jesús, María y José, y le dijeron: «Ya que nos recibiste en tu mesa, ven y te recibiremos en la nuestra». (Fr. José de Pastrana, *Excel. de san José*, trat. IV).

b) Tal vez la devoción más practicada en honor de san José, sea la de meditar los siete principales dolores y gozos que experimentó el santo en su vida mortal. Enseñóla el mismo santo a dos religiosos franciscanos que hicieron naufragio en las costas de Flandes, después de haberlos sacado milagrosamente a la playa (Patrignani, *La Devoción a san José*, lib. II, c. 5). Suelen practicarla los devotos del santo, ya en siete Domingos continuados, como preparación para su fiesta, ya en siete días consecutivos, para alcanzar por su poderosa intercesión alguna gracia del Señor. Es muy frecuente el acompañar la meditación de los siete dolores y gozos, y el rezo de las preces acostumbradas

en memoria de cada uno de ellos, con la recepción de la santísima Eucaristía. Los Sumos Pontífices han enriquecido esta devoción con muchas indulgencias (1).

c) Otra de las devociones en honor de san José, y también bastante practicada, consiste en dedicarle el día 19 de cada mes, confesando y recibiendo la Comunión, recitando algunas preces a propósito, y practicando alguna obra buena en su obsequio. Son muchos los libros dedicados particularmente a los devotos de san José, donde se hallan estas y otras devociones que se pueden practicar, con provecho de las almas enamoradas del castísimo esposo de la Madre de Dios. La práctica de celebrar el mes de san José, como se celebra el mes de María, o el del Sagrado Corazón de Jesús, va tomando incremento en el pueblo cristiano. Pero lo que ningún devoto del santo debe omitir es el encendarse cada día a su patrocinio, rezándole devotamente alguna plegaria, muy particularmente meditando sus virtudes procurando imitarle en ellas.

Para terminar el presente capítulo, copiaremos de la excelente obrita del eminentе escritor D. Félix Sardá y Salvany *Vara florida del señor san José*, un suceso admirable debido a la intercesión de nuestro Santo.

El día 19 de Marzo de 1876, sucedió este caso en la Sierra de Cartagena. Seis jornaleros trabajaban en una cantera, cuando cerca de mediodía hubo un hundimiento sepultando a un joven de quince años. En el mismo instante una suscriptora de *El Propagador* que estaba practicando los ejercicios propios de aquel día en honor de san José, reclamó fervorosamente su pro-

(1) P. López de Rego, *Indulgencias Auténticas y su Calendario*, t. I, pág. 153.

tección en favor de aquel joven. El viento huracanado que hacía y la poca consistencia del terreno, impedían el trabajar con desahogo para separar los escombros; y como continuaba cayendo tierra se temían nuevas víctimas, considerándose imposible la salvación del que estaba enterrado. Se trabajó todo el día sin resultado; mas al siguiente, cuando todos se figuraban hallar un cadáver, a las cuatro de la tarde se oyó una voz apagada, y animados los trabajadores con la certeza de que su compañero aún vivía, continuaron con valor sacando tierra, y hallaron por fin al joven, el cual al ver de nuevo la luz exclamó con alegría ¡viva Dios! Lo reconocieron y no tenía ninguna herida; diéronle alimento y quedó dormido, no habiendo experimentado el más ligero cambio en su salud. Al despertar se fué a dar gracias a Dios y a san José, a quien invocaba continuamente en quella espantosa cárcel, donde decía que no estaba solo, sino que con él estaban dos más; cuando se le pregunta quienes eran se encoge de hombros, porque no lo sabe decir. Los que vieron el lugar donde estuvo durante veintiocho horas y calcularon el enorme peso que tenía encima, convinieron en que su salvación fué debida a un verdadero milagro que quiso obrar nuestro bondadoso Patriarca en el día de su fiesta.



CAPÍTULO XII

Devoción a san Luis Gonzaga

DESPUÉS de haber hablado de la devoción a la Santísima Virgen y a su castísimo esposo san José (1), añadiremos algunas palabras sobre la devoción a san Luis Gonzaga, dirigidas principalmente a las jóvenes, las cuales en el ejemplo de este Santo han de hallar un medio sobre manera eficaz para preservarse del contagio de los vicios, y dirigir sus pasos en la prudente elección de estado. Jesucristo, por medio de su Vicario en la tierra, el ilustre Papa Benedicto XIII, dió a la juventud cristiana por modelo y por Patrón a san Luis Gonzaga.

Uniendo en su persona las gracias de la juventud con los encantos de sublimes virtudes, san Luis Gonzaga se presenta a nuestras miradas como un ángel protector, dispuesto a guiar nuestros pasos en el difícil sendero de la vida. ¡Dichosos los jóvenes, felices las doncellas, que lo toman por norma de su vida, lo reve-

(1) Estas últimas palabras han sido añadidas por el traductor.

rencian con particular devoción y se esfuerzan en imitar sus ejemplos!

Para que la juventud sea lo que debe ser, según las miras de Jesucristo, y no defraude las esperanzas de la familia y de la sociedad, debe practicar una virtud esencial, como que es la guarda y el alimento de las otras virtudes; debe evitar un peligroso escollo, y tomar prudentemente una determinación importante. La virtud necesaria a todas las edades, pero singularmente a la edad juvenil, es la piedad; el peligroso escollo que se ha de evitar, es el mundo con su inseparable séquito de vanidades sin cuento; la resolución que se ha de tomar es la concerniente al estado o manera de vida. Toda persona joven debe buscar y elegir aquel estado al cual Dios la tiene destinada, y al cual la llama interiormente; llamamiento que es la *vocación* de cada cual, y a cuyo seguimiento tiene Dios vinculadas muchas y especiales gracias, conducentes no solamente al fin de nuestra eterna salvación, sino también a la felicidad temporal cuanto se compadece con esta vida de des-
tierro y de lucha.

San Luis Gonzaga ha llenado este terrible deber de una manera tan perfecta que puede servir a todos de modelo. Una ligera mirada sobre su breve vida nos hará ver con claridad meridiana: I) que fué siempre fervoroso en la piedad; II) la magnanimitad con que evitó los peligros que en el mundo encontraba para la virtud; III) el tesón con que sostuvo una larga lucha para seguir su vocación.

I. PIEDAD DE SAN LUIS. La piedad es la primera flor que debe hermosear la juventud cristiana; si la

joven es piadosa, conservará su inocencia y, sin pretenderlo, se verá engalanada con los encantos de todas las virtudes. Sin la piedad es seguro el extravío; y solamente la piedad puede salvarla entre los mil peligros que la rodean, *In quo corrigit adolescentior viam suam?* ¿De qué manera el joven no abandonará el buen camino?, pregunta el Real Profeta; y contesta: *In custodiendo sermones tuos* (Sal. CXVIII, 9); esto es, guardando tus mandamientos; lo que exige ante todo una sólida piedad.

Destinado por la Divina Providencia para servir de ejemplo a la juventud, Luis Gonzaga debía ser en primer término un acabado modelo de piedad, como que es ésta la primera virtud que debe adornar el corazón de los jóvenes. Sus padres fueron virtuosos: D. Fernando de Gonzaga, marqués de Castellón, en la Lombardía, comprendió que la cristiana educación de sus hijos era el principal de sus deberes, y la marquesa, su esposa, era una señora de rara virtud. Apenas el niño Luis fué capaz de articular algunos sonidos, cuando le enseñaron y aprendió a pronunciar los dulces nombres de Jesús y de María, y hacer la señal de la santa cruz; y muy pronto, dócil a las lecciones de su digna madre, aprendió el *Padre nuestro* y el *Ave María* con otras oraciones del cristiano (1); y en aquella tierna edad, en que harto hacía con aprenderlas balbuceando, las rezaba con una piedad sorprendente, y se complacía en

(1) Dice el P. Cepari (*Vida de San Luis*, c. I) ...apenas comenzó a dar muestras de hablar cuando ella (la Sra. Marquesa, madre del Santo) por su persona le enseñó a persignarse y a pronunciar tartamudeando el santísimo nombre de Jesús y de María. Enseñóle también el *Padre nuestro* y el *Ave María* y las otras oraciones. (Nota del traductor).

repetirlas, instando frecuentemente porque le enseñasen otras de nuevo.

Cuando llegó el tiempo de aprender el Catecismo, enseñanza tan sublime en su sencillez, como fecunda en su brevedad, con mucho placer recibía Luis aquellas nuevas lecciones tan en consonancia con su índole pia-dosa. Parecía no tener otros gustos ni más entretenimientos que oír hablar de Dios y de cosas santas; escuchaba con maravillosa avidez las explicaciones de los divinos misterios, y él mismo hacía sobre ellos tales preguntas que llenaban de asombro y admiración. La marquesa, verdadera madre cristiana, no se contentaba en que su hijo supiese la letra muerta del Catecismo; se preocupaba más en hacerle comprender lo que el Catecismo enseña y en que lo practicase; esto es, que ponía todo su empeño en inspirarle el amor a Dios y a su santa ley, el horror a las desobediencias más insignificantes, a la mentira, y a todos los vicios. Es decir, que criaba a su hijo Luis en el verdadero temor de Dios, cumpliendo con el más sagrado de los deberes de una madre.

Formado Luis Gonzaga con estas santas lecciones, tenía, desde su más tierna edad, sus horas fijas que dedicaba al rezo de sus preces y oraciones (1). ¡Con qué exactitud y devoción rezaba diariamente sus oraciones por la mañana y por la noche! ¡Con cuán profundo respeto estaba en el templo, que él ya en aquella edad se daba cuenta de que es lugar santo y la casa de

(1) Porque en aquel tiempo (a la edad de siete años)... cada día rezaba, solo o acompañado, *El Ejercicio cotidiano*, *Los siete Salmos penitenciales*, *El Oficio de Nuestra Señora*, todo de rodillas; con otras devociones particulares.—Cepari, l. c. (N. del T.).

Dios! Veíasele junto a su cristiana madre, hincadas ambas rodillas, juntas las manos, dirigiendo dulcemente la mirada hacia el altar, y todo su cuerpo en una postura tan respetuosa, que, más bien que un niño, parecía un ángel en presencia de la Majestad de Dios.

Como crecía en los años robustecíase en él la piiedad, porque su fe era cada vez más firme y viva; de donde provenía su admirable constancia en practicar sus ejercicios piadosos con la mayor fidelidad. Ni los entretenimientos de la infancia, ni las múltiples atenciones de las cortes en que estuvo, ni el cansancio, fueron parte para que omitiera sus acostumbradas plegarias: en su concepto, nada era bastante para dispensarse en esto. Una vez los fuertes dolores de cabeza le obligaron a recogerse antes de lo que acostumbraba; acordóse, estando ya en la cama, de que aquel día no había rezado los siete salmos penitenciales, y determinóse de no pegar los ojos antes de rezarlos: mandó a un criado que le pusiese una vela junto a la cama, y despachóle. Rezó sus salmos, y vencido de la fuerza del dolor y del sueño, se quedó dormido, sin acordarse de apagar la vela; la cual se fué consumiendo, y después prendió fuego en un lado de la cama. El santo joven estuvo en inminente peligro de ser sofocado por el humo, o abrasado por las llamas. Mas Dios le salvó casi milagrosamente, como para manifestar que la piedad no tiene que temer, ni aun en los mayores peligros; y que a un joven sólidamente piadoso, aunque sea en medio de las llamas, lo protegerá el Señor, como protegió a los tres niños en el horno de Babilonia, y a nuestro joven Luis del fuego que abrasó enteramente su cama.

¿Qué podremos decir del gran espíritu de fe con que asistía al santo sacrificio de la Misa? ¿Qué de la devoción y fervor con que frecuentaba los sacramentos? Cuando a los nueve años de su edad hizo en Florencia confesión general de sus faltas, se preparó a ella con tan gran dolor y arrepentimiento que cayó desmayado a los pies del confesor, no obstante ser sus culpas insignificantes. Y más tarde cuando tuvo la dicha de ser recibido a la mesa eucarística, y por vez primera recibió, de manos de san Carlos Borromeo, el pan de los ángeles, parecióle al santo cardenal que daba la sagrada Comunión a un abrasado serafín.

El santísimo Sacramento del altar era el primer objeto de su devoción. Los momentos más deliciosos de su vida eran los que pasaba al pie del tabernáculo. Desde que san Carlos Borromeo le dió la primera Comunión, por consejo del mismo santo, comulgaba cada ocho días (1) con tan gran pureza de alma y con tanta devoción, que empleaba la mitad de la semana en prepararse para recibir a su amado huésped, y la otra mitad en darle gracias por tan singular beneficio como le había hecho hospedándose en su corazón. De la sagrada mesa sacaba Luis aquella invencible fortaleza de ánimo cristiano para no retroceder jamás en el camino emprendido, sino que marchó siempre, con paso firme, por el hermoso sendero de las virtudes.

Al grande amor a Jesús sacramentado añadía Luis una muy tierna devoción a su Santísima Madre la Virgen María. Estando en Florencia se le acrecentó mucho

(1) En aquel tiempo, por desgracia, pocos eran los que se acercaban a recibir la sagrada Eucaristía con toda frecuencia. (N. del T.).

esta devoción, con ocasión de un librito del P. Gaspar Loarte, de la Compañía de Jesús, en el cual se explicaban los misterios del santo Rosario. Un día leyendo en dicho librito, se sintió abrasado de deseos de hacer algún gran servicio a la soberana Señora de los cielos; y prosternado delante de una su milagrosa imagen de la Anunciación, y siendo de edad de nueve años tan solamente, hizo voto de perpetua virginidad a honra de la Santísima Virgen.

¿Será necesario decir cuales fueron en Luis los frutos de esta sólida piedad? Todos los bienes y todas las virtudes le vinieron con ella. La obediencia, la dulzura, el horror a la ociosidad, la caridad con los pobres, la generosidad de carácter, se fueron desarrollando en su corazón y creciendo de día en día; de manera que se cumplieron en él estas magníficas promesas del Señor: *El justo será como árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo, y cuya hoja no caerá* (Salmo 1); *florecerá como la palma, y descollará cual cedro del Libano, plantados en los atrios de la casa del Señor* (Salmo 91).

San Luis Gonzaga nos ha dado eminentes ejemplos de piedad; pero de una piedad sólidamente basada en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, en la fervorosa y asídua oración, y en la frecuencia de los sacramentos. Veamos ahora cómo nos enseña a huir los peligrosos escollos que amenazan a la juventud.

II. LOS PELIGROS DE LA JUVENTUD. El más formidable peligro de la juventud, el escollo donde hacen lastimoso naufragio muchos jóvenes, es el mundo con

sus seductores halagos. Situado el joven a la entrada de la plenitud de la vida, ve que se le abren dos caminos; el uno lleva a la salvación, a la perdición el otro. El uno es la práctica de las enseñanzas de Cristo, el cual dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; el que me sigue no anda en tinieblas.* El otro es la práctica de las máximas mundanas: de los que las siguen dice el Sabio, *que sus pies se encaminan hacia la muerte, y sus pasos van a parar al infierno* (Prov. V, 5), porque *si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad de Dios* (S. Joan. I, c. II, 15). El primero de estos dos caminos es árduo y estrecho, pero conduce a la vida: el segundo es placentero a la carne, pero sus dejos son amargos y su fin es la muerte, después de ajado el corazón. Una multitud de jóvenes incautos se precipita locamente por él, seducida por el engañoso placer.

Tal es la situación de todo joven; tal fué también la de nuestro Luis Gonzaga. Vióse en presencia de la seducción que lo atraía y solicitaba a preferir, como hacen tantos jóvenes, los placeres de la vida muelle a las austeras virtudes de Jesucristo.

¿Qué hará Luis en tan crítica alternativa? ¿Se arrojará ciegamente en brazos de un mundo maldecido por el Hijo de Dios? Este peligro no hizo más que deslumbrar por un momento a nuestro santo joven, pero no logró cautivarlo. Su piedad, cimentada sobre una sólida instrucción cristiana, le sirvió de salvamento. Instruido en la escuela de Jesucristo, conocía al mundo y sus vanidades, como conocía la virtud y sus verdaderos tesoros. Luis había pesado el mundo en la balanza de la eternidad.

Esta celestial prudencia del heredero del Marqués de Castellón, sirvió de asunto a un ingenioso pintor para trazar un bello cuadro. Pintó a san Luis, fijos los ojos sobre una balanza de oro sostenida por la mano de un hermoso angel. En uno de los platillos había un globo cubierto de flores, pero rodeado de llamas, para significar que los placeres del mundo, sobre marchitarse pronto como las flores, conducen a los eternos tormentos: en el otro platillo veíanse dos palmas cruzadas entre sí, y rodeadas de una aureola de hermosas flores que dejaban ver algunas espinas; símbolo de las virtudes cristianas que merecen, tras un breve batallar, un triunfo de inmarcesible gloria. En lo bajo del lienzo el artista había escrito estas palabras: *Quid hoc ad aeternitatem?*—*¿Qué tiene que ver esto con la eternidad?* Que fué la máxima que alentó siempre a san Luis Gonzaga en el menosprecio de las mundanales pompas.

Esta leyenda, reproducida por las propias palabras del santo mancebo; ese simbolismo ingenioso que la acompañaba, pintaban a maravilla el espíritu del joven Luis y la elevación de miras, desde cuya eminencia miraba al mundo y los peligrosísimos lazos que tiende a la incauta juventud. Animado de tan elevados sentimientos, los falsos bienes de la tierra no arrancaron de su generoso corazón sino un sentimiento de profundo desprecio. A su vista se presenta el oro con todo el cortejo de deslumbrantes honores y de seductores placeres que lo acompañan, y Luis elevando su mirada al cielo, se pregunta a sí mismo: *Quid hoc ad aeternitatem?*—*De qué sirve todo esto para la eternidad?* Le sale al encuentro el mundo rodeado de engañadoras vanidades, y Luis le opone al momento esta sublime

cuestión: *Quid hoc ad aeternitatem?*—*De que sirve esto para la eternidad?* Y enseguida el mundo con sus vanidades y efímeras grandezas, y el oro con sus honores y sus deleites, se desvanecen como ligera niebla herida por los rayos del sol. Los lazos que el mundo traidoramente le tendía, quedaban al punto descubiertos y rompíalos su firme planta.

¿Ve Luis las penitencias que practicaban los santos? ofréncense a su espíritu las esperanzas de la virtud; luego ocurre a su mente la misma pregunta; *Quid hoc ad aeternitatem?*—*De qué sirve esto para la eternidad?*; y una súbita luz del cielo esclarece su grande alma y le hace ver el valor inestimable de la penitencia, el mérito incomprendible de las virtudes. Así Luis Gonzaga desbarata los seductores planes del mundo, y permanece fiel a la virtud.

Mas cuando un joven posee un alma bastante elevada para hollar con sus pies los frívolos placeres; el mundo, entonces, no pudiendo enseñorearse de un corazón tan generoso, pretende, a los menos, tener alguna parte en él. Para conseguir su objeto usa de toda clase de astucias y sutilezas con palabras insidiosas.—Es necesario, dice, servir a Dios, nadie pone en duda una verdad tan clara y manifiesta; pero también conviene dar algo a la juventud, porque el demasiado rigor es impropio de los juveniles años. Conviene ser piadoso, ciertamente; mas en todas las cosas hay que evitar las exageraciones. Si os entregáis decididamente a los ejercicios de piedad, a frecuentes devociones, *Qué se dirá de vosotros?* Dirán que sois un misántropo, esquivo con vuestros semejantes, joven de espíritu apocado, desconocedor de los deberes de la buena so-

18

ciedad, etc. Y he ahí el respeto humano, vano, pero funesto espantajo que el mundo pone en juego para retraer a la juventud de la recepción de los sacramentos, de los ejercicios piadosos, del feliz sendero de la virtud.

Semejantes asechanzas armó también el mundo a Luis Gonzaga, principalmente cuando estaba en la corte de España, en calidad de paje del príncipe D. Diego, hijo del rey católico D. Felipe II. ¿Qué hará nuestro joven paje? Después de haber triunfado generosamente del mundo y de sus vanidades, ¿se dejará vencer del respeto humano? La virtud, en la que ha cifrado hasta ahora su gloria y su felicidad, ¿se desvanecerá, como ha sucedido a tantos otros, ante el quimérico miedo del *qué dirán?* No; Luis Gonzaga no corre peligro alguno en presencia del temido fantasma: su sólida piedad lo salvará del respeto humano, como lo salvó de la seducción. ¡Dios ante todo! ¡Primero es mi conciencia! Estas son sus máximas; ellas forman la regla de su conducta; en ellas estriba la fuerza de su carácter: el temor de Dios no reconoce otro temor.

A vista de esta noble conducta, de esta inquebrantable fidelidad a sus deberes cristianos, ¿qué dijo el mundo? ¿En qué se convirtió el formidable espantajo del *qué dirán?* El mundo vióse obligado a rendir homenaje a la virtud de Luis; se le consideró en la corte del cristiano y prudente Felipe II, como a un cumplido caballero; como a un noble, de veras noble, que por nada ni por nadie traiciona ni a su Dios, ni a su conciencia. Los jóvenes cortesanos compañeros de Luis Gonzaga hubieron de reconocer en el marquesito de Castellón, como le llamaban, a un carácter elevado que poseía la firmeza de la convicción y la valentía de la virtud.

Con estos ejemplos de firmeza y de constancia en la práctica de las virtudes, nos enseña San Luis a triunfar del mundo, a descubrir sus astutas asechanzas, y a evitar sus peligrosos escollos. Veamos, en tercer lugar, como nos enseña a conocer y a seguir nuestra vocación.

III. VOCACIÓN DE SAN LUIS. Ya en la juventud, viene naturalmente el importante negocio de la elección de estado; asunto de la mayor importancia, y al cual desgraciadamente no se le dedica la atención que merece. Muchos son los que con vituperable temeridad, sin otra guía que el propio antojo o la imposición de sus padres, ni otras miras que el propio interés, se arrojan a tomar un estado de vida en el cual hallan que arrepentirse para siempre. Por el contrario, el joven que lleva una vida de veras cristiana procura elegir aquel estado que la Providencia le tiene señalado. Esta dichosa y feliz elección de vida es el coronamiento de la educación cristiana, y la recompensa de la virtud. El estado de vida en lenguaje cristiano se llama *vocación*: porque el estado que conviene a cada cual es aquel a que Dios le tiene destinado, y al cual Dios le llama: que vocación es lo mismo que llamamiento. Pero ¿cuál es ese estado, cuál esa vocación? He ahí la cuestión que se ha de ventilar. El joven, la joven, debe indagar cuál es su vocación; y una vez esta conocida, seguirla con toda fidelidad.

Luis Gonzaga que posee un corazón puro, que no lleva otro intento que el de agradar a Dios, y que, a impulsos de esta pureza de intención, ora al Señor que se digne manifestarle su voluntad, conocerá muy pronto su vocación. Hacía ya algunos años que a Luis le preo-

cupaba este importante asunto; y Dios le dió a conocer su vocación poco a poco y por sus pasos contados: porque primeramente la conoció por la luz de su razón ayudada de la gracia; después la conoció con más clara luz del cielo; y finalmente se la manifestó una voz milagrosa, por medio de una imagen de la Santísima Virgen. El cielo lo llamó claramente a la vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Luis conoció, pues, su vocación (1). ¡Pero que vocación para un príncipe del Imperio y primogénito de tan noble casa! ¿Cómo seguir semejante vocación? Un carácter de temple, fortalecido por los principios de la fe, como era el de nuestro Santo, sabrá vencer todas las dificultades. Luis comprende que cuando Dios habla, todos los afectos humanos deben callar; cuando Dios es el que manda, al hombre no le corresponde sino obedecer: y Luis obedecerá a la voz de Dios, a pesar de todas las dificultades.

Los obstáculos que ya se habían previsto le salen al encuentro con fuerza aterradora; el cariño de su padre, tan intenso como indomable su férrea voluntad de sol-

(1) Muchos creen, equivocadamente, que con el nombre de vocación se significa sólo el llamamiento de Dios a la vida religiosa; siendo así que no menos se necesita la vocación para un estado que para otro. La base de nuestra felicidad está en tomar aquel estado o manera de vida (sea en el siglo, sea en la religión) en la cual Dios ha dispuesto nuestra salvación eterna, y al cual, por diversas maneras, nos llama; lo que constituye la vocación de cada uno. Ciento que es un grandísimo beneficio el que dispensa Dios a quien llama a la vida religiosa, y nadie debe abrazarla sin particular vocación; pero, tal vez, sea mayor mal, y más opuesto a la salvación del alma, el tomar cualquier manera de vida en el siglo contra la voluntad de Dios, que el abrazar el estado religioso sin vocación; porque son en número y más peligrosos los obstáculos a la virtud que se encuentran en el mundo. El retiro de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio es admirable para acertar en la elección de estado. (Nota del traductor).

dado, pone en movimiento toda clase de resortes para hacerle abandonar el deseo de su vocación: todo inútil. Dios llama a Luis a la vida religiosa en la Compañía de Jesús; y ante el llamamiento de Dios no tienen para Luis ningún valor las humanas razones, ni los placeres de una vida opulenta, ni las grandezas de todo género con que le brindan. Acude el Marqués su padre a toda suerte de dilaciones; Luis las sobrelleva con el respeto propio de un hijo sumiso; pero ruega fervorosamente a Dios que le llame, mezcla sus gemidos con las lágrimas que vierten sus ojos, y aun con la sangre que arranca de su inocente cuerpo, y no pierde ocasión de manifestar a su padre con sumisión y humildad, que oponiéndose a su vocación se opone a la voluntad de Dios que le llama. Su padre se disgusta, se encoleriza, lo manda arrojar de su presencia... y se entrega a las mayores demostraciones de dolor. Por fin, vencido de las lágrimas y de las grandes penitencias de Luis, hízole llamar, y venido que fué, le dijo estas palabras: «Hijo, tú me has atravesado el corazón, porque yo te quiero, y siempre te he querido como tú mereces, y en ti tenía fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero, pues Dios te llama, como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mío, donde quisieres, que yo te doy licencia, y te hecho mi bendición» (1). Así, después de tres años de incessantes luchas, gracias a su constancia, y a las continuas plegarias, acompañadas de la

(1) *Vida de san Luis*, por el P. Cepari, cap. XI. Es de advertir que, a no ser por la renuncia que san Luis hizo de sus Estados, poquísimo tendrían hoy noticia de que hubo en la Lombardía un Marquesado de Castellón. Dió san Luis más lustre a su casa con su santidad, que todos sus antepasados juntos con las armas y la diplomacia. (N. del T.).

mortificación y penitencia, logró el santo joven la licencia y bendición de su padre.

Desprendido Luis de todos los lazos que lo sujetaban al mundo, vuela, sin pérdida de tiempo, a donde Dios lo llama, y entra alegremente en los nuevos caminos que la Divina Providencia le tiene señalados, y no piensa sino en recorrerlos con la mayor perfección. Solía decir que había recibido esta lección del Marqués su padre: Que el que toma un empleo o estado, debe honrarlo con su conducta, y llenar sus deberes lo más perfectamente que le sea posible.

De acuerdo siempre con esta máxima, desde el primer día se distinguió por el exacto cumplimiento aun de los más mínimos deberes de su nuevo estado, y por la práctica ejemplar de todas las virtudes religiosas. Todos se prometían de él que llevaría a feliz término las mayores empresas por la gloria de Dios y la salvación de las almas, cuando, al cabo de seis años, vino la muerte, y los ángeles se apresuraron a trasladar al cielo al que en la tierra había vivido como un ángel. Su muerte fué santa como lo había sido su vida; y antes que partir de esta vida quiso despedirse de sus hermanos en religión, abrazándolos uno a uno, los cuales enterneidos de consuelo, contemplaban en Luis, no a un moribundo sino a un bienaventurado del cielo. Murió joven de 24 años no cumplidos, pero había llenado ya su misión sobre la tierra, dejando a la juventud un perfecto dechado de todas las virtudes.

Jóvenes, imitad a san Luis Gonzaga; tomadle por protector y modelo; entonces vuestra vida será una vida virtuosa y honorable a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres; una vida pura y rica en

merecimientos, que como a san Luis Gonzaga os acarrearán una felicidad perdurable.

IV. DEVOCIÓN DE LOS SEIS DOMINGOS EN HONOR DE SAN LUIS. Tal es la amabilidad de carácter que distingue a nuestro Angélico Joven, tal la abundancia de dones espirituales y temporales que reparte a los que con viva confianza imploran su protección, que algunos fieles excogitaron un nuevo obsequio en su honor, y fué el consagrarse seis domingos consecutivos, en memoria de los seis años que vivió en la Compañía de Jesús; época para él tan dichosa, que solía llamarla el tiempo más precioso de su vida, y como paraíso anticipado en la tierra.

Pronto esta devoción comenzó a extenderse con tanta rapidez y tan copioso fruto, que el piadoso Pontífice Clemente XII quiso enriquecerla con singulares gracias, por un Breve expedido a 11 de Diciembre de 1739 (1). Con el objeto, pues, de estimular a la juventud cristiana a que recurra al patrocinio de su santo Protector, y a que se esfuerce en la imitación de sus admirables virtudes, abrió Clemente XII los tesoros de la Iglesia, concediendo una indulgencia plenaria en cada uno de los seis domingos.

Las condiciones que se han de llenar para ganar estas indulgencias, son: 1.^a Confesarse, recibir la sagrada comunión y rogar a Dios por las intenciones del Romano Pontífice. 2.^a Santificar cada uno de los seis domingos consecutivos en que se practica la *seisena*,

(1) Lo que antecede, lo hemos tomado del *Ramillete de la juventud*, del P. Mach. La fecha del rescripto; es la que traen el P. Mach y el P. López de Rego. (N. del T.).

con piadosas meditaciones, oraciones vocales u otras obras de cristiana piedad, a honra del Santo y gloria de Dios.

Por medio de esta devoción, altamente recomendada por la Santa Sede, se han obtenido del cielo favores tan apreciados como deseados. Especialmente se han sentido los efectos del poderoso valimiento de san Luis Gonzaga, concediendo a sus devotos el buen suceso en los estudios, el vencer las tentaciones contra la santa pureza, el conocimiento de la voluntad de Dios en la elección de estado. Además, como en la *seisena* suelen meditarse las virtudes del Angelical Mancebo, son admirables los frutos reportados por un sinnúmero de jóvenes que han mejorado de costumbres, movidos de los ejemplos del Santo.

Como ejercicio de piedad, para practicar la *seisena*, se acostumbra recitar algunas preces y meditar sobre las virtudes de san Luis. Estas virtudes son muchas, y se ofrecen en tropel a la mente de sus devotos, porque en todas fué excelente. Indicaremos brevemente algunas para consuelo de sus devotos. En primer lugar sobresale en él la más admirable inocencia hermanada con una penitencia rigurosísima: todos podemos imitarle en el horror al pecado y espíritu de mortificación, de cuyas virtudes toda su vida fué un continuo ejemplo. No es menos admirable en el desprecio de las honras mundanas, en una edad en que más fuertemente suelen cautivar sus vanos resplandores, y menos se han experimentado las amarguras de espíritu que las acompañan. Objeto de provechosa meditación pueden ser su piedad para con Dios, juntamente con su espíritu de oración; el tesón inquebrantable con que procuró no distraerse,

durante las horas que dedicaba a la contemplación de las cosas celestiales; su tierna devoción a la Santísima Virgen y a Jesús Sacramentado; la compunción de su corazón, por ligerísimas faltas, y el esmero en evitarlas; el menosprecio que siempre hizo del respeto humano, que a tantos otros acobarda; el exacto cumplimiento de todos sus deberes, ya se le considere en el estado de cortesano, ya de estudiante, ya, finalmente, de religioso; su energía de carácter, juntamente con un corazón afable aun con sus servidores; el respeto a sus padres y superiores, y la exacta obediencia en el cumplimiento de todos sus mandatos, aun cuando fuesen contra sus inclinaciones y contra sus deseos; su prudencia en consultar con Dios el asunto de su vocación, y su fidelidad en seguirla a través de tantas dificultades; su exquisita moderación en el hablar; su ardiente y afectuosa caridad, llegando hasta sacrificar su vida por servir a los enfermos necesitados. Finalmente pueden ser materia de provechosa meditación, las recompensas con que le premió el Señor la práctica de tantas virtudes, durante su vida, en la hora de su santa muerte, y en la eternidad gloriosa, y aun en la tierra, después de su muerte, con innumerables prodigios obrados por su intercesión, por lo que su devoción se ha extendido por todos los ámbitos de la tierra.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	7
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Misión de la mujer cristiana</i> .	9
I. . Considerada en sí misma	11
II.. Cumplimiento de esta misión	15
CAP. II.— <i>Virtudes de la mujer cristiana</i>	18
I. . Piedad	18
II.. Celo doméstico	20
III. Paciencia	22
CAP. III.— <i>Formación de la mujer cristiana</i>	24
I. . Obstáculos que ha de vencer	25
II.. Virtudes que ha de adquirir	29
III. Admirable fortaleza de santa Inés.	33
CAP. IV.— <i>Defensa de la mujer cristiana.—El temor de Dios</i>	37
I. . Pensamiento del infierno	38
II.. Temor del infierno	40
III. Cómo nos libraremos de caer en él	45
CAP. V.— <i>Defensa de la mujer cristiana.—El pensamiento del juicio</i>	46
I. . Principio del juicio universal	48
II.. Prosecución del juicio.—La venida del Juez supremo	50
III. Fin del juicio.—La sentencia	53
CAP. VI.— <i>Devoción al sagrado Corazón de Jesús</i> .	56
I. . Motivos de esta devoción	56
II.. Práctica de esta devoción.	62
CAP. VII.— <i>Devoción a Jesús sacramentado</i>	66
I. . Qué se entiende por visitar a Jesús en la santísima Eucaristía	67
II.. Motivos que nos mueven a frecuentar estas visitas	67
III. Práctica de estas visitas	73

	Págs.
CAP. VIII.—<i>Devoción a la Santísima Virgen, y principalmente a su Inmaculada Concepción.</i>	76
I. . Qué es la Inmaculada Concepción con relación a María Santísima.	77
II.. Qué es respecto de nosotros	84
CAP. IX.—<i>El santo Rosario</i>	90
I. . En qué consiste el Rosario	90
II.. Cuál és su excelencia	94
III. Práctica de esta devoción.	100
CAP. X.—<i>El santo Escapulario</i>	104
I. . Qué es, y cuál su origen	105
II.. Ventajas de esta devoción	108
III. Práctica de esta devoción.	113
CAP. XI.—<i>Devoción a san José</i>	116
I. . Dignidad y méritos de san José	117
II.. Virtudes de san José	125
III. Práctica de la devoción a san José	131
CAP. XII.—<i>Devoción a san Luis Gonzaga</i>	136
I. . Piedad de san Luis	137
II.. Los peligros de la juventud	142
III. Vocación de san Luis	147
IV. Devoción de los seis Domingos en honor de san Luis	151